EL MARXISMO

Ernest Mandel

EL MARXISMO

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD
Libro 144

"...para llegar al pueblo hay que sentirse pueblo, hay que saber qué es lo que quiere, qué es lo que necesita y qué es lo que siente el pueblo..."

Cdte. Ernesto Guevara
Discurso en la Universidad Central de Las Villas
28 de Diciembre, 1959

EL SUDAMERICANO
https://elsudamericano.wordpress.com

HIJOS
Red Mundial
La red mundial de los hijos de la revolución social

EL MARXISMO

INTRODUCCIÓN AL MARXISMO

Ernest Mandel

(1977)

ÍNDICE:

Prólogo a la edición española
Prólogo

I. La desigualdad social y las luchas sociales a través de la Historia

1. **La desigualdad social en la sociedad capitalista contemporánea.**
2. **La desigualdad social en las sociedades anteriores.**
3. **Desigualdad social y desigualdad de clase.**
4. **La igualdad social en la prehistoria humana.**
5. **La rebelión contra la desigualdad social a través de la historia.**
6. **Las luchas de clases a través de la historia.**

II. Las fuentes económicas de la desigualdad social

1. **Las comunidades primitivas basadas en la pobreza.**
2. **La revolución neolítica**
3. **Producto necesario y sobreproducto social**
4. **Producción y acumulación**
5. **La causa del fracaso de todas las revoluciones igualitarias en el pasado.**
6. **La opresión de la mujer, primera forma generalizada de desigualdad social**

III. El Estado: instrumento de dominación de clase

1. **La división social del trabajo y el nacimiento del Estado.**
2. **El Estado al servicio de las clases dominantes.**
3. **Coacción violenta e integración ideológica.**
4. **Ideología dominante e ideologías revolucionarias.**
5. **Revoluciones sociales, revoluciones políticas.**
6. **Particularidades del Estado burgués**

IV. De la pequeña producción mercantil al modo de producción capitalista

1. **Producción para la satisfacción de las necesidades y producción para el cambio**
2. **La pequeña producción mercantil**
3. **La ley del valor**
4. **La aparición del capital**
5. **Del capital al capitalismo**
6. **¿Qué es la plusvalía?**
7. **Las condiciones de aparición del capitalismo moderno.**

V. La Economía capitalista

1. **Las particularidades de la economía capitalista.**
2. **El funcionamiento de la economía capitalista.**
3. **La evolución de los salarios**
4. **Las leyes de evolución del capitalismo.**
5. **Las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista.**
6. **Las crisis periódicas de sobreproducción.**
7. **Unificación y fragmentación del proletariado.**

VI. El capitalismo de los monopolios

1. **De la libre competencia a los acuerdos capitalistas.**
2. **Las concentraciones bancarias y el capital financiero.**
3. **Capitalismo monopolista y capitalismo de libre competencia.**
4. **La exportación de capitales**
5. **Países imperialistas y países dependientes.**
6. **La era del capitalismo tardío**

VII. El sistema imperialista mundial

1. **La industrialización capitalista y la ley del desarrollo desigual y combinado**
2. **La explotación de los países coloniales y semicoloniales por el capital imperialista**
3. **El bloque de clases en el poder" en los países semicoloniales.**
4. **El movimiento de liberación nacional**
5. **El neocolonialismo**

VIII. Los orígenes del movimiento obrero moderno

1. **La lucha de clases elemental del proletariado.**
2. **La consciencia de clase elemental del proletariado.**
3. **El socialismo utópico**
4. **El nacimiento de la teoría marxista. El manifiesto comunista.**
5. **La Primera Internacional**
6. **Las distintas formas de organización del movimiento obrero.**
7. **La Comuna de París**

IX. Reformas y revolución

1. **Evolución y revolución a través de la historia.**
2. **Evolución y revolución en el capitalismo contemporáneo.**
3. **La evolución del movimiento obrero moderno.**
4. **El oportunismo reformista**
5. **La necesidad de un partido de vanguardia.**
6. **Los revolucionarios ante la lucha por las reformas.**

X. Democracia burguesa y democracia proletaria

1. **Libertad económica y libertad política**
2. **El Estado burgués al servicio de los intereses de clase del capital**
3. **Los límites de las libertades democráticas burguesas**
4. **Represión y dictaduras burguesas**
5. **La democracia proletaria**

XI. La primera guerra imperialista y la revolución rusa.

1. **El movimiento obrero mundial ante la guerra imperialista**
2. **La guerra imperialista salida a la crisis revolucionaria**
3. **La revolución de febrero de 1917 en Rusia**
4. **La teoría de la revolución permanente**
5. **La revolución de octubre de 1917**
6. **La destrucción del capitalismo en Rusia**

XII. El stalinismo

1. El fracaso del ascenso revolucionario (1918-1920) en Europa
2. El ascenso de la burocracia soviética
3. Naturaleza de la burocracia; naturaleza social de la URSS
4. ¿Qué es el stalinismo?
5. La crisis del stalinismo
6. Las reformas económicas
7. El maoísmo

XIII. De las luchas cotidianas de las masas a la revolución socialista mundial

1. Las condiciones de victoria de la revolución socialista
2. La construcción de la IV Internacional
3. Reivindicaciones inmediatas y reivindicaciones transitorias.
4. Los tres sectores de la revolución mundial hoy.
5. Democracia obrera, autoorganización de las masas y revolución socialista

XIV. La conquista de las masas por los revolucionarios

1. La diferenciación política en el seno del proletariado.
2. El frente único obrero contra el enemigo de clase
3. La dinámica ofensiva del frente "clase contra clase"
4. Frente único obrero y frente popular
5. Independencia política de clase y organización unitaria de clase
6. Independencia de clase y alianzas entre las clases
7. Los movimientos de emancipación de la mujer y de las minorías nacionales oprimidas en el desarrollo de las luchas anticapitalistas

XV. El advenimiento de la sociedad sin clases

1. El objetivo socialista a alcanzar
2. Las condiciones económicas y sociales para alcanzar este objetivo
3. Las condiciones políticas, ideológicas, psicológicas y culturales necesarias para alcanzar este objetivo
4. Las etapas de la sociedad sin clases

XVI. La dialéctica materialista

1. **El movimiento universal**
2. **La dialéctica, lógica del movimiento**
3. **Dialéctica y lógica formal**
4. **El movimiento, función de la contradicción**
5. **Algunos problemas suplementarios de la dialéctica del conocimiento**
6. **El movimiento, función de la totalidad. Lo abstracto y lo concreto**
7. **Teoría y práctica**

XVII. El materialismo histórico

1. **Producción y comunicaciones humanas**
2. **Base y superestructura sociales**
3. **Producción material y producción espiritual**
4. **Fuerzas productivas, relaciones sociales de producción y modos de producción**
5. **Determinismo histórico y práctica revolucionaria.**
6. **Alienación y emancipación**

Bibliografía

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Esta edición de la "*Introducción al marxismo"* es la única edición española regular y completa. Contiene una serie de capítulos suplementarios respecto a una edición precedente, que apareció sin el consentimiento previo del autor.

Las "*introducciones"* a todas las ciencias humanas constituyen siempre una tarea peligrosa. Más aún las *"introducciones al marxismo",* que corren el riesgo de caer en la simplificación, la vulgarización y el esquematismo excesivos. Hemos intentado superar estos problemas.

Solamente la experiencia práctica, es decir, la reacción de los lectores, demostrará si este esfuerzo ha logrado verdaderamente alcanzar el éxito.

El objetivo esencial de una "introducción al marxismo". Debería ser, por una parte, dar al lector –especialmente a los trabajadores y a los jóvenes que empiezan a interesarse por el socialismo científico– una visión de conjunto, que le permita comprender los rasgos esenciales de la doctrina de Marx y sus conexiones reciprocas y, por otra parte, despertar en él la afición al estudio profundo y animarle a leer las obras fundamentales de Marx, Engels y sus principales discípulos.

Si esta modesta obra contribuye a alcanzar esos fines, en una parte de sus lectores, el autor habrá hecho un trabajo útil.

Una "*introducción"* no puede sustituir jamás al estudio de las obras clásicas del marxismo. El sucedáneo no puede reemplazar jamás al original.

Ernest Mandel
Febrero 1977

PRÓLOGO

Esta *"introducción al marxismo"* es el resultado de varias experiencias de cursos dados a jóvenes militantes, en distintos momentos de los últimos quince años. Fue hecha en función de las necesidades pedagógicas que constatamos, y que pueden diferir según los países y los ambientes. Por tanto, no tiene ninguna pretensión de servir de "modelo".

Si bien se tratan elementos básicos de la teoría del materialismo histórico, de la teoría económica marxista, de la historia del movimiento obrero y de los problemas de estrategia y táctica del movimiento obrero de nuestra época, aparece en ella una "innovación", desconcertante a primera vista: el capítulo sobre la dialéctica materialista y el que expone de un modo sistemático la teoría del materialismo histórico, se encuentran al final, y no al principio del texto.

Evidentemente, no se trata de una "revisión metodológica", sino de una lección extraída de una comprobación experimental: iniciar un curso sobre el marxismo con un capítulo sobre la dialéctica, es más adecuado para la formación de cuadros, que para la iniciación de militantes. Estos últimos asimilan mejor la teoría si se les expone de la forma más concreta posible. Por ello es preferible partir de aquello que es inmediatamente verificable –la desigualdad social, la lucha de clases, la explotación capitalista– y concluir en las nociones más abstractas y más fundamentales de la dialéctica, como lógica universal del movimiento y de la contradicción, después de haber clarificado el movimiento de la sociedad y las contradicciones que lo atraviesan.

Esto no es más que una opción basada en una experiencia pedagógica personal. No es necesario decir que otras experiencias podrían conducir a conclusiones diferentes; estamos dispuestos a retomar una estructura más tradicional de la Introducción, si se nos demuestra, con el apoyo de experiencias, que el método de exposición tradicional permite asimilar mejor la esencia del marxismo a los militantes de base. Sin embargo, y por el momento, nos permitimos dudar de ello.

E. M.

I. LA DESIGUALDAD SOCIAL Y LAS LUCHAS SOCIALES A TRAVÉS DE LA HISTORIA

1. La desigualdad social en la sociedad capitalista contemporánea

En Bélgica existe una pirámide de bienes patrimoniales y de poder social. En la base de esta pirámide se encuentra una tercera parte de los ciudadanos, que solo poseen lo que ganan y gastan, año tras año; ellos no pueden ahorrar, ni adquirir riquezas. En la cumbre de la pirámide se encuentran un cuatro por ciento de los ciudadanos, que poseen la mitad de la fortuna privada de la nación. Menos de un uno por ciento de los belgas poseen más de la mitad de la fortuna mobiliaria del país. Entre ellos, doscientas familias controlan los grandes holdings que dominan el conjunto de la vida económica nacional.

En los Estados Unidos, una comisión del Senado ha calculado que menos del uno por ciento de las familias poseen el 80 % de todas las acciones de las sociedades anónimas, y que el 0,2 % de las familias poseen más de las dos terceras partes de estas acciones. Como (con algunas excepciones) toda la industria y las finanzas en los Estados Unidos está organizada sobre la base de la “sociedad anónima”, podemos decir que el 99 % de los ciudadanos de USA tienen un poder económico inferior al del 0,1 % de la población.

En Suiza. el 2 % de la población posee más del 67 % de la fortuna privada.

La desigualdad de las rentas y de las fortunas no es solamente un hecho económico; implica una desigualdad ante las posibilidades de súper-vivencia, una desigualdad ante la muerte Así, en Gran Bretaña, antes de la guerra, la mortalidad infantil en las familias de obreros no especializados, fue más del doble que en las familias burguesas. Una estadística oficial indica que en Francia, en el año 1951, la mortalidad infantil alcanzó las cifras siguientes: 19,1 fallecimientos por 1.000 nacimientos en las profesiones liberales; 23,9 en la burguesía patronal; 28,2 en los empleados de comercio; 34,5 en los comerciantes; 36,4 en los artesanos; 42,5 en los obreros cualificados; 44,9 en los campesinos y obreros agrícolas; 51,9 en los obreros semicalificados y 61,7 en el peonaje. Diez años más tarde, estas proporciones no habían variado prácticamente, aunque la tasa de mortalidad infantil había disminuido en cada una de las categorías.

Recientemente, el diario conservador belga *La Libre Belgique* publicó un estudio conmovedor sobre la formación del lenguaje en el niño. Este estudio confirma que el handicap que un niño de familia pobre sufre frecuentemente, durante los dos primeros años de su vida, a consecuencia del subdesarrollo cultural impuesto por la sociedad de clases, produce consecuencias duraderas, en cuanto a la posibilidad de asimilar conocimientos científicos, consecuencias que una enseñanza ”igualitaria”, no compensadora, es incapaz de neutralizar.

La vieja afirmación de que la desigualdad social ahoga el surgimiento de millares de Mozart, de Shakespeare o de Einstein entre los niños del pueblo, sigue siendo cierta en plena “sociedad del bienestar”.

En nuestra época, debemos tener en cuenta, no solamente las desigualdades sociales que existen en el interior de cada país, sino también la desigualdad entre un pequeño grupo de países avanzados, desde un punto de vista industrial, y la mayor parte de la humanidad, que vive en los países llamados subdesarrollados (países coloniales y semicoloniales).

Así, los Estados Unidos producen más de la mitad de la producción industrial y consumen más de la mitad de un gran número de materias primas industriales, dentro del mundo capitalista. 550 millones de indios disponen de menos acero y menos energía eléctrica que nueve millones de belgas. La renta real per cápita en los países más pobres del mundo, no es más que el 8 % de la renta per cápita en los países más ricos. El 67 % de los habitantes del mundo sólo acceden al 15 % de la renta mundial. En la India, por cada 1.000 nacimientos, hay treinta veces más madres que mueren de las consecuencias inmediatas de la maternidad, que en los Estados Unidos.

Un habitante de la India consume diariamente tan sólo la mitad de las calorías que consumimos en los países avanzados. La esperanza de vida, que en Occidente supera los sesenta y cinco años, llegando en ciertos países a los setenta años, apenas alcanza a los treinta años en la India.

2. La desigualdad social en las sociedades anteriores

En todas las sociedades que se han sucedido en el curso de la historia (es decir, en el curso del período de existencia de la humanidad sobre la tierra, del que disponemos de testimonios escritos), encontramos una desigualdad social comparable a la que existe en el mundo capitalista.

Veamos una descripción de la miseria de los campesinos franceses, a finales del siglo XVII, tomada de los "caracteres" de La Bruyére:

> "Se observan varios animales salvajes, machos y hembras diseminados por el campo, negros, lívidos y quemados por el sol. aferrados a la tierra que cavan y remueven con una obstinación invencible; poseen algo parecido a una voz articulada y. cuando se yerguen sobre sus pies, muestran un rostro humano; y, en efecto, son hombres. Por la noche se retiran a sus chozas, donde viven de pan negro, de agua y de raíces ..."

Comparar este retrato de los campesinos de la época con las brillantes fiestas que celebraba Luis XIV en la corte de Versalles. con el lujo de la nobleza y los derroches del Rey, nos proporciona una imagen sobre-cojedora de la desigualdad social.

En la sociedad de la Alta Edad Media, en la que predominaba la servidumbre, el señor disponía frecuentemente de la mitad del trabajo o de la mitad de la cosecha de los campesinos-siervos. Numerosos señores tenían centenares, o incluso millares de siervos. Por tanto, cada uno de ellos obtenía anualmente bienes equivalentes a los de centenares o millares de campesinos.

Algo parecido ocurría en las sociedades del Oriente clásico (Egipto, Sumeria, Babilonia, Persia, India, China, etc.) sociedades basadas en la agricultura, en las que los propietarios de la tierra eran o los señores, o los sacerdotes, o los reyes (representados por los agentes recaudadores del fisco real).

La "*Sátira de los Oficios"*, escrita en el Egipto de los faraones, hace 3.500 años, nos ha dejado la imagen de los campesinos explotados por esos escribas reales, a quienes comparaban con las bestias nocivas y los parásitos.

En cuanto a la antigüedad greco-romana, su sociedad estaba basada en la esclavitud. Abandonando progresivamente el trabajo manual sobre los esclavos, los habitantes de las ciudades antiguas pudieron consagrar gran parte de su tiempo a actividades políticas, culturales, artísticas y deportivas: en parte gracias a ello, la cultura pudo alcanzar entonces un nivel elevado.

3. Desigualdad social y desigualdad de clase

Toda desigualdad social no es una desigualdad de clase. La diferencia de remuneración entre un peón y un obrero cualificado no hace que estos dos hombres se conviertan en miembros de dos clases sociales diferentes.

> *La desigualdad de clase es una desigualdad que tiene sus raíces en la estructura y el funcionamiento normal de la vida económica, y que se conserva y acentúa por las principales instituciones sociales y jurídicas de la época.*

Precisemos esta definición con algunos ejemplos:

En Bélgica, para llegar a ser un gran industrial, es preciso reunir un capital que puede evaluarse en medio millón de francos por obrero empleado. Así, una pequeña fábrica de 100 obreros exige la concentración de un capital de, al menos, 50 millones de francos.

Ahora bien, el salario neto de un obrero casi nunca supera los 260.000 francos anuales. Incluso trabajando cincuenta años, y no gastando ni un céntimo en comer y en vivir, no podría reunir suficiente dinero para convertirse en un capitalista. El sistema de salarios, que es una de las características de la estructura de la economía capitalista, representa, pues, una de las raíces de la división de la sociedad capitalista en dos clases fundamentalmente diferentes; la clase obrera que, a partir de sus rentas, jamás puede llegar a ser propietaria de medios de producción, y la clase de los propietarios de los medios de producción, los capitalistas.

Es cierto que, junto a los capitalistas propiamente dichos, algunos técnicos pueden acceder a los puestos de dirección de las empresas. Pero ello requiere una formación técnica de nivel universitario. Y, durante las últimas décadas, en Bélgica, sólo de un 5 a un 7 % de los estudiantes eran hijos de obreros. Lo mismo ocurre en la mayoría de los países imperialistas.

Las instituciones sociales impiden el acceso de los obreros a la propiedad capitalista, tanto a causa de sus rentas como por el sistema de la enseñanza superior. Así mantienen, conservan, perpetúan la división de la sociedad en clases, tal como existe actualmente. Incluso en los Estados Unidos, donde se exhiben orgullosamente los ejemplos de "beneméritos hijos de obreros que han llegado a ser multimillonarios a fuerza de trabajar", una encuesta ha demostrado que el 90 % de los directores de las empresas más importantes, provienen de la alta y la media burguesía.

De este modo, a lo largo de la historia, encontramos una desigualdad social cristalizada en *desigualdad de clase*. En cada una de esas sociedades podemos hallar una clase de productores que hace vivir de su trabajo al conjunto de la sociedad y una clase dominante que vive del trabajo de los demás:

- Campesinos y sacerdotes, señores o recaudadores en los imperios de Oriente.
- Esclavos y amos en la antigüedad grecorromana.
- Siervos y señores feudales en la Alta Edad Media.
- Obreros y capitalistas en la época burguesa.

4. La igualdad social en la prehistoria humana

Pero la historia sólo representa una rama menor de la vida humana sobre nuestro planeta. Le precede la prehistoria, la época de la existencia de la humanidad en que la escritura y la civilización eran aún desconocidas. Ciertos pueblos primitivos han permanecido en condiciones prehistóricas hasta fechas recientes, incluso hasta nuestros días. Pues bien, durante la mayor parte de su existencia prehistórica, la humanidad ha ignorado la desigualdad de clase. Comprendemos la diferencia fundamental entre una comunidad primitiva y una sociedad de clases examinando algunas de las instituciones de esas comunidades.

Así, numerosos antropólogos nos han hablado de la costumbre existente en varios pueblos primitivos, costumbre que consiste en organizar grandes fiestas después de la recolección. La antropólogo Margaret Mead ha descrito estas fiestas en el pueblo papua de los Arapech (Nueva Guinea).

Todos los que han logrado una cosecha superior a la media invitan a toda su familia y todos sus vecinos, y la fiesta continúa hasta que la mayor parte de ese excedente ha desaparecido.

Margaret Mead añade:

> “Estas fiestas representan un medio adecuado para impedir que un individuo acumule riquezas...”

Por otra parte, el antropólogo Asch ha estudiado las costumbres y el sistema de una tribu que vive en el sur de los Estados Unidos, la tribu de los Hopi. En esta tribu, contrariamente a lo que ocurre en nuestra sociedad, el principio de la competencia individual se considera rechazable desde el punto de vista moral, Cuando los niños Hopi juegan y hacen deporte, jamás cuentan los “tantos” y siempre ignoran quién “ha ganado”.

Cuando las comunidades primitivas aún no divididas en clases practican la agricultura como actividad; económica principal y ocupan un territorio determinado no instalan la explotación colectiva del suelo. Cada familia recibe campos en usufructo durante un determinado periodo. Pero estos campos son redistribuidos con frecuencia para evitar favorecer a algún miembro de la comunidad a expensas de los otros. Las praderas y los bosques son explotados en común.

Este sistema de la comunidad aldeana, basada en la ausencia de la propiedad privada del suelo, se encuentra en el origen de la agricultura en casi todos los pueblos del mundo. Esto demuestra que en aquel momento la sociedad no estaba aún dividida en clases, a nivel de aldea.

Los lugares comunes con los que se nos golpea constantemente los oídos, y según los cuales la desigualdad social estaría enraizada en la desigualdad de los talentos o de las capacidades de los individuos, según los cuales la división de la sociedad en clases seria el producto del “egoísmo innato en los hombres” y, por tanto, en la “naturaleza humana”, no poseen ninguna base científica. La opresión de una clase social por otra no es el producto de la “naturaleza humana” sino de una evolución histórica de la sociedad. La opresión no ha existido siempre. No existirá siempre. No ha habido siempre ricos y pobres, y no los habrá por siempre.

5. La rebelión contra la desigualdad social a través de la historia

La sociedad dividida en clases, la propiedad privada del suelo y de los medios de producción no son de ningún modo producto de la ”naturaleza humana”. Son el producto de la evolución de la sociedad y de sus instituciones económicas y sociales. Vamos a ver cómo nacieron y cómo desaparecerán.

En efecto, desde que apareció la división de la sociedad en clases, el hombre manifiesta nostalgia de la antigua vida comunitaria. Encontramos las expresiones de esta nostalgia en el sueño de la “edad de oro” que sería situada en los albores de la existencia humana sobre la tierra, sueño que describen los autores clásicos chinos, y los griegos y latinos. Virgilio dice claramente que en la época de esta edad de oro las cosechas eran compartidas en común, lo que quiere decir que la propiedad privada no existía.

Numerosos filósofos y sabios célebres han considerado que la división de la sociedad en clases representa la fuente de la enfermedad social, y han elaborado proyectos para suprimirla.

He aquí cómo el filósofo griego Platón caracteriza el origen de las desgracias que se abaten sobre la sociedad:

> “Incluso la ciudad más pequeña está dividida en dos partes, una ciudad de los pobres y una ciudad de los ricos que se oponen (como) en estado de guerra.”

Las sectas judías que pululan al comienzo de nuestra era, y los primeros Padres de la Iglesia que han continuado la tradición en los siglos III y IV de nuestra era, son así mismo feroces partidarios de un retorno a la comunidad de bienes.

San Bernabé escribe:

> “No hablarás nunca de tu propiedad, pues si tú gozas en común de tus bienes espirituales, aún será más necesario gozar en común de tus bienes materiales.”

San Cipriano ha pronunciado numerosos alegatos en favor del reparto igualitario de los bienes entre todos los hombres. San Juan Crisostomo es el primero que exclama: “*la propiedad es un robo”.*

Incluso San Agustín ha comenzado por denunciar el origen de todas las luchas y de todas las violencias sociales en la propiedad privada, para modificar más tarde su punto de vista.

Esta tradición se continuará en la Edad Media, en especial por San Francisco de Asís y los precursores de la Reforma: los Albigenses y los Cataros, Wycleff, etcétera. He aquí lo que dijo el precursor inglés John Ball, alumno de Wycleff, en el siglo XVI:

> "Hace falta abolir la servidumbre y hacer a todos los hombres iguales. Los que se llaman nuestros dueños consumen lo que producimos... Deben su lujo a nuestro trabajo."

Finalmente, en la época moderna, vemos cómo estos proyectos de sociedad igualitaria se van haciendo cada vez más precisos, claramente en *La Utopía*, de Tomás Moro (inglés); en *La ciudad del sol*, de Campanella (italiano); en la obra de Vaurasse d'Allais (siglo XVII): en el *Testamento de Jean Meslier*, y en *El código de la naturaleza*, de Morelly (siglo XVIII) (francés).

Al lado de esta rebelión del espíritu contra la desigualdad social, ha habido innumerables rebeliones materiales, es decir, insurrecciones de las clases oprimidas contra sus opresores. La historia de todas las sociedades de clases es la historia de las luchas de clases que las desgarran.

6. Las luchas de clases a través de la historia

Estas luchas entre la clase explotadora y la clase explotada o entre diferentes clases explotadoras toman las formas más variadas según la sociedad que se examine y la etapa precisa de su evolución.

Así en las sociedades llamadas "de modo de producción asiático" (Imperio del Oriente clásico) ha habido un gran número de rebeliones.

En China, innumerables sublevaciones de campesinos jalonan la historia de las sucesivas dinastías que reinaron en el Imperio. El Japón también ha conocido un gran número de insurrecciones campesinas, sobre todo en el siglo XVIII.

En la antigüedad griega y romana hay una sucesión ininterrumpida de rebeliones de esclavos –de las que la más conocida es la de Espartaco– que contribuyeron eficazmente a la caída del Imperio Romano.

Entre los “ciudadanos libres” propiamente dichos, hubo una lucha violenta entre una clase de campesinos endeudados y de comerciantes-usureros, entre los desposeídos y los poseedores.

En la Edad Media, bajo el régimen feudal, las luchas de clase han enfrentado señores feudales a comunas libres basadas en una pequeña producción comercial, a artesanos y comerciantes en el seno de estas comunas, y a algunos artesanos urbanos y campesinos de los alrededores de las ciudades. Hubo, sobre todo, luchas de clase feroces entre la nobleza feudal y el campesinado que trataba de sacudirse el yugo feudal, luchas que tomaron formas resueltamente revolucionarias con las Jacqueries en Francia, la guerra de Wat Tyler en Inglaterra, la guerra de los Musitas en Bohemia y la guerra de los campesinos en la Alemania del siglo XVI.

Los tiempos modernos están marcados por las luchas de clase entre la nobleza y la burguesía, entre los maestros artesanos y los aprendices, entre los ricos banqueros y comerciantes, por una parte, y los “brazos desnudos” de las ciudades por la otra, etc... Estas luchas anuncian ya las revoluciones burguesas, el moderno capitalismo, y la lucha de clase del proletariado contra la burguesía.

Bibliografía del capitulo 1:

K, Marx y F. Engels: *El Manifiesto Comunista*.
F. Engels: *Anti-Dühring* (2.ª y 3.ª parte).
Max Beer: *Historia del socialismo*.
K. Kautsky: *Los orígenes del cristianismo*.
Morton: *La utopía inglesa*.

II. LAS FUENTES ECONÓMICAS DE LA DESIGUALDAD SOCIAL

1. Las comunidades primitivas basadas en la pobreza

Durante la mayor parte de su existencia prehistórica, el hombre vivió en condiciones de extrema pobreza. Sólo podía procurarse los alimentos necesarios para su subsistencia por medio de la caza, la pesca y la recogida de frutos.

La humanidad vivió parasitando de la naturaleza, puesto que no aumentó los recursos naturales que constituían la base de su subsistencia. No tenía ningún control sobre dichos recursos.

Las comunidades primitivas se organizaron para poder garantizar la supervivencia de toda la colectividad en dichas condiciones de vida extremadamente difíciles. Cada miembro de la comunidad participó obligatoriamente en el trabajo, y el trabajo de cada individuo era necesario para que la comunidad siguiera viviendo. La producción de víveres apenas bastaba para alimentar a la colectividad. Los privilegios materiales hubieran condenado al hambre a una parte de la tribu, privándola de la posibilidad de trabajar racionalmente, y con ello hubieran empeorado las condiciones de supervivencia colectiva. Esta es la razón de por qué la organización social de esta época del desarrollo de las sociedades humanas tiende a mantener un máximo igualdad en el seno de las comunidades humanas.

Después de examinar las instituciones sociales de 425 tribus primitivas, los antropólogos ingleses Hobhouse, Wheeler y Ginsberg han constatado una total ausencia de clases sociales en todas las tribus que desconocen la agricultura.

2. La revolución neolítica

Esta situación de pobreza fundamental sólo pudo ser convenientemente modificada con la aparición de las técnicas de cultivo de la tierra y de cría de animales. La técnica de cultivo de la tierra –la mayor revolución económica en toda la existencia de la humanidad– se debió a las mujeres, al igual que una serie de descubrimientos importantes de la prehistoria (en especial la técnica de la alfarería y del tejido).

Se implantó a partir, más o menos, del año 15.000 antes de J.C. en distintos lugares del planeta, empezando probablemente en Asia Menor, Mesopotamia, Irán y Turkestán, y extendiéndose progresivamente hasta Egipto, India, China, el norte de África y Europa mediterránea. Es conocida con el nombre de revolución neolítica porque tuvo lugar en una época de la Edad de Piedra en la que los principales instrumentos de trabajo del hombre se fabricaban en piedra pulimentada (la última época de la edad de piedra).

La revolución neolítica permitió al hombre producir sus víveres y controlar –más o menos– por sí mismo su propia, subsistencia. Atenuó la dependencia con respecto a las fuerzas de la naturaleza en la que se encontraba el hombre primitivo. Permitió la formación de *reservas de víveres*, lo que a su vez hizo posible liberar a algunos miembros de la comunidad de la necesidad de producir su alimento. Pudo por tanto *desarrollarse una cierta división económica del trabajo*, una especialización de los oficios, que incrementó la productividad del trabajo humano. Este tipo de especialización sólo la podemos encontrar en esbozo en la sociedad primitiva, ya que como dijo uno de los primeros descubridores españoles respecto a los indios del siglo XVI:

> ”(los primitivos) quieren utilizar todo su tiempo reuniendo víveres, puesto que si lo utilizaran de otro modo, se verían atenazados por el hambre”.

3. Producto necesario y sobreproducto social

La aparición de un amplio excedente permanente de víveres trastorna las condiciones de organización social. Mientras este excedente es relativamente. pequeño y muy esparcido de aldea en aldea, no llega a modificar la estructura igualitaria de la comunidad aldeana. Sólo le permite alimentar unos cuantos artesanos y funcionarios, como los de las aldeas hindúes, que han venido siendo mantenidos durante miles de años.

Pero cuando los jefes militares o religiosos concentran estos excedentes en grandes espacios, o cuando son muy abundantes en las aldeas debido al perfeccionamiento de los métodos de cultivo, pueden crear las condiciones necesarias para la aparición de la desigualdad social. Pueden utilizarse entonces para alimentar a los prisioneros de guerra o a los cautivos de una expedición de piratería (que anteriormente hubieran sido

asesinados, debido a la falta de subsistencia). Se les puede obligar a trabajar para los vencedores a cambio de su alimento: con ello aparece la esclavitud en el mundo griego.

También puede utilizarse este mismo excedente para alimentar a toda una cohorte de sacerdotes, soldados, funcionarios, señores y reyes: con ello aparecen las clases dominantes en los Imperios del antiguo Oriente (Egipto, Babilonia, Irán, India, China).

A partir de este momento la división *social* del trabajo viene a completar la división económica del trabajo. La producción social deja de servir, en conjunto, para subvenir a las necesidades de los productores. A partir de ahora se reparte del siguiente modo:

– *el producto necesario*, es decir, la subsistencia de los productores, sin el trabajo de los cuales se hundiría toda la sociedad;

– *el sobreproducto social*, es decir, el excedente producido por los productores y acaparado por las clases poseedoras.

El historiador Heichelheim describe la aparición de las primeras ciudades en el mundo antiguo del siguiente modo:

> ”La población de los nuevos centros urbanos se compone... en su mayor parte de una capa superior que vive de rentas (es decir, apropiándose del sobreproducto del trabajo agrícola. E. M.) compuesta por señores, nobles y sacerdotes. Deben añadirse además los funcionarios, empleados y servidores, alimentados indirectamente por esta capa superior”.

La aparición de las clases sociales –clases productoras y clases dominantes– provoca el nacimiento del Estado, que es la principal institución tendente a mantener las condiciones sociales dadas, es decir, la desigualdad social. La división de la sociedad en clases se consolida con la apropiación de los medios de producción por las clases poseedoras.

4. Producción y acumulación

La formación de las clases sociales, la apropiación del sobreproducto social por una parte de la sociedad, se deriva de una *lucha social* y sólo puede mantenerse gracias a una lucha social constante.

Pero este fenómeno representa al mismo tiempo una etapa –inevitable– del progreso económico, debido al hecho de que permite la separación de dos funciones económicas fundamentales: la función de producción y la función de acumulación.

En la sociedad primitiva, el conjunto de los hombres y mujeres útiles están ocupados principalmente de la producción de víveres. En estas condiciones, les quedaba muy poco tiempo para dedicarse a la fabricación y almacenamiento de instrumentos de trabajo, a la especialización de esta fabricación, a la búsqueda sistemática de otros instrumentos de trabajo, al aprendizaje de técnicas complicadas de trabajo (como por ejemplo el trabajo metalúrgico), a la sistemática observación de los fenómenos de la naturaleza, etc.

La producción de un sobreproducto social permite otorgar suficientes *ocios* a una parte de la humanidad para que pueda consagrarse a todas estas actividades que posibilitan el incremento de la *productividad del trabajo.*

Estos ocios se encuentran también en la base de la civilización, del desarrollo de las primeras técnicas científicas (astronomía, geometría, hidrografía, mineralogía, etc...) y también de la escritura.

La separación del trabajo intelectual y del trabajo manual debida a estos ocios acompaña la división de la sociedad en clases.

La división de la sociedad en clases representa, por tanto, una condición de progreso histórico mientras la sociedad es demasiado pobre como para poder permitir a todos sus miembros dedicarse al trabajo intelectual (a las funciones de acumulación). Pero el precio pagado por este progreso es excesivo. Hasta las vísperas del capitalismo moderno, únicamente las clases poseedoras se aprovechan de los beneficios derivados del incremento de la productividad del trabajo. A. pesar de los progresos de la técnica y de la ciencia durante los 4.000 años que separan los inicios de la civilización antigua del siglo XVI, la situación de un campesino indio, chino, egipcio, o incluso griego o eslavo, no ha sufrido cambios ostensibles.

5. La causa del fracaso de todas las revoluciones igualitarias en el pasado

Cuando el excedente producido por la sociedad humana, es decir, cuando el sobreproducto social no basta para liberar a toda la humanidad de un diario y penoso trabajo, toda revolución social que intente reestablecer la igualdad primitiva entre los hombres está condenada al fracaso desde el primer momento. Sólo puede encontrar dos salidas a la antigua desigualdad social:

a) O bien destruir deliberadamente todo sobreproducto social, y volver a la pobreza primitiva extrema, con lo que la reaparición del progreso técnico provocará rápidamente las mismas desigualdades sociales que se han querido suprimir.

b) O bien desposeer a la antigua clase poseedora en beneficio de una nueva clase poseedora.

Esto fue lo que sucedió con la insurrección de los esclavos romanos dirigidos por Espartaco, las primeras sectas cristianas y los monasterios, las distintas insurrecciones campesinas que se sucedieron en el Imperio chino, la revolución de los taboritas en Bohemia en el siglo XV, las colonias comunistas establecidas por inmigrantes en América, etc.

Sin que pretendamos decir que la revolución rusa ha llegado a la misma situación, la reaparición de una acentuada desigualdad social en la URSS en la actualidad, sólo puede explicarse fundamentalmente por la pobreza de la Rusia de los zares, por la insuficiencia del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, por el aislamiento de la revolución en un país atrasado, seguido del fracaso de la revolución en Europa central durante el período 1918-1923.

Una sociedad igualitaria basada en la abundancia y no en la pobreza –ése es el objetivo del socialismo– sólo puede desarrollarse a partir de una economía avanzada, en la cual el sobreproducto social es tan elevado que permite que todos los productores se liberen de un trabajo embrutecedor y que conceda suficientes ocios a toda la comunidad para que ésta pueda realizar colectivamente las funciones dirigentes en la vida económica y social (función de acumulación).

¿Por qué han sido necesarios 15.000 años de sobreproducto social antes de que la economía humana pueda tomar el impulso necesario para dejar entrever una solución socialista a la desigualdad social? En la medida en

que las clases poseedoras se apropian del sobreproducto social bajo la forma de productos (de valores de uso), su propio consumo (consumo improductivo) viene a ser el límite de crecimiento de la producción que desean realizar.

Los templos y los reyes del antiguo Oriente; los amos de esclavos de la antigüedad greco-romana; los señores nobles y los mercaderes chinos, indios, japoneses, bizantinos, árabes; los nobles feudales de la. Edad Media, no tenían ningún interés en incrementar la producción porque ya habían reunido en sus castillos y palacios suficientes víveres, vestidos lujosos, objetos de arte. Existe un límite para el consumo y el lujo que es imposible transgredir (un ejemplo cómico de ello: en la sociedad feudal de las islas Hawai, el sobreproducto social toma la forma de alimento, y en consecuencia, el prestigio social depende... del peso de cada persona).

Sólo cuando el sobreproducto social toma la forma de dinero –de plusvalía– y puede servir tanto para la adquisición de bienes de consumo como para la de bienes de equipo (de producción), la nueva clase dominante –la burguesía– empieza a sentir interés por un ilimitado incremento de la producción. Con ello se crean las condiciones sociales necesarias para que puedan aplicarse a la producción todos los descubrimientos científicos, es decir, las condiciones necesarias para la aparición del capitalismo industrial moderno.

6. La opresión de la mujer, primera forma generalizada de desigualdad social

Entre la sociedad del comunismo primitivo de la horda y del clan, y las primeras formas de sociedad fundadas en la dominación de una clase sobre otra (por ejemplo, la sociedad esclavista), se inserta una época de transición en cuyo transcurso aún no se ha desarrollado plenamente una clase dominante propietaria, pero en la que la. desigualdad social emergente está ya institucionalizada. Conocemos la existencia de este tipo de sociedad no sólo por numerosos vestigios y descripciones del pasado, que subsisten especialmente en lo mitos, leyendas y religiones llamados ”primitivos”, sino también por la sociedad de linaje que, en algunas zonas rurales de África negra, aún existen hoy, aunque sea de una manera cada vez más deformada a raíz de su simbiosis con la sociedad de clase que predomina en todos los países donde aquélla sobrevive.

La primera forma institucionalizada de desigualdad y opresión sociales es la opresión de la mujer por el hombre en las sociedades primitivas que han alcanzado esta etapa de su desarrollo.

La opresión de la mujer no existió siempre. No es el resultado de una fatalidad biológica que pesaría sobre el sexo femenino. Por el contrario, hay abundantes antecedentes en la Prehistoria y en la sociedad de comunismo de clan, que confirman que ella estuvo largo tiempo signada por la igualdad de los sexos. Aunque nos faltan datos para poder generalizar este fenómeno a todo el conjunto de la humanidad primitiva, está de todas formas demostrado que, al menos en una serie de esas sociedades, las mujeres jugaron inclusive un papel socialmente dominante. Basta recordar el fenómeno ampliamente conocido de la “diosa Fertilidad”, dueña del cielo, en los albores de la agricultura, inventada por las mujeres, para deducir que la sustitución no menos generalizada de esa diosa por un dios (luego por un dios monoteísta) no puede ser accidental. La revolución en el cielo refleja una revolución que se había producido en la tierra. La transformación de las ideas religiosas es el resultado de una transformación de las condiciones sociales, de las relaciones recíprocas entre hombres y mujeres.

A primera vista puede parecer paradójico que mientras se afirma el papel económico predominante de la mujer, gracias a su función esencial en los trabajos del campo (revolución neolítica), comienza, poco a poco, la era de su sujeción social. Pero aquí no hay ninguna contradicción verdadera.

En la medida en que la agricultura primitiva cobra impulso, la mujer se convierte doblemente en la principal fuente de riqueza de la tribu: como principal productora de víveres y como procreadora, ya que sólo a partir de una base más o menos segura de aprovisionamiento de víveres, el crecimiento demográfico no es más tenido como amenaza, sino como beneficio potencial. A raíz de este mismo hecho la mujer se vuelve objeto de codicia económica, lo que era imposible en la época de la caza y la recolección de frutos.

Para que pudiese realizarse esta sujeción debieron operarse una serie concomitante de transformaciones sociales.

La mujer debió ser “desarmada”, es decir, que el oficio de las armas debió volverse monopolio masculino. Las numerosas leyendas sobre las amazonas, que sobreviven en todos los continentes atestiguan claramente que esto no ha sido siempre así.

La situación de la mujer también debió ser transformada a causa de las modificaciones radicales de las reglas del matrimonio y de la socialización de los hijos, tendentes a asegurar la preponderancia del patriarcado.

Con el desarrollo y la posterior consolidación de la propiedad privada, la familia patriarcal toma progresivamente la forma definitiva que ha conservado, a pesar de modificaciones sucesivas, a través de buena parte de la historia de las sociedades de clase. Ella se convierte en una de las instituciones principales e irreemplazables que garantizará la perennidad de la propiedad privada, a través de la herencia, y la opresión social bajo todas sus formas (comprendidas también las estructuras mentales que eternizan la a aceptación de la autoridad "venida de arriba" y de la obediencia ciega. Se transforma en caldo de cultivo de innumerables discriminaciones en perjuicio de la mujer, en todas las esferas de la vida social. Las justificaciones ideológicas y los prejuicios hipócritas que sostienen esas discriminaciones, forman parte integrante de la ideología dominante de prácticamente todas las clases pudientes que, hasta ahora, se han sucedido en la historia. Con esto, ellas han impregnado también, al menos parcialmente, la mentalidad de las clases explotadas incluida la del proletariado moderno del régimen capitalista, aun inmediatamente después de su derrocamiento.

Bibliografía del capítulo 2:

Marx y Engels: *El Manifiesto Comunista*.
Engels: *Anti-Dühring* (2ª y 3ª parte).
Cordon Childe: "*Qué sucedió en la Historia*" y "*El hombre se hizo a sí mismo*".
Glotz: *El trabajo en la antigua* Grecia.
Boisonnade: *El trabajo en la Edad Media*.
E. Mandel: *Tratado de economía marxista* (los cuatro primeros capítulos).

III. EL ESTADO: INSTRUMENTO DE DOMINACIÓN DE CLASE

1. La división social del trabajo y el nacimiento del Estado

En la sociedad sin clases primitiva, las funciones administrativas eran realizadas por la masa de los ciudadanos. Todos llevaban armas. Todos participaban en las asambleas que tomaban las decisiones concernientes a la vida colectiva y las relaciones de la comunidad con el mundo exterior. Igualmente los conflictos internos eran resueltos por todos los miembros de la colectividad.

Evidentemente, no existe ninguna razón para que idealicemos la situación existente en el seno de las comunidades primitivas que vivían bajo el régimen del comunismo del clan o de la tribu. La sociedad era extremadamente pobre. El hombre vivía bajo el yugo de las fuerzas de la naturaleza. Los hábitos, las costumbres, las reglas de arbitraje de los conflictos internos y externos, a pesar de que fueran aplicados colectivamente, estaban impregnados de ignorancia, de miedo, de creencias mágicas. Lo que por el contrario cabe destacar es que la sociedad se gobernaba a sí misma, dentro de los límites de sus conocimientos y posibilidades.

Por tanto, no es cierto que las nociones de “sociedad”, “colectividad humana” y “Estado” sean prácticamente idénticas y que se solapen mutuamente a través de las épocas. Todo lo contrario, la humanidad vivió durante miles de años en colectividades que no llegaron a conocer nunca la existencia del Estado.

El Estado aparece cuando las funciones que primeramente eran realizadas por todos los miembros de la colectividad se convierten en patrimonio de un grupo de hombres aislados:

– un ejército distinto de la masa de ciudadanos armados;

– jueces distintos de la masa de ciudadanos que juzgan a sus semejantes;

– jefes hereditarios, reyes, nobles, en lugar de representantes o dirigentes de tal o cual actividad, designados temporalmente y siempre revocables;

– ”productores de ideologías” (sacerdotes, funcionarios, enseñantes, filósofos, escribas, mandarines) separados del resto de la colectividad.

Por tanto, el nacimiento del Estado es producto de una doble transformación: la aparición de un sobreproducto social permanente, que permite liberar a una parte de la sociedad de la obligación de efectuar un trabajo para asegurar su subsistencia, la cual crea con ello las *condiciones materiales* para su especialización en funciones de acumulación y administración; una transformación social y política que permite *excluir* a los demás miembros de la colectividad del ejercicio de las funciones políticas, que eran anteriormente patrimonio de todos.

2. El Estado al servicio de las clases dominantes

El hecho de que funciones que antes realizaban todos los miembros de una colectividad se conviertan, a partir de un determinado momento, en patrimonio de un grupo de hombres aislado, indica por sí mismo, que existen personas que *tienen interés* en que se produzca esta exclusión. Son las clases dominantes que se organizan para excluir a los miembros de las clases explotadas y productoras del ejercicio de funciones que les permitirían abolir la explotación que se le ha impuesto.

El ejemplo del ejército y del armamento es la prueba más convincente. El nacimiento de las clases dominantes se produce a través de la apropiación del sobreproducto social por una parte de la sociedad. En muchas tribus y aldeas africanas se ha asistido, en el curso de los últimos siglos, a la reproducción de la evolución que se encuentra en el origen del nacimiento del Estado en los Imperios más antiguos de Oriente (Egipto, Mesopotamia, Irán, China, India, etc.): dones, regalos, servicios en forma de ayuda, que antes se concedían benévolamente a todas las familias, se van convirtiendo progresivamente en algo obligatorio, se transforman en rentas, impuestos o trabajos obligatorios.

Pero todavía queda por *asegurar* este obligatorio aprovisionamiento, lo cual se consigue primordial-mente gracias a la coacción de las armas. Grupos de hombres armados –poco importa que se llamen soldados, gendarmes, piratas o bandidos– *obligan* a los cultivadores o a los granjeros, después a los artesanos y a los comerciantes, a abandonar una parte de su producción en beneficio de las clases dominantes. A este fin, van armados y deben impedir que los productores puedan igualmente armarse.

En la antigüedad greco-romana, estaba estrictamente prohibido a los esclavos poseer armas. Lo mismo puede decirse con respecto a los siervos de la Edad Media. Los primeros esclavos, los primeros campesinos son a menudo o bien prisioneros de guerra a los que no se les ha privado de la vida o bien campesinos de países conquistados, es decir, víctimas de un proceso de desarme de unos que implica el monopolio de las armas para otros.

3. Coacción violenta e integración ideológica

Si el Estado, en último análisis, es un grupo de hombres armados, y si el poder de una clase dominante está basado en último extremo en la coacción violenta, no puede limitarse exclusivamente, a pesar de todo, a esta coacción. Napoleón Bonaparte dijo que se podía conseguir todo con las bayonetas, excepto sentarse sobre ellas. Una sociedad de clase que sólo subsistiera mediante la violencia armada estaría siempre en estado de guerra civil, es decir, en estado de crisis extrema.

Por tanto, para consolidar la dominación de una clase sobre otra, es absolutamente indispensable que los productores, los miembros de la clase explotada, sean manipulados para que acepten como inevitable, permanente y justo el hecho de que una minoría se apropie del excedente social. Este es el motivo por el cual el Estado no sólo cumple una función represiva sino también una función de integración ideológica. Los ”productores de ideologías” son los encargados de asegurar esta función.

Lo característico de la humanidad es que sólo puede asegurar su subsistencia mediante el *trabajo social*, que implica vínculos, relaciones sociales, entré los hombres.

Estos indispensables vínculos implican la necesidad de comunicación, de un lenguaje entre los hombres, que permite a su vez desarrollar la consciencia, la reflexión, la ”producción de ideas” (de conceptos). Todas las acciones importantes de la vida humana van acompañadas de reflexiones sobre estas acciones en la cabeza de los hombres.

Pero estas reflexiones no se producen de forma totalmente espontánea. Un individuo común y corriente no puede inventar normalmente ideas nuevas. La mayoría de los individuos reflexionan con la ayuda de ideas aprendidas en la escuela o en la Iglesia, y en nuestra época además con la ayuda de ideas sacadas de la televisión o de la radio, de la publicidad o de

los periódicos. Por tanto, la producción de ideas y de los sistemas de ideas –lo que se llama ideologías– es muy limitada. También podemos ver que es patrimonio de una pequeña minoría de la sociedad.

En cada sociedad de clase, *la ideología dominante es la ideología de la clase dominante*. Ello se debe en primer lugar a que los productores de ideologías se encuentran en situación de dependencia material con respecto a los propietarios del sobreproducto social.

En la alta Edad Media, poetas, pintores, filósofos, son mantenidos por los señores y por la Iglesia (gran propietaria de haciendas junto con la nobleza). Cuando cambia la situación social y económica, los mercaderes y banqueros ricos se nos muestran igualmente comanditarios de obras literarias, filosóficas o artísticas. La dependencia material no es por ello menos acentuada. Hay que esperar la llegada del capitalismo para que aparezcan productores de ideologías que ya no trabajen directamente bajo la dependencia de la clase dominante, sino para un ”mercado anónimo”.

De todos modos, la función de la ideología dominante es incontestablemente una función estabilizadora de la sociedad tal como está, es decir, con la dominación de clase. El *derecho* protege y justifica la forma predominante de la propiedad. La *familia* juega el mismo papel. La *religión* enseña a los explotados a aceptar su destino. Las *ideas políticas y morales predominantes* intentan justificar el reino de la clase dominante con ayuda de sofismas o de medias verdades (cfr. la tesis de Goethe, formulada durante y contra la revolución francesa, según la cual el desorden provocado por la lucha contra la injusticia sería peor que la propia injusticia. Moraleja: ¡no cambiéis el orden establecido!).

4. Ideología dominante e ideologías revolucionarias

Pero aunque la ideología dominante de cada época es la ideología de la clase dominante, esto no quiere decir que las *únicas* ideas que existan en una sociedad de clase sean las de la clase dominante. En general –y .simplificando– cada sociedad de clase presenta por lo menos tres grandes categorías de ideas que la recorren:

– las ideas que reflejan los intereses de la clase dominante de la época y que son dominantes;

– las ideas de las antiguas clases dominantes, que ya han sido vencidas y alejadas del poder, pero que continúan ejerciendo su influencia sobre los hombres. Este hecho se debe a la fuerza de inercia de la consciencia, que siempre está más atrás que la realidad material. La transmisión y difusión de las ideas es en parte autónoma de lo que suceda en la esfera de la producción material. Por tanto, pueden seguir estando influidas por fuerzas sociales que ya han dejado de ser las hegemónicas.

– las ideas de una nueva clase revolucionaria ascendente, que todavía está dominada, pero que ya ha entablado el combate para su emancipación, y que debe librarse por lo menos en parte de las ideas de sus opresores antes de poder derrocar la opresión en los hechos.

El ejemplo del siglo XIX en Francia es el más típico a este respecto. La clase dominante es, en aquel momento, la burguesía. Tiene sus propios pensadores, juristas, ideólogos, filósofos, moralistas y escritores, desde el principio hasta el final del siglo. La nobleza semifeudal ha sido derrocada como clase dominante con la gran revolución francesa. A pesar de la restauración de los Borbones en 1815 ya no volverá al poder. Pero su ideología, y en especial el clericalismo ultramontano, continuará ejerciendo una profunda influencia durante decenios, no sólo entre lo que resta de la nobleza, sino también en algunos sectores de la burguesía, en algunas capas de la pequeña burguesía (campesinos) e incluso entre la clase obrera.

Al lado de la ideología burguesa y de la ideología semifeudal se desarrolla ya, a pesar de todo, la ideología proletaria, en primer lugar la de los babocevistas, la de los blanquistas, y más tarde la de los colectivistas que desembocarán en el marxismo y en la Comuna de París.

5. Revoluciones sociales, revoluciones políticas

Cuanto más estable es una sociedad de clase, menos se pone en tela de juicio la hegemonía de la clase dominante, y más se reabsorbe la lucha de clases en conflictos limitados que no cuestionan la estructura de dicha sociedad, es decir, lo que los marxistas llaman las relaciones de producción o el modo de producción. Por el contrario, cuanto más insegura se muestra la estabilidad económica y social de un determinado modo de producción, más contestada será la hegemonía de la clase dominante y más se desarrollará la lucha de clases, hasta el punto de plantear la cuestión del *derrocamiento* de esta dominación, la cuestión de la *revolución social.*

Una revolución social estalla cuando las clases explotadas y dominadas dejan de considerar como algo inevitable, permanente y justo su explotación, cuando no se dejan intimidar ni reprimir por la violenta coacción de los gobernantes, cuando dejan de aceptar la ideología que justifica su reinado, cuando reúnen las suficientes fuerzas materiales y morales para el derrocamiento de la clase dominante.

Una vez dadas dichas condiciones, se producen las transformaciones económicas profundas. La anterior organización social, el modo de producción establecido que permitió durante un cierto período de tiempo desarrollar las fuerzas productivas, la riqueza material de la sociedad, se había convertido en un freno para su ulterior desarrollo. La expansión de la producción choca con su organización social, con las relaciones sociales de producción; ésta es la fuente última de todas las revoluciones sociales de la historia.

Una revolución social substituye el reino de una clase por el de otra clase. Presupone la eliminación del poder de Estado de la antigua clase dominante. Toda revolución social va por tanto acompañada de una revolución política. Las revoluciones burguesas se caracterizan, en términos generales, por la eliminación de la monarquía absoluta y su reemplazo por el poder político concedido a las Asambleas elegidas por la burguesía. *Los Staten-Generaal* suprimen el poder de Felipe II de España en la revolución de los Países Bajos. El Parlamento inglés destruye el absolutismo de Carlos I en la revolución inglesa de 1649. El Congreso americano rompe con la dominación del rey Jorge III sobre las trece colonias. Las distintas asambleas de la Revolución francesa de 1789 destruyen la monarquía borbónica.

Pero aunque toda revolución social sea al mismo tiempo una revolución política, toda revolución política no es necesariamente una revolución social. *Una revolución que sólo sea política* implica el cambio por vía revolucionaria de una *forma de dominación*, de u*na forma de Estado* de una clase *por otra forma de Estado de la misma clase*.

Por ejemplo, las revoluciones francesas de 1830, 1848, y de 1870 eran revoluciones políticas que instauraron sucesivamente la monarquía de julio, la II República, el Segundo Imperio y la III República, todas formas políticas distintas del gobierno de una misma y única clase social: la burguesía. En general, las revoluciones políticas transforman la forma de estado de una misma clase social en función de los intereses predominantes de las distintas capas y fracciones de esta misma clase que se van sucediendo en el poder. Pero el modo de producción fundamental no cambia en absoluto con todas estas revoluciones.

6. Particularidades del Estado burgués

La burguesía moderna no ha creado su máquina de Estado a partir de cero. Se ha contentado, a grandes rasgos, con tomar el aparato de Estado de la monarquía absoluta después de remoldearlo para hacer de él un instrumento que sirviera a sus intereses de clase.

El Estado burgués se distingue por el hecho de que al lado de su función represiva y de su función ideológica (integradora), cumple una función indispensable para la buena marcha de la economía capitalista: la de asegurar las *condiciones generales de la producción capitalista.* En efecto, la producción capitalista es una producción fundada en la propiedad privada y la competencia. Este hecho impide que el interés colectivo de la burguesía en tanto que clase pueda identificarse con el interés de un capitalista, aunque sea el más rico. El Estado adquiere una cierta autonomía para poder representar estos intereses colectivos; es el “capitalista colectivo ideal” (F. Engels).

Para que la economía capitalista pueda funcionar de manera normal, y no digamos ideal, hace falta que existan condiciones de derecho y de seguridad estables e iguales para todos los capitalistas. Es necesario al menos un mercado nacional unificado, un sistema monetario basado en una moneda única y sobre un número relativamente reducido de monedas nacionales.

Todas estas condiciones no pueden resultar espontáneamente de la producción privada o de la competencia capitalista. Son creadas por el Estado burgués.

Cuando la burguesía es económicamente próspera, socialmente ascendente y politicamente segura de su dominación, tiende a reducir las funciones económicas del Estado al mínimo que acabamos de enunciar. Al contrario, en condiciones de debilidad y de declive del reinado burgués, busca extender sus funciones a fin de garantizar el beneficio privado.

Bibliografía del capítulo 3:

K. Marx y F. Engels: *El Manifiesto Comunista*.
F. Engels: *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*.
Hermán Gorter: *Het historisch materialisme*.
Bujarin: *La teoría del materialismo histórico*.
Plejánov: *Cuestiones fundamentales del marxismo.*
K. Kautsky: *Ética y concepción materialista de la historia*.
A. Moret-G. Davy: *Des clans aux Empires*.

IV. DE LA PEQUEÑA PRODUCCIÓN MERCANTIL AL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA

1. Producción para la satisfacción de las necesidades y producción para el cambio

En la sociedad primitiva primero, y después en el seno de la comunidad aldeana nacida de la revolución neolítica, la producción estaba esencialmente basada en la satisfacción de las necesidades de las colectividades productivas. El cambio era algo accidental. No intervenía nada más que sobre una pequeña parte de los bienes de los que disponía la comunidad.

Una forma de producción semejante presupone una organización deliberada del trabajo. El trabajo en estas sociedades es, pues, inmediatamente social. Decir organización deliberada del trabajo no quiere decir necesariamente organización consciente (ni verdaderamente científica), ni organización minuciosa. Muchas cosas pueden ser dejadas al azar, precisamente porque ninguna postura tendente al enriquecimiento privado preside la actividad económica. Las costumbres, los hábitos ancestrales, los ritos, la religión, la magia pueden determinar la alternancia y el ritmo de las actividades productivas. Pero estas están destinadas siempre y de un modo esencial a la satisfacción de necesidades inmediatas de la colectividad, no al cambio o al enriquecimiento convertido en un fin por sí mismo.

De una organización semejante de la vida económica se desgaja poco a poco una forma de organización económica diametralmente opuesta. A partir de los progresos de la división del trabajo, de la aparición de un cierto excedente, el potencial de trabajo de la colectividad es progresivamente dividido en unidades (grandes familias, familias patriarcales) trabajando independientemente unas de otras. *El carácter privado del trabajo y de la propiedad privada de los productos del trabajo*, o sea, de los medios de producción, se interponen entre los miembros de la comunidad e impiden establecer relaciones económicas deliberadas entre ellos. Estas unidades o individuos no se relacionan ya unos con otros, en la vida económica a través de una asociación directa. Unos con otros se relacionan por *intermedio del cambio de los productos de su trabajo.*

La mercancía es un producto del trabajo social que está destinado a ser cambiado por su productor y no a ser consumido por él o por la colectividad inmediata le la que forma parte. Presupone, pues, una situación social esencialmente diferente de aquella en la que la masa de los productos está destinada al consumo inmediato de las colectividades que la producen. Hay algunos casos transitorios (por ejemplo, las llamadas formas de subsistencia en nuestra época, que venden un pequeño excedente en el mercado). Pero para comprender bien la diferencia fundamental entre una situación social en la que se produce esencialmente para el consumo directo de los productores, y la situación en la que se produce para el cambio, hace falta recordar la respuesta maliciosa del socialista alemán Ferdinand Lassalle a un economista liberal de su época:

> ”Sin duda el Sr. Dupont-Dupont, empresario de pompas fúnebres, fabrica primero ataúdes para su propio uso y el de los miembros de su familia, para no vender nada más que el excedente que le queda ... ”

2. La pequeña producción mercantil

La producción de mercancías apareció en primer lugar, hace 10 ó 12.000 años, en el Medio Oriente, en el marco de una primera división del trabajo entre los artesanos profesionales y los campesinos, es decir, a continuación de la aparición de las primeras ciudades.

Llamamos pequeña producción mercantil a aquella organización económica en la que prevalece la producción para el cambio, y los productores que son dueños de sus condiciones de producción.

Aunque haya habido formas múltiples de pequeña producción mercantil, especialmente en la Antigüedad y en el seno del modo de producción asiático, la pequeña producción mercantil conoció su principal desarrollo entre el siglo XIV y el XVI en Italia del norte central y en los Países Bajos del sur y del norte, viéndose la desaparición de la servidumbre en estas regiones y en estas épocas; y de hecho los propietarios de las mercancías que se encontraban en el mercado eran, a grandes rasgos, libres e iguales, más o menos, en derechos.

Es precisamente este carácter de libertad y de igualdad relativas de los propietarios de las mercancías, en el seno de una sociedad fundada sobre la pequeña producción mercantil, lo que permite entender la función misma

del cambio: permite la continuidad de todas sus actividades productivas esenciales, a pesar de una división del trabajo ya avanzada, y sin que estas actividades dependan de decisiones deliberadas de la colectividad o de sus señores.

La organización del trabajo fundada en el reparto deliberado y previsto de antemano de la mano de obra entre diferentes ramas de actividad esenciales para satisfacer las necesidades de la sociedad se sustituye ahora por una división del trabajo más o menos ”anárquica” y ”libre”, en la que aparentemente el azar gobierna este reparto de recursos productivos vivos y muertos (instrumentos de trabajo). El cambio y su resultado se sustituyen ahora por la planificación usual o consciente para repartir esos recursos. Pero debe hacerse de tal forma que la continuidad de la vida económica esté asegurada (con, ciertamente, numerosos ”accidentes de recorrido”, crisis, interrupciones de la reproducción) de tal modo que todas las actividades esenciales encuentren practicantes.

3. La ley del valor

Es la misma forma de realización del cambio lo que asegura sus resultados, al menos a medio plazo. Las mercancías se cambian según las cantidades de trabajo necesarias para producirlas. Los productos de una jornada de trabajo de un colono se cambian por los productos de una jornada de trabajo de un tejedor. Precisamente en el alba de la pequeña producción mercantil, cuando la división del trabajo entre artesanos y campesinos no es nada más que rudimentaria, cuando muchas de las actividades artesanales se practican aún en la granja, es evidente que el cambio no puede fundarse nada más que sobre una equivalencia semejante. De otro modo, la actividad económica menos recompensada sería rápidamente abandonada. Se produciría entonces una penuria en este terreno. Esta penuria haría subir los precios y con ello la recompensa obtenida por estos productores determinados. De esta forma las actividades productivas se redistribuirían entre los diferentes sectores de actividad restableciendo *la regla de equivalencia*: por una misma cantidad de trabajo proporcionado, una misma cantidad de valor recibido en el cambio.

Llamamos ”ley del valor”, la ley. que gobierna el cambio de mercancías y, por intermedio de ésta, el reparto de la fuerza de trabajo, y de todos los recursos productivos, entre las diferentes ramas de actividad. Se trata de

una ley económica que se funda esencialmente en una forma de ”organización del trabajo”, en relaciones establecidas entre los hombres diferentes de las que presiden la organización de una economía planificada según las costumbres o las elecciones conscientes de. productores asociados.

La ley del valor asegura el reconocimiento social el trabajo convertido en trabajo privado. En este sentido, la ley debe funcionar basándose en criterios objetivos, iguales para todos. Es, pues, inconcebible que un zapatero holgazán, que tendría necesidad de dos días de trabajo para producir un par de zapatos, que un zapatero hábil produciría en una jornada de trabajo, hubiera producido finalmente dos veces más valor que este último. Semejante funcionamiento del mercado, que recompensa la pereza o la falta de cualificación llevaría a una sociedad basada en la división del trabajo y el trabajo privado a la regresión rápida, a la debilidad. Por eso la equivalencia de las jornadas de trabajo asegurada por la ley del valor es una equivalencia de trabajo *según la media social de productividad*. Esta media, en una sociedad precapitalista, es generalmente estable y conocida por todos, puesto que la técnica productiva en ella evoluciona muy lentamente, o nada. Decimos, pues, que el valor de las mercancías está determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirlas.

4. La aparición del capital

En la pequeña producción mercantil, el pequeño granjero y el pequeño artesano van al mercado con el producto de su trabajo. Lo venden para comprar productos de los que tienen necesidad para su consumo inmediato y que no los producen. Su actividad en el mercado puede resumirse por la fórmula: vender para comprar.

Muy rápidamente, la pequeña producción mercantil exige, sin embargo, la aparición de un *medio de cambio universalmente aceptado* (también llamado ”equivalente general”), para facilitar el cambio. Este medio de cambio por el que se pueden cambiar indiferentemente todas las mercancías, es la moneda. Con la aparición de la moneda, otro personaje social, otra clase social, aparece como consecuencia de un nuevo progreso en la división social del trabajo: *el propietario de dinero*, distinto del propietario de mercancías y opuesto a él. Es el usurero o el negociante especializado en comercio internacional.

El capital –pues es de lo que se trata, bajo su forma inicial y elemental de capital-dinero– es todo valor que trata de apropiarse una plusvalía, que está lanzado a la búsqueda de una plusvalía. Esta definición marxista del capital se opone a la definición usual en los manuales burgueses, según la cual el capital seria, simplemente, todo instrumento de trabajo, o incluso, de un modo más vago, ”todo bien duradero”. Con esta definición, el primer mono que hubiera golpeado un platanero con un palo para coger un plátano seria el primer capitalista...

Subrayémoslo una vez más: como todas las ”categorías económicas”, la categoría ”capital” no puede entenderse nada más que si se la comprende como fundada en una *relación social entre los hombres*: a saber una relación tal que permita a un *propietario* de capital *apropiarse de una plusvalía.*

5. Del capital al capitalismo

La existencia del capital no se identifica con la existencia del modo de producción capitalista. Al contrario, los capitales han existido y circulado desde hace miles de años y antes de la eclosión del modo de producción capitalista en Europa occidental en los siglos XV y XVI.

El usurero y el mercader aparecen en un principio en el seno de sociedades *precapitalistas*, esclavistas, feudales o fundadas en el modo de producción asiático, Operan especialmente fuera de la esfera de la producción. Aseguran la introducción del dinero en una sociedad natural (en general, este dinero afluye del extranjero) introduciendo productos de lujo venidos de lejos, asegurando un mínimo de crédito tanto a las clases poseedoras desprovistas de fortunas mobiliarias, como a los reyes y emperadores.

Semejante capital es políticamente débil, y no está protegido contra las exacciones, la rapiña y la confiscación. Esta es además su suerte habitual, y es por ello por lo que el capitalista protege celosamente su tesoro, guardándose una parte y cuidándose bien de invertirlo totalmente para evitar confiscaciones: por ejemplo, lo que les sucedió a los Templarios en el siglo XIV en Francia. Los banqueros italianos que financiaban las guerras de los reyes de Inglaterra se vieron de hecho desposeídos ya que esos reyes no reembolsaban sus deudas.

Solamente cuando cambiaron las relaciones de fuerzas políticas hasta el punto en que esas confiscaciones directas e indirectas fueron cada vez más difíciles, el capital pudo acumularse –crecer– de manera cada vez más continua. A partir de aquel momento, se hace posible la *penetración del capital en la esfera de la producción*, y con ella, el nacimiento del modo de producción capitalista, el nacimiento del capitalismo moderno.

Ahora, el detentador de capitales no es un simple usurero, banquero o mercader. Es propietario de medios de producción, alquila brazos, organiza los medios de producción, es fabricante, manufacturero o industrial. La plusvalía ya no se extrae de la esfera de la distribución. Se *produce* de un modo normal en el curso del proceso productivo.

6. ¿Qué es la plusvalía?

En la sociedad precapitalista, cuando los propietarios de capitales operan esencialmente en la esfera de la circulación, no pueden apropiarse una plusvalía más que explotando de manera parasitaria los rendimientos de otras clases de la sociedad. El origen de esta plusvalía parasitaria quizá sea la parte del excedente agrícola (por ejemplo, de la renta feudal) del que la nobleza o el clero son los propietarios iniciales, o una parte de las escasas rentas de los artesanos y campesinos. Esta plusvalía es esencialmente fruto de la rapiña y del engaño. La piratería, el pillaje, el comercio de esclavos, jugaron un papel esencial en la constitución de las fortunas iniciales de mercaderes árabes, italianos, franceses, flamencos, alemanes, ingleses, en la Edad Media. Más tarde, el hecho de comprar mercancías por debajo de su valor en mercados lejanos, para después revenderlas por encima de su valor en mercados mediterráneos o de Europa del oeste y de Europa central jugó un papel semejante.

Está claro que una plusvalía semejante no resulta nada más que de una actividad de transferencia. La riqueza global de la sociedad, considerada en su conjunto, no se acrecienta apenas. Unos pierden lo que otros ganan. En efecto, durante milenios, la riqueza mobiliaria de toda la Humanidad sólo aumentó un poco. Sucederá de otro modo desde el advenimiento del modo de producción capitalista. Sólo a partir de este momento la plusvalía no será simplemente retirada del proceso de circulación de mercancías. Ahora la plusvalía se producirá con normalidad, y se acrecentará normalmente en amplitud, en el curso del mismo proceso productivo.

Hemos visto que en todas las sociedades de clase precapitalistas, los productores (esclavos, siervos, campesinos) estaban obligados a repartir su semana de trabajo, o su producción anual, entre una parte que ellos mismos consumían (producto necesario) y una parte de la que se apropiaba la clase dominante (sobre producto social). En la fábrica capitalista se manifiesta el mismo fenómeno, si bien aparece velado por la apariencia de relaciones mercantiles que parecen gobernar la ”libre compra y venta” de la fuerza de trabajo entre capitalistas y obreros.

Cuando el obrero comienza a trabajar en la fábrica, al comienzo de su jornada (o de su semana) de trabajo, incorpora un valor a las materias primas que él manipula. Al cabo de un determinado número de horas (o de jornadas) de trabajo, ha reproducido un valor que es exactamente el equivalente a su salario cotidiano (o semanal). Si en ese momento dejara de trabajar, el capitalista no obtendría ni un céntimo de plusvalía. Pero, en estas condiciones el capitalista no tendría ningún interés en comprar esa fuerza de trabajo. Como el usurero o el mercader de la Edad Media, ”compra para vender”. Compra la fuerza de trabajo para obtener de ella un producto más elevado a lo que ha pagado para comprarla. Este ”suplemento”, este ”pico”, es precisamente su plusvalía, su beneficio. Está claro que si el obrero reproduce el equivalente de su salario en 4 horas de trabajo, trabajará no 4, sino 7, 8ó9 horas. Durante estas 2, 3, 4 ó 5 horas ”suplementarias” produce la plusvalía para el capitalista, a cambio de la cual a él *no le toca nada*.

El origen de la plusvalía está, pues, en el trabajo excedente, en el trabajo gratuito apropiado por eh capitalista. ”Pero eso es un robo” se gritará. La respuesta debe ser ”sí y no”. Sí, desde el punto de vista del obrero; no, desde el punto de vista del capitalista y de las leyes del mercado.

El capitalista, en efecto, no ha comprado en el mercado ”el valor producido o a producir por el obrero”. No ha comprado su trabajo, es decir, el trabajo que el obrero va a efectuar (si hubiera hecho esto, habría cometido un robo pura y simplemente; habría pagado 1.000 pesetas por lo que vale 2.000 pesetas). El capitalista ha comprado la *fuerza de trabajo* del obrero. Esta fuerza de trabajo tiene un valor propio del mismo modo que toda mercancía tiene su valor. El valor de la fuerza de trabajo está determinado por la cantidad de trabajo necesaria para reproducirla, es decir, para la subsistencia (en el sentido amplio del término) del obrero y de su familia. La plusvalía tiene su origen en el hecho de la diferencia que aparece entre el valor producido por el obrero y el valor de las mercancías necesarias

para asegurar su subsistencia. Esta diferencia se debe al crecimiento de la productividad del trabajo del obrero. El capitalista puede apropiarse los beneficios del crecimiento de la productividad del trabajo porque la *fuerza de trabajo se ha convertido en una mercancía, porque el obrero ha sido puesto en una situación en la que no puede producir su propia subsistencia.*

7. Las condiciones de aparición del capitalismo moderno

El capitalismo moderno es el producto de tres transformaciones económicas y sociales:

a) La separación de los productores de sus medios de producción y de subsistencia. Esta separación se ha efectuado claramente en la agricultura por la expulsión de los pequeños campesinos de las tierras señoriales transformadas en praderas; en el artesanado por la destrucción de las corporaciones medievales; por el desarrollo de la industria domiciliaria; por la apropiación privada de las reservas de tierras vírgenes, etc.

b) La formación de una clase social que monopoliza estos medios de producción, la burguesía moderna. La aparición de esta clase supuso al principio una acumulación de capitales bajo forma de dinero, después una transformación de los medios de producción que son tan caros que sólo los propietarios de capitales-dinero Considerables pueden adquirirlos. La revolución industrial del siglo XVIII, por la que en lo sucesivo la producción se basará en el maquinismo, realiza esta transformación de manera definitiva.

c) La transformación de la fuerza de trabajo en mercancía. Esta transformación resulta de la aparición de una clase que no posee nada más que su fuerza de trabajo, y que, para poder subsistir, esta obligada a vender esta fuerza de trabajo a los propietarios de los medios de producción.

”Gentes pobres y necesitadas, entre las que abundan los que tienen el peso y la carga de mujeres y numerosos niños, y que no poseen nada más que lo que pueden ganar con el trabajo de sus manos”: he aquí una descripción excelente del proletariado moderno, extraída de un memorial de finales del siglo XVI, realizado en Leyde (en los Países Bajos).

Porque esta masa de proletarios no puede elegir sino es entre la venta de su fuerza de trabajo y el hambre permanente, es por lo que está obligada a aceptar como precio de su fuerza de trabajo el precio dictado por las condiciones capitalistas normales en el ”mercado de trabajo”, es decir, el mínimo vital socialmente reconocido. *El proletariado es la clase de los que están obligados por este apremio económico, a vender su fuerza de trabajo de un modo más o menos continuo.*

Bibliografía del capítulo 4:

K. Marx: *Salarios, Precio y Ganancia*
Rosa Luxemburgo: *Introducción a la Economía Política*
Ernest Mandel: *Iniciación a la teoría económica marxista*. - *Tratado de economía marxista*
Pierre Salama y Jacques Valier: *Introducción a la Economía Política*

V. LA ECONOMÍA CAPITALISTA

1. Las particularidades de la economía capitalista

La economía capitalista funciona según una serie de características que le son propias y entre las cuales destacamos;

a) La producción es exclusivamente una *producción de mercancías;* producción destinada a ser vendida en el mercado. Sin la venta efectiva de las mercancías producidas, las firmas capitalistas y la clase burguesa en su conjunto, no pueden *realizar* la plusvalía producida por el trabajador, y que está contenida en el valor de las mercancías fabricadas

b) La producción se efectúa en condiciones *de propiedad privada de los medios de producción.* Esta propiedad no es tan sólo una categoría jurídica sino más bien una categoría económica Esto significa que el poder de disponer de fuerzas productivas (medios de producción y fuerzas de trabajo) no pertenece a la colectividad, sino que está dividido entre diferentes firmas separadas, controladas por distintos grupos capitalistas (propietarios individuales, familiares, sociedades anónimas o grupos financieros). Las decisiones sobre inversiones, que condicionan en gran medida la coyuntura económica, se toman también de un modo separado, sobre la base del interés privado e independientemente por cada unidad o grupo capitalista.

c) La producción se realiza para un mercado anónimo. Se rige por los *imperativos de la competencia*. Desde el momento en que la producción no está limitada por la costumbre (como en las comunidades primitivas) ni por la reglamentación (como en las corporaciones de la Edad Media) cada capital particular (cada propietario, cada forma, o cada grupo capitalista) se esfuerza en aumentar su cifra de negocios, en acaparar una parte lo más grande posible del mercado, sin tomarse interés por las decisiones análogas de otras firmas que operen en la misma actividad.

d) El objetivo de la producción capitalista es el de realizar el máximo beneficio. Las clases poseedoras precapitalista vivían del sobreproducto social, consumiéndolo casi en su totalidad de un modo improductivo. La clase capitalista, también ella, debe consumir improductivamente una parte del sobreproducto social, del beneficio que realiza. Pero para realizar estos beneficios, debe poder vender sus mercancías. Esto implica que debe poder ofrecerlas al mercado a un precio más bajo que el de la

competencia. Para hacer esto, debe poder bajar los costes de producción. El medio más eficaz para bajar los costes de producción (el precio de fábrica) es ensanchar la base de la producción, es producir más y ayudarse por máquinas cada vez más perfeccionadas. Pero esto reclama capitales sin cesar y cada vez más elevados. *Es, pues, bajo el látigo de la competencia como el capitalismo se ve obligado a buscar el máximo de beneficio para poder desarrollar al máximo sus inversiones productivas.*

e) De este modo, la producción capitalista aparece como una producción no tan sólo para obtener beneficios, sino *para acumular capital*. En efecto, la lógica del capitalismo implica que la parte mayor de la plusvalía sea acumulada productivamente (transformada en capital suplementario, bajo forma de máquinas y de materias primas suplementarias, y de mano de obra suplementaria), y no consumida improductivamente (consumo privado de la burguesía y de sus servidores).

La producción que tiene por fin la acumulación de capital está abocada a resultados contradictorios. Por una parte, el desarrollo incesante del maquinismo implica un *arranque de las fuerzas productivas y de la productividad del trabajo* que crea los fundamentos materiales de la emancipación de la Humanidad para que deje de estar apremiada por el deber de “trabajar con el sudor de su frente”. He aquí la función históricamente progresiva del capitalismo. Pero, por otro lado, el desarrollo del maquinismo. bajo el imperativo de la búsqueda del máximo de beneficio y de acumulación sin que cese de crecer el capital, implica una subordinación cada vez más brutal del trabajador a la máquina, de las masas laboriosas a las “leyes de mercado” que las hacen perder periódicamente la cualificación y empleo. El desarrollo *capitalista* de las fuerzas productivas es al mismo tiempo un desarrollo cada vez, más pronunciado de la *alienación* de los trabajadores (y, de manera indirecta de todos los ciudadanos de la sociedad burguesa) de sus instrumentos de trabajo, de los productos de su trabajo, en una palabra, de sus condiciones de vida (comprendidas sus condiciones de consumo y utilización del tiempo libre) y de sus relaciones realmente humanas con sus conciudadanos.

2. El funcionamiento de la economía capitalista

Para obtener el máximo de beneficio y desarrollar lo más posible la acumulación de capital, los capitalistas deben reducir al máximo la parte del valor añadido por la fuerza de trabajo que revierte a ésta bajo la forma de salario. Este valor añadido, esta "renta creada" es en efecto determinada en el proceso de producción en sí, independientemente de todo problema de reparto. Es equivalente a la suma total de horas de trabajo proporcionadas por el conjunto de productores asalariados. De este pastel cuanto más grande sea la parte de los salarios reales pagados, más pequeña será forzosamente la parte de la plusvalía Cuanto más buscan los capitalistas ampliar la parte que revierte a la, plusvalía, tanto más obligados se ven a reducir la parte atribuida a los salarios.

Los dos medios esenciales por los cuales los capitalistas se esfuerzan en acrecentar su parte, es decir, la plusvalía, son:

a) La prolongación de la jornada de trabajo (del siglo XVI hasta mediados del XIX en Occidente; en numerosos países semicoloniales y coloniales hasta nuestros días), la reducción de los salarios reales, la rebaja en el mínimo vital. Es lo que Marx llamó el acrecentamiento de la *plusvalía absoluta*.

b) El aumento de la intensidad y de la productividad de trabajo en la esfera de los bienes de consumo (que prevalece en Occidente a partir de la segunda mitad del siglo XIX). En efecto, si por consecuencia de un aumento de la productividad del trabajo en las industrias de bienes de consumo y en la agricultura, el obrero industrial medio reproduce el valor de un conjunto determinado de estos bienes de consumo en tres horas de trabajo en lugar de deber trabajar cinco horas para producir la plusvalía que proporciona a su patrón puede pasar del producto de tres al de cinco horas de trabajo si la jornada de trabajo queda fijada en ocho horas. Esto es lo que Marx llama el incremento de la *plusvalía relativa*.

Cada capitalista busca obtener el máximo de beneficio, pero para obtenerlo o para llegar a ello busca también incrementar al máximo la producción, y a bajar sin cesar el precio de coste y el precio de venta (en unidades monetarias estables). Gracias a esto, la competencia realiza a término medio una selección entre las firmas capitalistas. Sólo las más productivas y las más rentables sobreviven.

Aquellas que venden demasiado caro no sólo no realizan el máximo de beneficio. sino que terminan viendo desaparecer por completo su beneficio. Quiebran, o son absorbidas por sus competidores. La competencia entre los capitalistas termina así en una nivelación de las tasas de beneficio.

La mayor parte de las firmas terminan por tener que contentarse con un beneficio medio determinado en último análisis por la masa total de capital social invertido y la masa total de la plusvalía proporcionada por el conjunto de los asalariados productivos. Sólo las firmas que gozan de un fuerte avance en productividad, o de una situación de monopolio, obtienen beneficios extraordinarios, es decir, beneficios por encima de esta media. Pero en general, la competencia capitalista no permite casi sobrevivir por un tiempo ilimitado, ni a los beneficios extraordinarios ni a los monopolios. Son las variaciones en relación a este beneficio medio las que rigen en gran parte las inversiones en el modo de producción capitalista. Los capitales abandonan los sectores en los que el beneficio está por debajo de la media, y afluyen hacia los sectores donde el beneficio es superior a la media (por ejemplo, afluyen hacia el sector del automóvil en los años 60 y abandonan esta rama para afluir hacia el sector energético en los años 70 de nuestro siglo).

Pero afluyendo hacia los sectores en los que la tasa de beneficio está por encima de la media, estos capitales origina en ellos una competencia acrecentada, una superproducción, una baja de los precios de venta, una baja de los beneficios, hasta que las tasas de beneficios se establecen más o menos al mismo nivel en todas las ramas.

3. La evolución de los salarios

Una de las características del capitalismo es que transforma la fuerza de trabajo humano en mercancía. El valor de la mercancía-fuerza de trabajo está determinada por sus costes de reproducción (el valor de todas las mercancías cuyo consumo es necesario para la reconstitución deja fuerza de trabajo). Se trata, por tanto, de una medida objetiva, independientemente de las apreciaciones subjetivas o fortuitas de grupos de individuos sean obreros o patronos. Sin embargo, el valor de la fuerza de trabajo tiene una característica particular en relación al de cualquier otra mercancía: Comporta, además de un elemento estrictamente mensurable, un elemento variable. El elemento estable, es el valor de las mercancías

que deben reconstituir la fuerza de trabajo desde el *punto de vista fisiológico* (que deben permitir al obrero recuperar sus calorías, vitaminas, una capacidad para desarrollar una energía muscular y nerviosa determinada, sin la que sería incapaz de trabajar al ritmo "normal" previsto por la organización capitalista del trabajo en un momento dado). El elemento variable, es el valor de las mercancías incorporado en el "mínimum vital normal" en una época y en un país determinado que no forman parte del mínimo vital fisiológico. Marx llama a esta parte del valor de la fuerza de trabajo su fracción "*histórico-moral"*. Esto quiere decir que no es fortuita. Es el resultado de una evolución histórica y de una situación dada de las *relaciones de fuerza entre el Capital y el Trabajo*. En este punto preciso del análisis económico marxista, la lucha de ciases, su pasado y su presente, se convierten en un factor codeterminante de la economía capitalista.

El salario es el *precio de mercado* de la fuerza de trabajo. Como todos los precios de mercado, fluctúa en tomo al valor de la mercancía examinada. Las fluctuaciones del salario están determinadas en particular por las fluctuaciones *del ejército de reserva industrial*, es decir, del paro, y esto en un triple sentido:

a) Cuando un país capitalista conoce un paro permanente muy importante (cuando está industrialmente subdesarrollado), los salarios peligran estar constantemente bien por debajo, bien al nivel del valor de la fuerza de trabajo. Este valor puede llegar a estar próximo del mínimo vital fisiológico.

b) Cuando el paro masivo permanente decrece a largo plazo, en particular como resultado de la industrialización en profundidad y de la emigración en masa, los salarios pueden atravesar un período de buena coyuntura por encima del valor de la fuerza del trabajo. La lucha obrera puede provocar a largo plazo una incorporación en este valor del equivalente de nuevas mercancías. El mínimo vital socialmente reconocido puede aumentar en términos reales, es decir, incluye nuevas necesidades.

c) Las altas y bajas del ejército de reserva industrial no dependen sólo de movimientos demográficos (tasas de nacimiento y de mortalidad y de los movimientos de migración internacional del proletariado. Dependen también y sobre todo *de la lógica de la acumulación del capital.* En efecto, en la lucha para sobrevivir a la competencia, los capitalistas deben sustituir máquinas (el trabajo muerto) por la mano obra. Esta sustitución arroja constantemente mano de obra fuera de la producción. Las crisis juegan la

misma función. Al contrario, en período de buena coyuntura y de "recalentamiento", cuando la acumulación del capital progresa a un ritmo febril, el ejército de reserva industrial se reabsorbe.

No hay, pues, ninguna "ley de bronce" que gobierne la evolución de los salarios. La lucha de clases entre el Capital y el Trabajo la determina en parte. El capital se esfuerza en hacer bajar los salarios hacia el mínimo vital fisiológico. El trabajo se esfuerza por extender el elemento histórico y moral del salario incorporando más necesidades nuevas a satisfacer. El grado de cohesión, de organización, de solidaridad. de combatividad y de conciencia de clase del proletariado son factores que determinan la evolución de los sala ríos. Pero a largo plazo se puede descubrir una tendencia indiscutible hacia la *pauperización relativa* de la clase obrera. La *parte* del valor añadido creado por el proletariado, que recae en los trabajadores, tiende a bajar (lo que puede además acompañarse de un aumentó de los salarios reales). La diferencia entre, por un lado, las necesidades nuevas suscitadas por el desarrollo de las fuerzas productivas y el desarrollo de producción capitalista, y la capacidad de satisfacer las necesidades por los salarios recibidos, tiende a acre rentarse mientras tanto.

Un índice claro de esta pauperización es la creciente diferencia entre el aumento de la productividad del trabajo a largo plazo y el aumento de los salarios reales. Desde principios del siglo XX y hasta el comienzo de los setenta la productividad del trabajo ha aumentado alrededor de cinco a seis veces en la industria y la agricultura de Estados Unidos y Europa occidental y central. Los salarios reales de los obreros no han aumentado nada más que entre dos y tres veces durante el mismo período.

4. Las leyes de evolución del capitalismo

Junto a las características de su funcionamiento, el modo de producción capitalista evoluciona según ciertas leyes de evolución (leyes de desarrollo) que de este modo pertenecen a su propia naturaleza:

a) *La concentración y la centralización del capital*. En la competencia los peces gordos devoran a los pequeños. Las grandes empresas (firmas) acaban con las empresas (firmas) de talla inferior, que disponen de menos medios, que no pueden beneficiarse de las ventajas de la producción en gran escala ni introducir la técnica más avanzada y más costosa.

De esta manera, el tamaño de las firmas punteras aumenta sin cesar (concentración de capital). Hace un siglo las empresas con más de 500 asalariados eran una excepción. Hoy en día las hay que ocupan por encima de 100.000 asalariados. Al mismo tiempo muchas empresas derrotadas en la competencia son absorbidas por sus competidoras victoriosas (centralización del capital).

b) *La proletarización progresiva de la población trabajadora*.– La centralización del capital implica que el número de pequeños patronos que trabajan por su propia cuenta disminuye sin cesar. La parte de la población trabajadora obligada a vender su fuerza de trabajo para poder subsistir se acrecienta continuamente. He aquí las cifras relativas a esta evolución en los Estados Unidos y que confirman de modo terminante la tendencia:

EVOLUCIÓN DE LA ESTRUCTURA DE CLASES EN LOS ESTADOS UNIDOS
(En % de toda la población que ejerce una profesión)

Año	Asalariados	Empresarios independientes
1880	62	36,9
1890	65	33,8
1900	67,9	30,8
1910	73,9	26,3
1920	73,9	23,5
1930	76,8	20,3
1939	78,2	18,8
1950	79,8	17,1
1960	84,2	14
1970	89,9	8,9

Al contrario de la leyenda ampliamente difundida esta masa proletaria, aunque fuertemente estratificada ve su grado de homogeneización acrecentarse y no decrecer. Entre un obrero manual, un empleado de banca y un pequeño funcionario público la diferencia es menor hoy de lo que era hace medio siglo o un siglo y lo mismo sucede en lo que concierne al nivel de vida a la inclinación a sindicarse y a hacer huelgas, al acceso potencial a la conciencia anticapitalista.

Esta proletarización progresiva de la población en régimen capitalista dimana especialmente de *la reproducción automática de las relaciones de producción capitalista*, del hecho de la repartición burguesa de las rentas, reproducción ya mencionada más arriba. Que los salarios sean bajos o elevados no sirven nada más que para satisfacer las necesidades de consumo, inmediatas o diferidas, de los proletarios. Estos están en la incapacidad de acumular fortunas. Por otra parte la concentración del

capital lleva consigo gastos de establecimiento cada vez más elevados, que obstruyen el acceso a la propiedad de las grandes empresas industriales y comerciales, no solamente a la totalidad de la clase obrera, sino también a la inmensa mayoría de la pequeña burguesía.

c) *El aumento de la composición orgánica del capital*.– El capital de cada capitalista, y por ello el capital de todos los capitalistas, puede ser dividido en dos partes. La primera sirve para comprar máquinas, edificios y materias primas. Su valor permanece constante en el curso de la producción; es simplemente conservado por la fuerza de trabajo, que transmite una parte en los productos que fabrica. Marx la llamó el capital constante. La segunda sirve para la compra de la fuerza de trabajo, para el pago de los salarios. Marx la llamó el capital variable, es lo que produce plusvalía. La relación entre el capital constante y el capital variable es a la vez una relación técnica (para utilizar de manera rentable este o aquel conjunto de máquinas, hace falta darle tantas o cuantas toneladas de materias primas para devorar, es necesario poner a trabajar un número determinado de obreros u obreras) y una relación de valor: en tanto que los salarios gastados para comprar *x* trabajadores para hacer andar las máquinas cuestan *y* pesetas, transformando *z* pesetas de materias primas. Marx designa esta doble relación de capital constante y de capital variable por la fórmula: composición orgánica del capital. Con el desarrollo del capitalismo industrial esta relación tenderá a crecer. Una masa creciente de materias primas y un número creciente (y cada vez más complejo) de máquinas serán puestas en movimiento por 1 (10, 100, 1000) trabajadores. A una misma masa salarial corresponderá un valor cada vez más elevado gastado en la compra de materias primas, de máquinas, de energía y de construcciones.

d) *La tendencia a la baja de la tasa media de beneficio*.– Esta ley se deriva lógicamente de la precedente. Si la composición orgánica del capital aumenta, el beneficio tenderá a bajar en relación con el capital total, va que sólo el capital variable produce la plusvalía, produce el beneficio.

Se habla de una *ley de tendencia*, y no de una ley que se impone de un modo “lineal” como la de la concentración del capital o la proletarización de la población activa. En efecto, hay diversos factores que contrarrestan esta tendencia. El más importante, entre ellos, es el aumento de la tasa de explotación de los asalariados, el aumento de la tasa de la plusvalía relación entre la masa total de la plusvalía y la masa total de los salarios). Es necesario constatar, sin embargo, que la tendencia decreciente de la

tasa media de beneficio no puede ser neutralizada a la larga por el incremento de la tasa de plusvalía. Existe un límite por debajo del cual ni el salario real ni siquiera salario relativo pueden caer sin poner en peligro productividad social del trabajo, el rendimiento de mano de obra, por ello, no hay ningún límite al crecimiento de la composición orgánica del capital (esta puede tender hacia el infinito en las empresas automatizadas).

e) *La socialización objetiva de la producción*. – Al principio de la producción mercantil cada empresa era una célula independiente, no se establecían nada más que relaciones pasajeras con proveedores y clientes. Cuanto más evoluciona el régimen capitalista más van tejiendo lazos de interdependencia técnica y social duraderas entre empresas y sectores de un número creciente de países y de continentes. Una crisis en un sector repercute en todos los demás sectores. Por primera vez desde él origen del genero humano se crea de este modo una infraestructura económica común para todos los hombres, base de su solidaridad en el mundo comunista del mañana.

5. Las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista

Sobre la base de estas leyes de desarrollo del régimen capitalista, una serie de contradicciones fundamentales del modo de producción en cuestión pueden ser establecidas:

a) La contradicción entre la organización cada vez más deliberada, consciente, de la producción en el seno de cada firma capitalista, y la anarquía cada vez más pronunciada del conjunto de la producción capitalista que es el resultado de la supervivencia de la propiedad privada y de la producción mercantil generalizada

b) La contradicción entre la socialización objetiva de la producción, y el mantenimiento de la apropiación privada de los productos, del beneficio y de los medios de producción. Es en el momento en que la interdependencia de las empresas, de los sectores, de los países, de los continentes, está más avanzada, cuando el hecho de que todo este sistema no funciona sino como consecuencia de las órdenes y los cálculos de beneficio de un puñado de magnates capitalistas revela plenamente su carácter a la vez económicamente absurdo y socialmente odioso.

c) La contradicción entre la tendencia del régimen capitalista a desarrollar las fuerzas productivas de manera ilimitada y el cerco estrecho que debe obligatoriamente imponer al consumo individual y social de la masa de trabajadores, ya que el objetivo de la producción es que permanezca un máximo de plusvalía, lo que implica forzosamente la limitación de los salarios

d) La contradicción entre un desarrollo enorme de la ciencia y de la técnica –con su potencial para la emancipación del hombre– y la subordinación de estas fuerzas productivas potenciales a los imperativos de la *venta* de mercancías y del *enriquecimiento* de los capitalistas, lo que transforma periódicamente estas fuerzas productivas en fuerzas de destrucción (especialmente en el caso de las crisis económicas, de las guerras y de la aparición de regímenes de dictadura fascista sangrienta, pero también en las amenazas que pesan sobre el medio ambiente natural del hombre, enfrentando así la humanidad con el dilema: socialismo o barbarie.

e) El desarrollo inevitable de la lucha de clases entre el capital y el trabajo, que mina periódicamente las condiciones normales de reproducción de la sociedad burguesa. Esta problemática será examinada de manera más detallada en los capítulos 8, 9, 11 y 14.

6. Las crisis periódicas de sobreproducción

Todas las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista desembocan periódicamente en crisis de sobreproducción. La tendencia a las crisis periódicas de sobreproducción, a una marcha cíclica de la producción que atraviesa sucesivamente las etapas de lanzamiento económico, de buena coyuntura, de “recalentamiento” (el “boom”), de crisis y de depresión es inherente a este modo de producción, y sólo a él. La amplitud de estas fluctuaciones puede variar de una época a otra, pero su realidad es inevitable en el régimen capitalista.

Ha habido crisis económicas (en el sentido de interrupción de la reproducción normal) en las sociedades precapitalistas; las ha habido igualmente en las sociedades postcapitalistas. Pero no se trata ni en un caso ni en otro *de crisis de sobreproducción de mercancías y de capitales*, sino más bien de crisis de subproducción de valores de uso. Lo que caracteriza la crisis de sobreproducción capitalista es que las rentas bajan, el paro se extiende, la miseria (y a menudo el hambre) se instalan, no porque la producción física haya bajado, sino, al contrario, porque ha

aumentado de manera excesiva en relación al poder de compra disponible. Es porque los productos son *invendibles*, por lo que baja la actividad económica, no porque haya falta física de productos.

En la base de las crisis periódicas de sobreproducción se encuentra a la vez la disminución de la tasa media de beneficio, la anarquía de la producción capitalista y la tendencia a desarrollar la producción sin tener en cuenta los límites que el modo de distribución burguesa imponen al consumo de la masa trabajadora. Como consecuencia de la disminución de la tasa de beneficio, una parte creciente de los capitales no pueden obtener un beneficio suficiente. Las inversiones se reducen. El paro se extiende. La mala venta de un número creciente de mercancías se combina con este factor para precipitar una caída general del empleo, de las rentas, del poder adquisitivo y de la actividad económica en su conjunto.

La crisis de sobreproducción es a la vez el producto de estos factores y el medio del que dispone el régimen capitalista para neutralizar parcialmente el efecto crisis provoca la baja del valor de las mercancías y bancarrota de numerosas firmas. El capital total se luce, pues, en valor. Esto permite una subida de la tasa de beneficio y de la actividad de acumulación. El paro masivo permite acrecentar las tasas de explotación de la mano de obra, lo que conduce al mismo resultado.

La crisis económica acentúa las contradicciones sociales y puede desembocar en una crisis social y política explosiva. Señala que el régimen capitalista está maduro para ser reemplazado por un régimen más eficaz y más humano, que no derroche más los recursos humanos y materiales. Pero la crisis no provoca automáticamente el derrumbamiento de este régimen. Debe ser aprovechada por la acción consciente de la clase revolucionaria que ha hecho nacer: la clase obrera.

7. Unificación y fragmentación del proletariado

El capitalismo crea al proletariado, lo concentra en empresas cada vez más importantes, le inculca la disciplina industrial y, con ella, la cooperación y solidaridad elementales en los lugares de trabajo. Pero todo esto está condicionado por la búsqueda de un máximo provecho, tanto para cada empresa capitalista, tomada aisladamente, como para la clase burguesa, en su conjunto. Y esta clase es claramente consciente del hecho,

confirmado por las primeras explosiones: luchas obreras, de que la concentración y unificación de las fuerzas proletarias representan para ella la gran amenaza.

Es por ello que el desarrollo del mundo de la producción es acompañado por un doble movimiento contradictorio: por una parte, la tendencia histórica, fundamental a largo plazo, de unificación y homogeneización del proletariado, del conjunto de los asalariados; por otra, las tentativas repetidas de fragmentar y estratificar la clase proletaria, sometiendo algunas de sus capas a la sobreexplotación y a la opresión particular, privilegiando relativamente a otras capas. Ideologías particulares, como el racismo, el sexismo, el chauvinismo, la xenofobia, sirven para justificar y estabilizar estas formas particulares de sobreexplotación y opresión, que nacen en el seno mismo de los primeros países capitalistas, pero que el colonialismo y el imperialismo acentuarán y llevarán al paroxismo en la escala internacional.

El empleo masivo del trabajo femenino y juvenil ha sido uno de los medios preferidos, usado por los jóvenes industriales para ”quebrantar” los salarios en las primeras manufacturas y fábricas. Al mismo tiempo, la burguesía, apoyándose sobre todo en la iglesia y otros agentes de diseminación de ideologías reaccionarias, ha estimulado poderosamente en el seno de la clase obrera y de otras clases trabajadoras de la población la idea de que ”el lugar de la mujer está en el hogar”, y que la mujer, sobre todo, no debería tener acceso a los oficios y profesiones calificados (donde ella haría igualmente correr el riesgo de hacer bajar los salarios).

De hecho, en el régimen capitalista las obreras y empleadas son sobre-explotadas a doble título. Primeramente porque continúan, en su gran mayoría, peor remuneradas que los hombres, tanto por la sub-calificación como por el pago de salarios, más bajos por un mismo trabajo, lo que aumenta directamente la masa de la plusvalía de que se apropia el capital. Luego, porque la organización de la vida socioeconómica burguesa tiene su eje en la familia patriarcal, en tanto que célula de base de la consumación, de la reproducción física de la fuerza de trabajo. En consecuencia, las mujeres están obligadas a proporcionar, en el seno de esta familia, trabajo no remunerado, tal como la preparación de la comida, la calefacción, la limpieza, el cuidado y la educación de los hijos, etc. Este trabajo no es directamente fuente de plusvalía, puesto que no se inserta entre las mercaderías, pero indirectamente aumenta la masa de la plusvalía social, en la medida en que reduce los gastos de reproducción de

la fuerza de trabajo, a cargo de la clase burguesa. Si el proletario debiese comprar todas sus comidas, vestidos, servicio de limpieza y calefacción en el mercado, si debiese pagar servicios de cuidadores y educadores de sus hijos fuera del horario escolar, su salario medio debería ser manifiestamente superior a lo que es cuando él puede recurrir al trabajo no remunerado de su compañera, hijas, madre, etc., y la plusvalía social se reduciría otro tanto.

El carácter espasmódico de la producción capitalista, con sus bruscos aumentos y reducciones de la producción industrial, reclama un movimiento no menos espasmódico de aflujo y eliminación periódicos de mano de obra en los "mercados de trabajo". A fin de reducir los costos políticos y sociales de estos movimientos violentos acompañados de tensiones y de miseria humana considerable, el capital tiene interés en aprovisionarse de una mano de obra originaria de países menos industrializados. Cuenta a la vez con su docilidad, producto de una miseria y un subempleo en principio mucho más pronunciado, y con las diferencias de costumbres y tradiciones entre esta mano de obra y la clase obrera "autóctona", como para obstaculizar el desarrollo de una verdadera solidaridad y unidad de clase que englobe al conjunto de proletarios de cada país y de todas las naciones.

Grandes movimientos migratorios han acompañado así toda la historia del mundo de producción capitalista; irlandeses hacia Inglaterra y Escocia; polacos hacia Alemania; italianos, luego nortafricanos, españoles, portugueses hacia Francia; indios hacia las colonias británicas primero, hacia Gran Bretaña después; chinos hacia todas las regiones del Pacífico; coreanos hacia Japón; olas sucesivas de emigrados hacia Norteamérica (ingleses, irlandeses, italianos, judíos, polacos, griegos, mejicanos, borriqueños, sin olvidar los esclavos negros de los siglos XVII, XVIII y XIX), Argentina y Australia.

Cada una de estas olas de inmigración masiva ha sido acompañada, aunque en grados diversos, por fenómenos similares de sobreexplotación y opresión. Los inmigrados son acantonados en los empleos peor remunerados. Se les obliga a efectuar los trabajos más insalubres. Son aislados en ghettos y tugurios. Se les priva generalmente de toda enseñanza en sus lenguas maternas. Se introducen mil discriminaciones (especialmente en la adquisición de iguales derechos civiles, políticos, sindicales), a fin de dificultar su desarrollo intelectual y moral, de que permanezcan intimidados, sobreexplotados, y de mantenerlos en un

estado de “movilidad” superior al del proletariado autóctono y organizado (comprendidas también la expulsión hacia sus países de origen o la deportación arbitraria).

Los prejuicios ideológicos difundidos simultáneamente en el seno de ese proletariado “autóctono” deben justificar a sus ojos la sobreexplotación, y mantener la fragmentación y división permanentes de la clase obrera entre adultos y jóvenes, hombres y mujeres, “autóctonos” e inmigrados, cristianos y judíos, blancos y negros, hebreos y árabes, etc.

El proletariado sólo puede llevar adelante su lucha de emancipación incluido el nivel de la defensa de sus intereses más inmediatos y más elementales – si se une y organiza de manera que afirme la solidaridad de clase y la unión de todos los asalariados. Es por ello que la lucha contra todas las discriminaciones y todas las formas de sobreexplotación sufridas por la mujer, los jóvenes, los inmigrados, las nacionalidades y las razas oprimidas, no es sólo un deber humano y político elemental. Ella responde también a un evidente interés de clase. La educación sistemática de los trabajadores en el sentido de hacerles dejar de lado todos los prejuicios sobre el sexo, racistas, patrioteros, xenófobos, que sostienen esa sobre-explotación y esos esfuerzos de fragmentación y división permanentes del proletariado, es, pues, una tarea fundamental del movimiento obrero.

Bibliografía del capítulo 5

Karl Marx: *Salario, precio y ganancia*.
Marx y Engels: *El manifiesto comunista*.
Engels: *Anti-Dühring* (2ª parte)
Kautsky: *La doctrina económica de Karl Marx*.
Rosa Luxemburg: I*ntroducción a la Economía Política*.
Ernest Mandel: *Introducción a la teoría económica marxista*.
Ernest Mandel: *Tratado de economía marxista*.
Pierre Salama y Jacques Valier. Introducción a la economía política.
E. Mandel y George Novack: *La teoría marxista de la alienación*.

VI. EL CAPITALISMO DE LOS MONOPOLIOS

El funcionamiento del modo de producción capitalista no ha sido siempre el mismo desde sus orígenes. Sin referirnos al capitalismo manufacturero, que ocupa desde el siglo XVI hasta el XVIII, podemos distinguir dos fases de la historia del capitalismo industrial propiamente dicho:

– La fase del capitalismo de libre competencia, que va desde la revolución industrial (año 1760, aproximadamente) hasta la década de los ochenta del siglo XIX

– La fase del imperialismo, que abarca desde 1880, aproximadamente, hasta nuestros días.

1. De la libre competencia a los acuerdos capitalistas

Durante toda su primera fase de existencia, el capitalismo industrial se caracterizaba por la existencia de un gran número de empresas independientes en cada rama industrial. Ninguna de ellas podía dominar por sí sola el mercado. Todas intentaban vender más barato para tener la esperanza de vender sus mercancías.

Esta situación se modificó cuando la concentración y la centralización capitalistas solo dejaron subsistir en una serie de ramas industriales un numero reducido de empresas que producen conjuntamente el 60, 70, o incluso el 80 % de la producción total. Estas empresas podían entonces ponerse de acuerdo para intentar dominar el mercado, es decir, dejar de hacer bajar sus precios de venta repartiéndose entre sí los distintos mercados, según las correlaciones de fuerza del momento.

Este declive de la libre competencia capitalista vino facilitado en gran parte por la importante revolución tecnológica que se produjo al mismo tiempo: la substitución del motor de vapor por el motor eléctrico y el motor de explosión como fuentes principales de energía en la industria y en las principales ramas del transporte. Toda una serie de nuevas industrias en desarrollo industrias eléctricas, de aparatos eléctricos, petroleras, del automóvil, químicas, etc,– debían hacer unos gastos de instalación mucho más importantes que las antiguas ramas industriales, lo cual redujo desde el primer momento el número de posibles competidores.

Las principales formas de acuerdo entre capitalistas son:

– el cártel y el sindicato en una rama de la industria, en los que cada firma que participa en el acuerdo conserva su independencia;

– el trust y la fusión de empresas, en los que esta independencia desaparece en el seno de una única y misma sociedad gigante;

– el grupo financiero y la sociedad holding, en los que un pequeño número de capitalistas controlan numerosas empresas de distintas ramas de la industria que siguen siendo jurídicamente independientes entre sí.

2. Las concentraciones bancarias y el capital financiero

El mismo proceso de concentración y de centralización del capital que se realiza en el campo de la industria y de los transportes tiene también lugar en el terreno bancario. Al final de esta evolución, un escaso número de bancos gigantes dominan toda la vida financiera de los países capitalistas.

La principal función de los bancos en el régimen capitalista es la de conceder crédito a las empresas. Cuando la concentración bancaria es muy fuerte, un puñado de banqueros detentan un monopolio de hecho para la concesión del crédito. Esto les permite dejar de comportarse como prestamistas pasivos que se contentan con cobrar los intereses por los capitales avanzados esperando que les sea devuelto su crédito cuando la deuda se cancela.

De hecho, los bancos que avanzan créditos a empresas que realizan actividades idénticas o paralelas, tienen un mayor interés en asegurar la rentabilidad y la solvencia de todas sus empresas. Tienen interés en evitar que los beneficios no disminuyan a consecuencia de la empecinada competencia. Por tanto, intervienen en el sentido de acelerar –y algunas veces imponer– la concentración y centralización industrial.

Al hacerlo, pueden tomar la iniciativa de promoción para crear grandes trusts. De igual modo, pueden utilizar su situación monopolista en el terreno del crédito para obtener, a cambio de los créditos, participaciones en el capital de las grandes empresas. De esta forma se va desarrollando el capital financiero, es decir, el capital bancario que penetra en la industria y ocupa en la misma una posición predominante.

En la cumbre de la pirámide de poder de la época del capitalismo de los monopolios aparecen grupos financieros que controlan al mismo tiempo los bancos, demás instituciones financieras (como por ejemplo las compañías de seguros), los grandes trusts industriales y de transporte, grandes almacenes, etc. Unos cuantos grandes capitalistas, las famosas "sesenta familias" en USA y las "doscientas familias" en Francia, tienen en sus manos todas las palancas del poder económico de los países imperialistas.

En Bélgica, una docena de grupos financieros (el grupo de la Société Genérale; el grupo de Launoit; el grupo Solvay-Böel; el grupo Empain; el grupo Lambert; el grupo Petrofina; el grupo Sofina; el grupo Almanij; el grupo Evenco Coppée) controlan la esencia de la economía, al lado de algunos grandes grupos extranjeros.

En los Estados Unidos, algunos grupos financieros gigantes (especialmente los grupos Morgan Rockefeller, DuPont, Mellon, el llamado grupo de Chicago, el llamado grupo de Cleveland, el grupo de Bank of América, etc.) ejercen un fuerte dominio que se extiende sobre toda la economía. Lo mismo sucede en el Japon, con los antiguos *zaibatsu* (trusts), aparentemente desmantelados después de la II Guerra Mundial, se han reconstituido fácilmente. Se trata principalmente de los grupos Mitsubishi, Mitsui, Itch, Sumitomo, Marubeni.

3. Capitalismo monopolista y capitalismo de libre competencia

La aparición de los monopolios no significa que la competencia capitalista haya desaparecido. Y menos aún puede significar que cualquier rama industrial está definitivamente dominada por una sola firma. Lo que significa en primer lugar en todos los sectores monopolizados es lo siguiente:

a) La competencia ya no se practica normalmente a través de la baja de precios.

b) Por ello, los grandes trusts obtienen *super-beneficios monopolistas*, es decir, una tasa de ganancia superior a la de las empresas que operan en sectores no monopolizados.

Además, la competencia continúa:

a) En el seno de los sectores no monopolizados de la economía, que siguen siendo numerosos.

b) Entre monopolios, normalmente por medio de otras técnicas que no sean la de bajar los precios de venta (puede ser por vía de la reducción del coste de fabricación, publicidad, etc.) y también excepcionalmente mediante una ”guerra de precios” cuando las correlaciones de fuerza entre los trusts han sido modificadas y cuando se trata de adaptar el reparto de los mercados a estas nuevas condiciones.

c) Entre monopolios ”nacionales”, en el mercado mundial, esencialmente por la vía normal de las ”guerras de precios”. Sin embargo, la concentración de capital puede llegar hasta el punto en el que incluso en el mercado mundial algunas firmas son las únicas que pueden subsistir en un sector industrial, lo que puede conducir a la creación de *cartels internacionales* que se reparten los mercados.

4. La exportación de capitales

Los monopolios sólo pueden controlar los mercados monopolizados a condición de limitar el crecimiento de la producción, y por tanto la acumulación de capital. Pero además, estos mismos monopolios poseen abundante capital gracias sobre todo a los superbeneficios monopolistas que realizan. La época imperialista del capitalismo se caracteriza, pues, por el fenómeno de exceso de capital entre las manos de los monopolios de los países imperialistas, y que están siempre buscando nuevos campos de inversión. La exportación de capital se convierte pues en un rasgo esencial de la era imperialista.

Este capital se exporta a los países donde pueda conseguir una ganancia superior a la media de los dos sectores competitivos de los países imperialistas, para estimular fabricaciones complementarias a la industria de la metrópoli. Ante todo se utiliza para desarrollar la producción de materias primas vegetales y minerales en los países subdesarrollados (de Asia, África y América latina).

Mientras el capitalismo operaba solamente en el mercado mundial para vender sus mercancías y comprar las primeras materias y los alimentos, no tenía ningún interés especial en abrirse paso por medio de la fuerza militar (que sin embargo se utilizaba para destruir las barreras que impedían la penetración de mercancías; por ejemplo, las guerras del opio

declaradas por Gran Bretaña para obligar al imperio chino a levantar las prohibiciones que obstaculizaron la importación de opio procedente de la India británica). Pero esta situación se modifica en el momento en que la exportación de capitales empieza a ocupar un lugar preponderante en las operaciones internacionales del capital.

Mientras que una mercancía vendida debe ser pagada como máximo al cabo de algunos meses, los capitales invertidos en un país sólo consiguen ser amortizados al cabo de muchos años. Por esta causa, las potencias imperialistas cobran mayor interés en establecer un control permanente sobre los países en los que han invertido sus capitales. Este control puede ser indirecto –a través de los gobiernos a sueldo del extranjero, aunque se trate de Estados formalmente independientes– en los países semi-coloniales. Puede ser directo –a través de una administración que dependa directamente de la metrópoli– en los países coloniales. La era imperialista se caracteriza, pues, por una *tendencia al reparto del mundo en imperios coloniales y en zonas de influencia de las grandes potencias imperialistas.*

Este reparto se efectuó en un determinado momento (sobre todo en el período 1880-1900) en función de las correlaciones de fuerza existentes en aquel momento: hegemonía de Gran Bretaña, importante fuerza de los imperialismos francés, holandés, belga; relativa debilidad de las "jóvenes" potencias imperialistas: Alemania, Estados Unidos, Italia, Japón. Estas "jóvenes" potencias imperialistas se servirán de una serie de *guerras imperialistas* para cambiar estas correlaciones de fuerza y modificar este reparto del mundo en favor suyo; guerra ruso-japonesa; primera guerra mundial; segunda guerra mundial.

Todas estas guerras tenían como fin la rapiña para conseguir campos de inversión de capitales, para obtener fuentes de materias primas, para hacerse con mercados privilegiados, y no eran en absoluto guerras movidas por un "ideal" político ("en favor o en contra de la democracia"; en favor o en contra de las autocracias; en favor o en contra del fascismo). La misma observación puede hacerse respecto a las guerras de conquista colonial que jalonan la era imperialista (destacando en el siglo xx la guerra de Italia contra Turquía; la guerra chino-japonesa; la guerra de Italia contra Abisinia) o las guerras colonialistas contra los movimientos de liberación de los pueblos (guerra de Argelia, guerra del Vietnam, etc.) en las cuales una de las partes tiene por objeto la rapiña, pero el pueblo semicolonial o colonial defiende una causa justa intentando escapar de la esclavitud imperialista.

5. Países imperialistas y países dependientes

Así pues, la era del imperialismo no sólo ve el establecimiento del control de un puñado de magnates de la industria y la finanza en las naciones metropolitanas. Se caracteriza también por el establecimiento del .control de la burguesía imperialista de unos pocos países en los pueblos coloniales y semicoloniales, sobre las dos terceras partes del género humano.

La burguesía imperialista extrae de los países coloniales y semicoloniales considerables riquezas. Sus capitales invertidos en estos países representan *súper-beneficios coloniales* que se repatrian hacia la metrópoli. La división mundial del trabajo basada en el intercambio de productos manufacturados de la metrópoli contra materias primas procedentes de las colonias desemboca en un *intercambio desigual*, mediante el cual los países pobres intercambian cantidades de trabajo superiores contra cantidades de trabajo mucho más reducidas de los países metropolitanos. La administración colonial es pagada con impuestos arrancados de los pueblos colonizados, de los cuales una parte nada despreciable es igualmente repatriada. Todos estos recursos extraídos de los países dependientes son necesarios cuando se trata de financiar su crecimiento económico. El imperialismo es, sin lugar a dudas, *una de las principales causas de subdesarrollo* del hemisferio meridional.

6. La era del capitalismo tardío

La era imperialista puede dividirse a su vez en dos fases: la era del imperialismo “clásico” que cubre el período anterior a la primera guerra mundial así como el período de entreguerras, y la era del declive del capitalismo, que empieza con la segunda guerra mundial o al finalizar la misma.

En esta era de declive capitalista, la concentración y la centralización del capital se hace cada vez más a escala internacional. Mientras el trust monopolista nacional es la “célula de base” de la era imperialista clásica, la sociedad multinacional es la “célula de base” de la era del declive, que se caracteriza también, al mismo tiempo, por una aceleración de la innovación tecnológica, por períodos cada vez más cortos de amortización del capital invertido en máquinas, por la obligación de todas las grandes firmas de calcular y planificar de manera muy precisa sus costes y sus inversiones, y por la tendencia a la programación económica de Estado..

Igualmente, la intervención económica del Estado es cada vez más importante por la obligación en que se encuentra la burguesía de poner a flote, con ayuda del Estado, sectores industriales que se han convertido en crónicamente deficitarios; de financiar por parte del Estado sectores punta que todavía no son rentables; de asegurar, por parte del Estado, *los beneficios de los grandes monopolios*, procurándoles pedidos estatales (en especial, pero no sólo, pedidos militares), así como ocupándose de las subvenciones y de los subsidios, etc.

La creciente internacionalización de la producción por una parte y la creciente intervención del Estado nacional en la vida económica por otra, provocan una serie de nuevas contradicciones en la era de declive del capitalismo, de las cuales la crisis del sistema monetario mundial, alimentado por la *permanente inflación*, es una de las principales muestras.

La era del declive del capitalismo se caracteriza también por la generalizada desintegración de los imperios coloniales, por la transformación de los países coloniales en países semicoloníales, por la reorientación de las exportaciones de capital que pasan ahora en primer lugar de un país imperialista a otro y no de países metrópoli a sus colonias, y por un inicio de industrialización (muy restringida todavía a la esfera de bienes de consumo) en los países semicoloniales. Este último no sólo es un intento de la burguesía indígena para frenar los movimientos populares revolucionarios, sino también el resultado lógico de las exportaciones de máquinas y bienes de equipo, que constituyen hoy la partida más importante de las exportaciones de los países imperialistas.

Por tanto, ni las transformaciones que se han producido en el funcionamiento de la economía capitalista en el seno de los países imperialistas, ni las que se refieren a la economía de los países semicoloniales y el funcionamiento conjunto del sistema imperialista, permiten poner en tela de juicio la conclusión a la que Lenin llegó hace más de medio siglo respecto al significado histórico de toda la época imperialista. Lenin dijo que ésta es una época de exacerbación de todas las contradicciones interimperialistas. Es una época nacida bajo el signo de violentos conflictos, guerras imperialistas, guerras de liberación nacional, guerras civiles.

Es la época de las revoluciones y contrarrevoluciones, de conflagraciones cada vez más explosivas, y no la época de un sabio y pacífico progreso de la civilización.

Una buena razón descarta los mitos según los cuales la economía occidental actual no seria ya una economía capitalista propiamente dicha. La recesión generalizada de la economía capitalista internacional en los años 1974-75 ha asestado un golpe mortal a la tesis según la cual nosotros viviríamos en un pretendido sistema de “economía mixta”, en el que la regulación de la vida económica por el poder público permitiría asegurar de un modo ininterrumpido el crecimiento económico, el pleno empleo y la extensión del bienestar de todos. La realidad ha demostrado que, una vez más. los imperativos del beneficio privado continúan rigiendo esta economía, y provocan periódicamente el paro masivo y la superproducción, y que se trata en todo caso de una economía capitalista.

De igual manera la tesis según la cual ya no serían los grupos capitalistas los más potentes, sino los “managers”, los burócratas, los tecnócratas y los sabios que dirigirían la sociedad occidental, no se funda en ninguna prueba científica seria. Muchos de estos “amos” de la sociedad se han quedado sin empleo en el curso de las dos últimas recesiones recientes. La delegación de poderes que el Gran Capital acepta es perfeccionada en el seno de las sociedades gigantes que controla, se extiende sobre la mayoría de sus prerrogativas tradicionales, salvo en lo esencial: las decisiones en última instancia sobre las formas y las orientaciones fundamentales de la puesta en escena del capital, y de la acumulación del capital, es decir, todo lo que está relacionado con el ”santo de los santos”: lo prioridad del beneficio de los monopolios a la que puede ser sacrificada la distribución de dividendos de los accionistas. Los que ven en ello una prueba de que In propiedad privada no cuenta apenas olvidan la tendencia predominante, desde los comienzos del capitalismo. de sacrificar la propiedad privada de los pequeños en favor de un puñado de grandes.

Bibliografía del capítulo 6

Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*
R. Hilferding: *El capital financiero*
E. Mandel: *Tratado de economía marxista* (capítulos 12-14)
Pierre Jalee: *El imperialismo en 1970*
Pierre Salama: *El proceso de subdesarrollo*

VII. EL SISTEMA IMPERIALISTA MUNDIAL

1. La industrialización capitalista y la ley del desarrollo desigual y combinado

El capitalismo industrial moderno nació en Gran Bretaña. A lo largo del siglo XIX se fue extendiendo progresivamente por la mayor parte de los países de Europa occidental y central, así como a los Estados Unidos, y más tarde al Japón. La existencia de algunos países inicialmente industrializados no pareció impedir la penetración y la extensión del capitalismo industrial en una serie sucesiva de países en vía de industrialización.

Al contrario, la gran industria británica, belga, francesa, destruyó inexorablemente en estos últimos las formas de producción preindustriales (artesanado e industrias-domicilio). Pero los capitales británicos, belgas, franceses tenían aún amplios campos de inversión que permanecían abiertos en sus propios países. También, es, por lo general, una industria moderna nacional la que sustituye progresivamente al artesanado arruinado por la competencia de las mercancías extranjeras más baratas. Esto fue lo que sucedió especialmente con la producción de textiles en Alemania, en Italia, en España, en Austria, en Bohemia, en la Rusia zarista (comprendiendo a Polonia), en los Países Bajos, etc.

Con el advenimiento de la era imperialista, del capitalismo monopolista, esta situación se modifica completamente. A partir de entonces el funcionamiento del mercado mundial no sólo no facilita sino que al contrario traba el desarrollo capitalista ”normal” y especialmente la industrialización en profundidad, de los países subdesarrollados. La fórmula de Marx según la cual cada país avanzado muestra a un país menos desarrollado la imagen de su propio porvenir, pierde la validez que conservaba a lo largo de la era del capitalismo de la libre competencia.

Tres factores esenciales (y numerosos factores suplementarios que no mencionaremos) determinan este cambio fundamental del funcionamiento de la economía capitalista internacional:

a) La amplitud de la producción en serie de numerosas mercancías en los países imperialistas, que inunda el mercado mundial, que adquiere un avance tal en productividad y en precios de fábrica en relación con toda la producción industrial inicial de los países subdesarrollados que esta última

no puede realmente arrancar a gran escala, no puede seriamente mantener la competencia contra la producción extranjera. De este modo la industria occidental (y más tarde la industria japonesa) se beneficiará en lo sucesivo de la ruina progresiva del artesanado, de la industria domiciliaria, de la manufactura, en los países de Europa oriental, de América latina, de Asia y de África.

b) El excedente de capitales que aparece de manera más o menos permanente en los países capitalistas industrializados bajo el dominio progresivo de los monopolios, desata un vasto movimiento de exportación de capitales hacia los países subdesarrollados, desarrollando en ellos sectores de producción *complementarios y no competitivos* en relación con la industria occidental. Así, los capitales extranjeros que dominan la economía de estos países los especializan en la producción de materias primas minerales y vegetales, así como en la producción de alimentos. Por otro lado, estos países van cayendo progresivamente en el estatuto de países semicoloniales o coloniales, el Estado en ellos defiende ante todo los intereses del capital extranjero. No toma ni siquiera medidas modestas de protección a la industria naciente contra la competencia de los productos importados.

c) El dominio de la economía de los países dependientes por los capitales extranjeros crea una situación económica y social en la que el Estado mantiene y consolida los intereses de las viejas clases dominantes, ligándolas a los del capital imperialista, en vez de eliminarlas más o menos radicalmente, como sucedió en el curso de las grandes revoluciones democrático-burguesas de Europa occidental y Estados Unidos.

El conjunto de esta nueva evolución de la economía capitalista internacional en la era imperialista puede resumirse en la ley del desarrollo desigual y combinado. En los países atrasados –o al menos en una serie de ellos– la estructura social y económica no es en sus rasgos fundamentales, ni la de una sociedad típicamente feudal, ni la de una sociedad típicamente capitalista. Bajo el impacto del dominio del capital imperialista, combina de un modo excepcional rasgos feudales, semi-feudales, semicapitalistas y capitalistas, La fuerza social dominante es la del capital –pero, por lo general se trata del capital extranjero–. La burguesía indígena no ejerce, pues, el poder político. La mayoría de la población no se compone de asalariados, y por lo general tampoco de siervos, sino de campesinos sometidos en diferentes prados a las exacciones de los hacendados semifeudales, semicapitalistas, de los

comerciantes usureros, y de los recaudadores de impuestos. Pero esta gran masa, aunque vive apartada de la producción mercantil e incluso de la producción monetaria, no deja de sufrir los efectos desastrosos de las fluctuaciones de los precios de las materias primas en el mercado mundial imperialista, por mediación de los efectos globales que estas fluctuaciones ejercen en la economía nacional.

2. La explotación de los países coloniales y semicoloniales por el capital imperialista

El flujo de capitales extranjeros hacia los países dependientes, coloniales y semicoloniales, ha provocado durante decenios sucesivos un pillaje, una explotación y una opresión de más de mil millones de seres humanos por el capital imperialista, lo que representa uno le los principales crímenes de los que el sistema capitalista es responsable en el curso de la historia. Si, como dijo Marx, el capitalismo apareció sobre la tierra destilando sangre y sudor por todos sus poros, en ninguna parte esta definición se justifica tanto como en los países dependientes.

La era imperialista está situada bajo el signo de la *conquista colonial*. El colonialismo es, con seguridad, más viejo que el imperialismo. Los *conquistadores* españoles y portugueses habían tomado ya a sangre y fuego las islas Canarias y Cabo Verde, así como los países de América central y del sur, exterminando por casi toda la región a una gran parte, cuando no a la totalidad, de la población indígena. Los colonos blancos no se comportaron de manera más humana en lo relativo a los indios de América del Norte. La conquista del Imperio de la India por la Gran Bretaña se acompañó de un cortejo de atrocidades, lo mismo que la de Argelia, por Francia.

Con la aparición de la era imperialista, estas atrocidades se extendieron a una gran parte de África, de Asia y de Oceanía. Masacres, deportaciones, expulsión de los campesinos de sus tierras, introducción del trabajo forzado cuando no de la esclavitud, se suceden en gran escala.

El racismo “justifica” estas prácticas inhumanas firmando la superioridad y el “destino histórico civilizador” de la raza blanca. De un modo aun más sutil, este mismo racismo expropia los pueblos colonizados de su propio pasado, de su propia cultura, de su orgullo étnico, e incluso de su lengua, al tiempo que les arranca sus riquezas nacionales y una buena parte de los frutos de su trabajo.

Si los esclavos coloniales osan rebelarse contra la dominación colonialista, son reprimidos con una crueldad sin nombre. Mujeres y niños indios masacrados en las guerras contra los indios en los Estados Unidos; “mutins” indios puestos frente a los cañones; tribus del Medio Oriente bombardeadas despiadadamente por la RAF; decenas de miles de argelinos civiles masacrados “en represalia” de la insurrección nacional de mayo de 1945: todo esto repite fielmente las crueldades más innobles del nazismo, comprendiendo el genocidio puro y simple. Los burgueses de Europa y de América que se indignaron contra Hitler cuando cometió tantos crímenes de lesa raza blanca sobre los pueblos de Europa, a cuenta del imperialismo alemán, olvidaban los que los pueblos de Asia, de América y de África sufrieron a manos del imperialismo mundial.

Toda la economía de los países dependientes está sometida a los intereses y al *diktat* del capital extranjero. En la mayoría de estos países, las líneas ferroviarias enlazan los centros de producción que trabajan para la exportación por los puertos, y no los centros urbanos entre sí. La infraestructura fundamental está basada en las actividades de importación y exportación; la red escolar, hospitalaria, cultural conoce un subdesarrollo espantoso. La mayor parte de la población está estancada en el analfabetismo, la ignorancia y la miseria.

Ciertamente, la penetración del capital extranjero permite un cierto desarrollo de las fuerzas productivas, hace nacer algunas grandes ciudades industriales, desarrolla un embrión, más o menos importante, de proletariado en los puertos, las minas, las plantaciones, los ferrocarriles y en la administración pública. Pero se puede decir sin exageración, que en el curso de los tres cuartos de siglo que separan el inicio de la erupción hacia la colonización integral de los países subdesarrollados y la victoria de la revolución china, el nivel de vida de la población media en Asia, África y América (con la excepción de algunos países privilegiados), se ha estancado o retrocedido. En algunos países importantes incluso ha retrocedido de una manera catastrófica. Nada más las hambres periódicas han segado literalmente a decenas de millones de indios y chinos.

3. El bloque de “clases en el poder” en los países semicoloniales

Para comprender de una manera más profunda la forma cómo la dominación imperialista ha “congelado” en su desarrollo a los países coloniales y semicoloniales, y ha impedido la industrialización progresiva “normal” del tipo capitalista occidental, hace falta extenderse un poco más sobre la naturaleza del “bloque de clases sociales en el poder” en estos países durante la era imperialista clásica y las consecuencias de este “bloque” en la evolución económica y social.

Cuando el capital extranjero penetra en masa en los países coloniales y semicoloniales, la clase dominante local está en general compuesta por hacendados (semifeudales y semicapitalistas, en dosis diferentes según los países examinados) aliados al capital mercantil y a banqueros o usureros. En los países más atrasados como los de África negra, nos encontramos primero en presencia de sociedades tribales en descomposición, bajo el efecto prolongado de la trata de negros.

El capital extranjero va a aliarse generalmente con estas clases dominantes extranjeras, a tratarlas como intermediarías para la explotación de los campesinos y de los trabajadores indígenas, consolidando sus relaciones de explotación con sus propios pueblos.

A veces incluso va a extender ampliamente el grado de esta explotación de carácter precapitalista, combinándola con nuevas formas de explotación capitalista. En Bengala, el capitalismo británico transformó los *zamindars*, antaño simples recaudadores de impuestos al servicio de los emperadores *moghuls*, en propietarios de las tierras en las que obtenían el impuesto.

De esta forma aparecen tres clases sociales híbridas dentro de la sociedad de los países subdesarrollados, que marcan con su sello el bloqueo de su desarrollo económico y social:

– La clase de la *burguesía compradora*, burguesía autóctona, en un principio simples asociados asalariados de las casas extranjeras de importación, que se va enriqueciendo y transformándose progresivamente en empresarios independientes. Pero sus empresas están esencialmente situadas en la esfera del comercio (y de los “servicios”). Sus beneficios se invierten generalmente en el comercio, la usura, la adquisición de tierras, la especulación inmobiliaria.

– La clase de los *comerciantes-usureros (o comerciantes-usureros-kulaks*). La lenta penetración de la economía monetaria degrada los mecanismos de ayuda mutua en el seno de la comunidad aldeana. Con la sucesión de buenas y malas recolecciones, sobre tierras fértiles o menos fértiles, la diferenciación social progresa inexorablemente en la ciudad. Campesinos ricos y campesinos pobres se enfrentan, y los últimos dependen cada vez más de los primeros. Los campesinos pobres se ven obligados a endeudarse para comprar semillas y víveres, cuando la recolección no es suficiente ni para cubrir tan siquiera las necesidades más elementales. De este modo caen bajo la dependencia de los comerciantes-usureros-grandes-campesinos, que los expropian progresivamente de sus campos y los someten a exacciones innumerables.

– *La clase del semiproletariado rural (*más tarde se extenderá a los ”marginados” urbanos). Los campesinos empobrecidos y expulsados de sus tierras no encuentran trabajo en la industria, como consecuencia del subdesarrollo de la misma. Se ven obligados a permanecer en el campo y a alquilar sus brazos a los grandes campesinos, o a alquilar pedazos de tierra para obtener trabajando en ellos una subsistencia miserable a cambio de una renta (o, en el sistema de aparcería, una parte de la recolección) cada vez más exorbitante. Cuanto más alta es su miseria y su falta de empleo, más alta es la renta que están obligados a pagar para cultivar un campo. Cuanto más altas son estas rentas menos inclinados están los detentadores del capital a invertir en la industria, invirtiendo esas rentas en la compra de tierra. Cuanto más alta es la miseria de la clase campesina más se restringe el mercado interior de bienes de consumo y más subdesarrollada permanece la industria aumentando el subempleo.

El subdesarrollo no es, pues, el resultado de la falta absoluta de capitales o de recursos. Al contrario, el sobre producto social representa a menudo una fracción más elevada de la renta nacional en los países atrasados que en los países industrializados. El subdesarrollo es el resultado de una estructura social y económica, derivada de la dominación imperialista, que hace que la acumulación de los capitales-dinero no se oriente principalmente hacia la industrialización, ni tan siquiera hacia la inversión productiva, lo que provoca un inmenso subempleo (cuantitativo y cualitativo) con relación a los países imperialistas.

4. El movimiento de liberación nacional

A la larga era inevitable que centenares de millones de seres humanos dejaran de sufrir pasivamente un sistema de opresión y de explotación que les imponía un puñado de grandes capitalistas de países imperialistas, así como los aparatos administrativos y represivos a su servicio. Un movimiento de liberación nacional echa raíces en la joven *intelligentsia* de los países de América latina, de Asia y de África, que se apropia de las ideas democráticas-burguesas o semisocialistas y socialistas de Occidente para contestar la dominación extranjera sobre su país. El nacionalismo de los países dependientes, de orientación antiimperialista, se articula según los intereses diferentes de tres fuerzas sociales:

– antes que nada es apropiado por la joven *burguesía nacional industrial*, por todos los que poseen ya una base material propia que hace que sus intereses entren a competir con los de la potencia imperialista predominante. El caso más típico es el del partido indio del congreso, dirigido por Gandhi, fuertemente apoyado por los grandes grupos industriales indios;

– por el impulso de la revolución rusa, puede ser apropiado por el *movimiento obrero naciente*, que constituirá sobre todo un instrumento de movilización de masas urbanas y aldeanas contra el poder establecido. El ejemplo más típico es el del Partido Comunista Chino de los años veinte, y el del Partido Comunista Indochino en las décadas siguientes;

– puede promover *explosiones de rebelión de la pequeña burguesía urbana y del campesinado,* tomando la forma política del *populismo nacionalista*. Es la revolución mexicana de 1910 la que sirve de prototipo a esta forma de movimiento antiimperialista.

En general, la entrada en crisis del sistema imperialista marcada por desgarramientos internos sucesivos –derrota de la Rusia zarista en la guerra contra el Japón en 1904-5; revolución rusa de 1905; primera guerra mundial; revolución rusa de 1917; entrada en escena del movimiento de masas en la India y en China; crisis económica de 1929-32; segunda guerra mundial; derrotas sufridas por el imperialismo japonés en 1945– ha estimulado fuertemente el movimiento de liberación nacional en los países dependientes. Recibió su mayor impulso con la victoria de la revolución china de 1949.

Los problemas tácticos y estratégicos que se derivan para el movimiento obrero internacional (e indígena en los países dependientes) de la aparición del movimiento de liberación nacional en los países semi-coloniales y coloniales, son tratados con más detalle en el capitulo X, punto 4. y en el capítulo XIII, punto 4. Subrayemos aquí tan sólo el deber particular del movimiento obrero de los países imperialistas de apoyar incondicionalmente todo movimiento y toda acción efectiva de masas de los países coloniales y semicoloniales contra la explotación y la opresión que ellos sufren por parte de las potencias imperialistas. Este deber implica el distinguir estrictamente las guerras interimpenalistas –guerras reaccionarias– de las guerras de liberación nacional que, independiente-mente de la fuerza política que dirija al pueblo oprimido en tal o cual etapa de la lucha, son guerras justas, en las que el proletariado mundial debe colaborar para la victoria de los pueblos oprimidos.

5. El neocolonialismo

El surgimiento del movimiento de liberación nacional al día siguiente de la segunda guerra mundial, condujo al imperialismo a modificar sus formas de dominación sobre los países atrasados. De ser directa, esa dominación ha pasado a ser progresivamente indirecta. El número de colonias propiamente dichas, administradas directamente por la potencia colonial, se ha fundido como la cera al sol. En el espacio de dos décadas, han pasado de unas setenta a unas pocas unidades. Los imperios coloniales italiano, holandés, británico, francés, y por último el portugués y español se han hundido por completo.

Desde luego esta desaparición de los imperios coloniales no se ha llevado a cabo sin una resistencia sangrienta y contrarrevolucionaria de sectores importantes del capital imperialista. Testimonio de ello son las guerras sangrientas emprendidas por el imperialismo holandés en Indonesia, por el británico en Malasia y en Kenia, por el francés en Indochina y Argelia, así como las ”expediciones”, de menos duración, pero no menos sangrientas, como la de Suez en 1956 contra Egipto. Pero históricamente estas siniestras empresas aparecen como combates de retaguardia. El colonialismo directo estaba muy condenado.

Su desaparición no implicó en absoluto la disgregación del sistema imperialista mundial. Este continúa existiendo aunque sea bajo formas modificadas. La gran mayoría de los países semicoloniales continúan limitados a la exportación de materias primas. Continúan sufriendo todas las consecuencias del cambio desigual explotador. La distancia entre su grado de desarrollo y el de los países imperialistas continúa aumentado sin tender a disminuir. La distancia entre la renta por habitante y el nivel de bienestar en el hemisferio norte y en el hemisferio sur del globo, se acentúa cada vez más.

Sin embargo, la transformación de la dominación imperialista directa en dominación imperialista indirecta sobre los países subdesarrollados implica una asociación más estrecha de la burguesía industrial ”nacional” en la explotación de las masas trabajadoras de esos países, así como una cierta aceleración del proceso de industrialización en una serie de países semicoloniales. Esto deriva a la vez de las relaciones de fuerza modificadas (es decir, representa una concesión inevitable del sistema a ¡a presión cada vez más fuerte de las masas), y a una modificación de los intereses fundamentales de los mismos grupos imperialistas.

En efecto, en los países imperialistas, el renglón de exportaciones ha conocido una modificación importante. El apartado “máquinas, bienes de equipo y bienes de transporte” ocupa ahora el lugar preponderante antes ocupado por “bienes de consumo y acero”. Luego, es imposible que los trusts monopolistas principales exporten cada vez más máquinas hacia los países dependientes, sin que se estimulen ciertas formas de industrialización (en general situadas en la industria de bienes de consumo).

Por otra parte, en el marco de su estrategia mundial, las sociedades multinacionales tienen interés en implantarse en una serie de países dependientes a fin de ocupar de alguna manera puntos de partida, vista la expansión futura de las venías que van a provocar. Así se generaliza la práctica de las empresas en común (*joint ventures*) entre el capital imperialista, el capital industrial “nacional”, el capital privado y el capital estatal, que es una característica de la estructura neocolonial. El peso de la clase obrera se acrecienta de este modo en la sociedad. Esta estructura permanece inserta en un conjunto imperialista apremiante y explotador. La industrialización permanece limitada; su “mercado interior” no sobrepasa apenas el 20 ó 25 % de la población: clases acomodadas –técnicos, cuadros, etc.–, campesinado rico.

La miseria de las masas permanece enorme. Las contradicciones aumentan en vez de disminuir; de ahí el potencial intacto de explosiones revolucionarias sucesivas en estos países. Una capa social nueva toma en estas condiciones importancia: la burocracia estatal que ”administra”, por lo general, un sector nacionalizado importante, se erige en representante de las preocupaciones nacionales en lo relacionado con el extranjero, pero que de hecho se beneficia de su monopolio de gestión para efectuar su acumulación privada en eran escala.

Bibliografía del capítulo 7:

Pierre Jalée*: El imperialismo en 1970*
Pierre Salama: *El proceso de subdesarrollo*
Paul A. Baran: *La economía política del crecimiento*
Haupt-Lowy-Weill: *Los marxistas y la cuestión nacional* (textos de Lenin, Rosa Luxemburg, Kausky, Otto Bauer, etc..)
Michel Barrent: *Después del imperialismo*
V.I. Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*
L. Trotsky: *La revolución permanente.* y *La I.C. después de Lenin*.
Rosa Luxemburgo: *El imperialismo y la economía mundial*

VIII. LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO MODERNO

Desde que existen los asalariados, es decir, mucho antes de la formación del capitalismo moderno, se han producido manifestaciones de la lucha de clases entre patronos y obreros. Esta no es el resultado de actividades subversivas por parte de individuos ”que predican la lucha de clases”. Por el contrario, *la doctrina de la lucha de clases es producía de la práctica de la lucha de clases que la precede.*

1. La lucha de clases elemental del proletariado

Las manifestaciones elementales de la lucha de clase de los asalariados siempre han estado girando en torno a tres reivindicaciones:

c) Aumento de los salarios, medio inmediato para modificar el reparto del producto social entre patronos y obreros en favor de los asalariados.

d) Disminución de las horas de trabajo sin reducción del salario, otro medio directo para modificar este reparto en favor de los trabajadores;

e) Libertad de organización. Mientras el patrón, propietario del capital, de los medios de producción, tiene de su parte todo el poder económico, los obreros se encuentran desarmados en la medida en que sostienen una lucha concurrencial entre sí para conseguir un empleo. En estas condiciones, ”las reglas del juego” benefician unilateralmente a los capitalistas, quienes pueden fijar los salarios tan bajos como quieran, y los obreros se ven en la obligación de aceptar este hecho por miedo a perder su empleo y con ello su subsistencia.

Al suprimir esta competencia que los divide uniéndose en bloque frente a la patronal y negándose todos a trabajar en condiciones que se consideran inaceptables, los trabajadores tienen la posibilidad de obtener ventaja en la lucha que los enfrenta a sus patronos. , La experiencia les enseña rápidamente que no tienen libertad de organización, que carecen de armas para oponerse a la presión capitalista.

La lucha de clase elemental de los proletarios ha tomado tradicionalmente la forma de negarse colectivamente a trabajar, es decir, ir a la huelga. Las crónicas nos relatan huelgas que tuvieron lugar en la antigua China y en el antiguo Egipto. Igualmente podemos comprobar que las hubo en Egipto bajo el imperio romano, en el primer siglo de nuestra era.

2. La consciencia de clase elemental del proletariado

Ahora bien, la organización de una huelga implica siempre un determinado grado elemental de organización de clase. Implica esencialmente la noción de que la seguridad de cada asalariado depende de una acción colectiva; es una solución de *solidaridad de clase* opuesta a la solución individual (intentar incrementar la ganancia individual sin tener en cuenta las rentas de los demás asalariados).

Esta noción es la forma elemental de la consciencia de clase proletaria. Del mismo modo, en la organización de una huelga los asalariados aprenden instintivamente a formar cajas de resistencia. Estas cajas de resistencia y de ayuda mutua se crean también para disminuir en algo la inseguridad de la existencia obrera, para permitir que los proletarios puedan defenderse durante los períodos de paro, etc. Estas son formas elementales de organización de clase.

Pero estas formas elementales de conciencia y de organización obrera no implican ni la conciencia de los objetivos históricos del movimiento obrero, ni la comprensión de la necesidad de una *acción política independiente* de la clase obrera.

Las primeras formas de acción política obrera se sitúan *a la extrema izquierda del radicalismo pequeño-burgués*. En la revolución francesa, a la extrema izquierda de los jacobinos aparece la Conspiración de los Iguales, de Gracchus Babeuf, que representa el primer movimiento político moderno que apunta a la colectivización de los medios de producción.

En Inglaterra, en la misma época, unos cuantos obreros forman la *London Corresponding Society* que pretende organizar un movimiento de solidaridad con la revolución francesa. Esta organización fue destruida por la represión policíaca. Pero inmediatamente después de que acabaran las guerras napoleónicas, a la extrema izquierda del partido radical (pequeño-burgués) se crea en la región industrial de Manchester-Liverpool una *Liga del Sufragio Universal*, formada en su mayor parte por obreros. Después de los sangrientos incidentes de Peterloo en 1817, se aceleró la separación del movimiento obrero independiente del movimiento pequeñoburgués, favoreciéndose con ello el nacimiento del partido *cartísta* que tuvo lugar poco tiempo después, y que fue el primer partido esencialmente obrero que reclamó el sufragio universal.

3. El socialismo utópico

Todos estos movimientos elementales de la clase obrera fueron dirigidos, en su mayor parte, por los mismos obreros; es decir, por autodidactas que a menudo formulaban ideas ingenuas sobre asuntos históricos, económicos y sociales que exigían estudios científicos sólidos para ser tratados a fondo. Estos movimientos se desarrollaron de alguna manera al margen del progreso científico de los siglos XVII y XVIII. Por el contrario, en el marco de este progreso científico se sitúan los esfuerzos de los primeros autores utópicos importantes, Thomas Moro (canciller de Inglaterra del siglo XVI), Campanella (autor italiano del siglo XVII), Robert Owen, Charles Fourier y Saint-Simon (autores de los siglos XVIII y XIX). Estos autores intentaron reagrupar todos los conocimientos científicos de su época para formular:

a) Una virulenta crítica a la desigualdad social, en especial a la que caracteriza la sociedad burguesa (en los casos de Owen, Fourier y Saint-Simon);

b) Un plan de organización de una sociedad igualitaria, basada en la propiedad colectiva.

Por estos dos aspectos de su obra, los grandes socialistas utópicos son verdaderos precursores del socialismo moderno. Pero la debilidad de su sistema reside en:

a) el hecho de que la sociedad ideal en la que sueñan (de lo cual se deriva el término de socialismo utópico) se presenta como un ideal a construir, a alcanzar de un solo golpe mediante un esfuerzo de comprensión y de buena voluntad de los hombres, sin relación alguna con la evolución histórica más o menos determinada de la sociedad capitalista;

b) el hecho de que su explicación de las condiciones en las cuales la desigualdad social aparece, y en las cuales puede desaparecer, es insuficiente desde el punto de vista científico, y se basa en factores secundarios (violencia, moral, dinero, psicología, ignorancia, etc.) sin tener como punto de partida los problemas de *estructura* económica y social, de interacción entre las relaciones de producción y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

4. El nacimiento de la teoría marxista. El Manifiesto Comunista

En estos dos últimos campos citados, la formación de la teoría marxista en *La Ideología Alemana* (1845) y especialmente en *El Manifiesto Comunista* (1847) de Karl Marx y Friedrich Engels constituye un decisivo progreso. Con la teoría marxista, la consciencia de clase obrera se encarna finalmente en una teoría científica del más alto nivel.

Marx y Engels no descubrieron las nociones de clase social y de lucha de clase. Estas nociones eran ya conocidas por los socialistas utópicos y por autores burgueses, como los historiadores franceses Thierry y Guizot. Pero en cambio explicaron de forma científica *el origen* de las clases, las causas de su desarrollo, el hecho de que toda la historia humana pueda ser *explicada* por la lucha de clases, y sobre todo, las *condiciones materiales e intelectuales* bajo las cuales la división de la sociedad en clases puede dar lugar a una sociedad socialista sin clases.

Por otra parte, explicaron de qué forma el mismo desarrollo del capitalismo preparaba inexorablemente el advenimiento de la sociedad socialista, las fuerzas materiales y morales que debían asegurar el triunfo de la nueva sociedad. Esta aparece ahora como el producto lógico de la evolución de la historia humana.

El *Manifiesto Comunista* representa, por tanto, una forma superior de la conciencia de clase proletaria. Enseña a la clase obrera que la sociedad socialista será el producto de su lucha de clase contra la burguesía. Le enseña también la necesidad de no luchar solamente por aumentos salariales, sino también por la abolición del régimen salarial. Le enseña, sobre todo, la necesidad de formar *partidos obreros independientes*, completar su acción de reivindicaciones económicas con una acción política en el plano nacional e internacional.

El movimiento obrero moderno nació, pues, de la fusión entre la lucha de clase elemental de la clase obrera y la consciencia de clase proletaria llevada a su más alta expresión, que se encarna en la teoría marxista.

5. La Primera Internacional

Esta fusión es el resultado de toda la evolución del movimiento obrero internacional entre los años 50 y los 80 del pasado siglo. Durante las revoluciones de 1848 que se producen en la mayoría de los países europeos, la clase obrera no apareció por ninguna parte, excepto en Alemania (en la pequeña *Asociación de los Comunistas*, dirigida por Marx), como un partido político en el moderno sentido de la palabra. En todas partes se deja arrastrar por el radicalismo pequeñoburgués. En Francia se separa finalmente de este último durante las sangrientas jornadas del mes de junio de 1848, aunque sin poder constituir un partido político independiente (del que, serían de alguna forma el núcleo los grupos revolucionarios formados por Auguste Blanqui). Después de los años de reacción que siguieron a la derrota de la revolución de 1848, las organizaciones sindicales y mutualistas de la clase obrera se desarrollan con prioridad en la mayoría de los países, con excepción de Alemania, donde la agitación en pro del sufragio universal permite a Lasalle formar un partido político obrero: *La Asociación general de los trabajadores alemanes*.

Con la fundación de la Primera Internacional en 1864, Marx y su reducido grupo de adeptos se funden realmente con el movimiento obrero embrionario de la época, y preparan la formación de los partidos socialistas en la mayor parte de los países europeos. Por paradójico que pueda parecer, no son los partidos obreros nacionales los que se unen para fundar la Primera Internacional, sino que por el contrario la constitución de ésta permitió la unión nacional de los grupos locales y sindicalistas que se adhirieron a la Primera Internacional.

Cuando la Internacional se escinde después del derrocamiento de la Comuna de París, los obreros de vanguardia siguen teniendo consciencia de que es necesario mantener esta unión a nivel nacional. Durante los años 70 y 80, después del fracaso de numerosos intentos, se forman definitivamente los partidos socialistas basados en el movimiento obrero embrionario de la época. Las únicas excepciones importantes son las de Gran Bretaña y Estados Unidos. Los partidos socialistas que se fundaron en esta misma época en dichos países quedaron al margen del ya potente movimiento sindical. En Gran Bretaña tiene que esperarse al siglo xx para qué se cree el partido laborista basado en los sindicatos. En los Estados Unidos, la creación de un partido de este tipo sigue siendo todavía hoy la tarea más urgente del movimiento obrero.

6. Las distintas formas de organización del movimiento obrero

Esto nos permite precisar que los sindicatos, las mutualidades y los partidos socialistas aparecen de alguna manera como los productos espontáneos, inevitables de la lucha en el seno de la sociedad capitalista, y que, en definitiva, depende de los factores de tradición y de coyuntura nacional el que una determinada forma se desarrolle antes que otra.

Por lo que se refiere a las cooperativas, no son el producto espontáneo de la lucha de clases, sino el fruto de la iniciativa tomada por Robert Owen y sus camaradas que, en 1844, fundaron la primera cooperativa en Rochdale, en Inglaterra.

La importancia del movimiento cooperativo es real, no tan sólo porque puede constituir para la clase obrera una escuela de gestión obrera de la economía, sino sobre todo porque podría preparar en el seno de la sociedad capitalista la solución de uno de los problemas más difíciles de la sociedad socialista, el de la distribución. Pero al mismo tiempo encierra un potencial peligroso de competencia económica en el seno del régimen capitalista, con empresas capitalistas, competencia que no puede entrañar sino nefastos resultados para la clase obrera y, sobre todo minar la conciencia de clase del proletariado.

7. La Comuna de París

La Comuna de París resume todas las tendencias que presiden el origen y el primer desarrollo del movimiento obrero moderno. Se produjo a partir de movimientos de masas espontáneos y no de un plan o programa elaborado con anterioridad por un partido obrero. Puso de manifiesto la tendencia de la clase obrera a sobrepasar el estado puramente económico de su lucha –el origen inmediato de la Comuna es eminentemente político: la desconfianza de los obreros de París con respecto a la burguesía acusada de querer entregar la ciudad a los ejércitos prusianos que la asediaban– combinando constantemente las reivindicaciones económicas y las políticas. Por primera vez en la historia arrastró a la clase obrera hacia la conquista del poder político, aunque sólo fuera dentro de los limites de una sola ciudad. Reflejó la tendencia de la clase obrera a destruir el aparato del Estado burgués a sustituir la democracia burguesa por una democracia proletaria, forma superior de la democracia.

También demostró que sin una dirección revolucionaria consciente, el enorme heroísmo del que el proletariado es capaz en el curso del combate revolucionario es insuficiente para asegurar la victoria.

Bibliografía del capítulo 8:

Marx y Engels: *El Manifiesto Comunista*.
Engels: *Del socialismo utópico al socialismo científico*.
Beer: *Historia del socialismo*.
Marx: *La guerra civil en Francia*.
Líssagaray: *La Comuna de París*.
Morlón y Tale*: Historia del movimiento obrero inglés* (Maspero)
Abendroth: *Historia del movimiento obrero europeo* (Maspero)
Thompson: *La construcción de la clase trabajadora inglesa*

IX. REFORMAS Y REVOLUCIÓN

El nacimiento y el desarrollo del movimiento obrero moderno en el seno de la sociedad capitalista nos ofrece un ejemplo de la acción recíproca que ejercen entre sí el medio social en el que los hombres se encuentran, independientemente de su voluntad, y la acción más o menos consciente que realizan para transformarlo.

1. Evolución y revolución a través de la historia

Todas las modificaciones del régimen social que se han producido a través de las épocas han sido siempre resultado de cambios bruscos y violentos, consecuencia de guerras, de revoluciones o de una combinación de ambas. No hay ni un solo Estado actualmente establecido que no sea producto de tales trastornos revolucionarios. El Estado americano nació de la revolución de 1776 y de la guerra civil de 1861-1865; el Estado francés de las revoluciones de 1789, de 1830, de 1848 y de 1870; el Estado británico de la revolución de 1689; el Estado belga de la revolución de 1830; el Estado holandés de la revolución de los Países Bajos del siglo XVI; el Estado alemán de las guerras de 1870-71, de 1914-18, de 1939-45 y de las revoluciones de 1848 y de 1918, etc.

Pero sería erróneo suponer que basta con utilizar la violencia para poder modificar la estructura social según la voluntad de los combatientes. Para que una revolución transforme realmente la sociedad y las condiciones de existencia de las clases trabajadoras, es necesario que venga precedida de una evolución que cree, en el seno de la antigua sociedad, las bases materiales (económicas, técnicas, etc.) y humanas (las clases sociales dotadas de ciertas características específicas) de la nueva sociedad. Cuando no se han podido conseguir estas bases, todas las revoluciones, incluso las más violentas, acaban por reproducir en mayor o menor medida las condiciones que habían querido abolir.

Un ejemplo clásico al respecto nos lo proporcionan los levantamientos campesinos victoriosos que se escalonan a lo largo de la historia china. Estos levantamientos representan en cada ocasión una reacción del pueblo contra las exacciones y las cargas de impuestos insoportables, de los que son víctima los campesinos en los períodos de declive de las dinastías que sucesivamente reinaron en el Imperio celeste. Estos levantamientos terminan con la desaparición de una dinastía y la llegada al

poder de una dinastía nueva, como en el caso de la dinastía HAN, que procedía de los mismos dirigentes de la insurrección campesina.

La nueva dinastía comienza por restablecer las mejores condiciones para el campesinado. Pero a medida que su poder se consolida y que su administración se refuerza, los gastos del Estado aumentan, lo que entraña la obligación de imponer nuevos impuestos. Los funcionarios-mandarines, pagados antes directamente por las arcas del Estado, comienzan a abusar de su poder y se apropian de hecho de las tierras cultivables, arrancando a los campesinos la renta de la tierra además del impuesto.

Así, se reproduce el crecimiento de la miseria campesina después de algunas décadas de mejor vida. La ausencia de un ”salto adelante” de las fuerzas productivas, de un desarrollo de la industria moderna basada en el maquinismo, explican este carácter cíclico de las revoluciones sociales en la China clásica, y de la imposibilidad de los campesinos de asegurarse una emancipación duradera.

2. Evolución y revolución en el capitalismo contemporáneo

También el capitalismo contemporáneo ha nacido de revoluciones sociales y políticas: las grandes revoluciones burguesas que se escalonaron entre los siglos XVI y XIX, y que originaron los Estados nacionales. Estas revoluciones fueron posibles gracias a una evolución precedente, a saber, el crecimiento de las fuerzas productivas en el seno de la sociedad feudal, que resultaba incompatible con el mantenimiento de la servidumbre, de los gremios, de las restricciones impuestas a la libre circulación de las mercancías.

Esta evolución hizo nacer una clase social nueva, la burguesía moderna, que tuvo su aprendizaje de la lucha política en el marco de las comunas medievales y de las escaramuzas bajo la monarquía absoluta, antes de lanzarse a la conquista del poder político.

A partir de un cierto nivel de su desarrollo, la sociedad burguesa se caracteriza, ella también, por una evolución que prepara inexorablemente una nueva revolución social.

En el plano material, las fuerzas productivas se desarrollan hasta el punto en que se hacen cada vez más incompatibles con la propiedad privada de los medios de producción y con las relaciones de producción capitalistas. El desarrollo de la gran industria, la concentración del capital, la creación de truts, la intervención creciente del Estado burgués para ”regularizar” la marcha de la economía capitalista, preparan cada vez más el terreno para la socialización (la aprobación colectiva) de los medios de producción, y para su gestión planificada por los productores asociados entre sí.

En el plano humano (social) se constituye y se refuerza una clase que progresivamente va reuniendo las condiciones necesarias para realizar esta revolución social: ”el capitalismo produce con el proletariado su propio sepulturero”. Concentrado en grandes empresas, sin posibilidades de una promoción social individual, este proletariado adquiere, mediante su lucha de clases cotidiana, estas cualidades esenciales de solidaridad colectiva, de cooperación y de disciplina en la acción, que permiten una reorganización fundamental de toda la vida económica y social.

Cuanto más se agravan las contradicciones inherentes al capitalismo más se exacerba la lucha de clases, y más la evolución del capitalismo prepara la revolución, orientándose hacia explosiones de diferente naturaleza (económicas, sociales, políticas, militares, financieras, etc.). en el curso de las que el proletariado puede esforzarse para conquistar el poder político y realizar una revolución social.

3. La evolución del movimiento obrero moderno

Sin embargo, la historia del capitalismo y la historia del movimiento obrero no han seguido una trayectoria tan clara y tan rectilínea como los marxistas podían suponer el 1880.

Las contradicciones *internas* de la economía de la sociedad de los países imperialistas no se han agravado de un modo inmediato. Al contrario, la Europa Occidental y los Estados Unidos han conocido, entre el fracaso de la Comuna de París y el estallido de la primera guerra mundial, un largo período de impulso de las fuerzas productivas, unas veces más lento, otras más acelerado, que recubría y ocultaba el ”trabajo de zapa” de las contradicciones internas del sistema.

Estas contradicciones estallarían con violencia en 1914. La revolución rusa de 1905 y la huelga general de los obreros austríacos de este mismo año serían los signos precursores. Pero, en realidad, la experiencia inmediata de los trabajadores y del movimiento obrero en estos países no reflejaba una profundización de las contradicciones del sistema. Por el contrarío, reflejaba la creencia en una evolución gradual, en grandes líneas pacífica e irreversible, hacia el socialismo (no puede decirse lo mismo en el caso de Europa oriental; por eso precisamente estas ilusiones tenían un peso mucho menor en estos países).

Es innegable que los sobrebeneficios coloniales acumulados por los imperialistas les han permitido acordar reformas para los trabajadores de los países occidentales. Pero hay que tener en cuenta otros factores para comprender esta evolución.

La emigración masiva hacia los países de ultramar. y el desarrollo de las exportaciones europeas hacia el resto del mundo, hicieron bajar a largo plazo “el ejército industrial de reserva”. Las relaciones de fuerza entre el Capital y el Trabajo, en el “mercado de trabajo”, fue también favorable a los trabajadores, creándose con ello las bases necesarias para el nacimiento de un sindicalismo de masas, no restringido solamente a los obreros cualificados. La burguesía aterrorizada por la Comuna de París, por las huelgas violentas en Bélgica (1886, 1893), por la ascensión aparentemente irresistible de la socialdemocracia alemana, ha buscado deliberadamente el modo de calmar a las masas revueltas con reformas sociales.

El resultado práctico de esta evolución fue un movimiento obrero occidental que se contentaba con luchar por reformas inmediatamente realizables: aumento de salarios, reforzamiento cíe la legislación social; ampliación de las libertades democráticas, etc. Relegaba el combate por una revolución social al terreno de la propaganda literaria y de la educación de los cuadros. Dejó deliberadamente de preparar la revolución socialista, creyendo que bastaría con reforzar las organizaciones de masas del proletariado para que “llegado el momento” esta fuerza colosal jugara automáticamente un papel revolucionario.

4. El oportunismo reformista

Pero a la vez, los partidos y los sindicatos de masas de Europa occidental no se contentaron con reflejar la momentánea evolución de la lucha de clases limitada, esencialmente, al terreno de las reformas. Se convirtieron, además, en una fuerza política que acentuó la *adaptación del movimiento obrero de masas al .próspero capitalismo* de los países imperialistas. El oportunismo socialdemócrata descuidó totalmente la preparación de los trabajadores a los bruscos cambios de clima social, político y económico que se anunciaban, convirtiéndose en un importante factor que facilitó la supervivencia del capitalismo en los tormentosos años de 1914-1923.

El oportunismo se manifestó *en el plano teórico* en una revisión del marxismo, proclamada oficialmente por Bernstein (“el movimiento lo es todo, el objetivo no es nada”) que pedía a la socialdemocracia abandonar toda actividad diferente a la de la búsqueda de la reforma del sistema. El “centromarxismo” que giraba alrededor de Kautsky, al tiempo que combatía el revisionismo le hizo numerosas concesiones, sobre todo, al justificar una práctica de partidos y sindicatos que cada vez se acercaban más al revisionismo.

El oportunismo se manifestó en *el plano práctico* por la aceptación de la coalición electoral con los partidos burgueses ”liberales”; por la aceptación progresiva de la participación ministerial en gobiernos de coalición con la burguesía; por la ausencia de una lucha consecuente contra el colonialismo y otras manifestaciones del imperialismo. Violentamente atacado por las consecuencias de la revolución rusa de 1905, este oportunismo se puso especialmente de manifiesto en Alemania con la negativa a aceptar la propuesta de Rosa Luxemburg de impulsar huelgas de masas con fines políticos. Reflejaba, en el fondo, los intereses particulares de un aparato burocrático reformista (mandatarios social demócratas, funcionarios del partido y de los sindicatos, que habían conseguido importantes ventajas en el seno de la sociedad burguesa).

Este ejemplo demuestra que la invasión del movimiento obrero por el oportunismo reformista no era inevitable. Hubiera sido posible emprender acciones extraparlamentarias y huelgas cada vez más amplias, durante los años precedentes a la primera guerra mundial. Estas acciones hubieran podido preparar a las masas obreras para las tareas planteadas con el ascenso revolucionario que coincidió con el final de esta guerra.

5. La necesidad de un partido de vanguardia

La experiencia confirma de este modo los elementos fundamentales de la teoría leninista del partido de vanguardia. Si la clase obrara puede, por ella misma, emprender luchas de clase muy amplias en torno a objetivos inmediatos, y si está perfectamente capacitada para acceder a un nivel elemental de conciencia de clase, no puede, en cambio, acceder espontáneamente a las formas superiores de conciencia de clase política, indispensables para poder *prever* los cambios bruscos de la situación objetiva, para poder elaborar las tareas del movimiento obrero que sean convenientes en cada momento, indispensable también para poder vencer todas las maniobras de la burguesía, todas las influencias (a menudo sutiles) que la ideología burguesa y pequeñoburguesa pueden ejercer sobre las masas obreras.

Además, el movimiento de masas pasa inevitablemente por momentos altos y bajos. Las amplias masas no se mantienen siempre en un nivel elevado de actividad política. Una organización de masas que intente adaptarse al nivel medio de actividad y de conciencia de estas masas jugará en consecuencia un papel de freno en lo que concierne a la extensión de la actividad revolucionaria, que sólo es posible que se produzca en determinados momentos.

Por todas estas razones es indispensable construir una organización de vanguardia de la clase obrera, un partido revolucionario. En tiempos normales, éste será minoritario. Pero mantendrá la continuidad de la actividad de sus militantes y su nivel de conciencia. Permitirá conservar todo lo adquirido con la experiencia de la lucha y hacerlo llegar a la clase. Tenderá hacia las luchas revolucionarias futuras, y verá en la preparación de estas luchas su misión esencial. De esta forma, facilitará enormemente los cambios de mentalidad y del comportamiento de los trabajadores organizados y de las masas trabajadoras más amplias, cambios que vienen exigidos por las bruscas oscilaciones de la situación objetiva.

En verdad, estos partidos de vanguardia no pueden sustituir a las masas para intentar hacer en su lugar la revolución social. “La emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los propios trabajadores.” Conquistar a la mayoría de los trabajadores para el programa la estrategia y la táctica del partido revolucionario es la precondición indispensable para que un partido de vanguardia pueda desempeñar su papel con plenitud.

Semejante conquista no será posible, normalmente, nada más que en los momentos “calientes” de crisis prerrevolucionaria o revolucionaria, cuya “señal” será el estallido de potentes movimientos espontáneos de masas. Por tanto, no hay ninguna oposición entre la espontaneidad de las masas y la necesidad de construir una organización revolucionaria de vanguardia. Una se apoya en la otra, la prolonga, la completa y le permite triunfar concentrando su energía en el punto neurálgico: el derrocamiento del poder político y económico del capital.

6. Los revolucionarios ante la lucha por las reformas

Como reacción al oportunismo reformista se han venido desarrollando actitudes ultraizquierdistas. de rechazo de toda lucha en pro de reformas, en capas minoritarias del movimiento obrero y de la clase obrera.

Para los marxistas revolucionarios, el reformismo no se identifica en absoluto con la lucha por las reformas. El reformismo es la ilusión de la abolición del capitalista de un modo gradual, por una acumulación de reformas. Pero es perfectamente posible combinar una participación en las luchas por las reformas inmediatas con la preparación de la vanguardia obrera para luchas anticapitalistas que provoquen por su amplitud una crisis revolucionaria en la sociedad.

El rechazo radical de toda lucha por las reformas implica la aceptación pasiva de un deterioro de la situación de la clase obrera, creyendo que ésta sea capaz de repente de derrocar al capitalismo de un golpetazo en la espalda. Semejante actitud es utópica y reaccionaría.

Es utópica porque olvida que los trabajadores cada vez, más divididos y desmoralizados por su incapacidad para defender su nivel de vida su empleo, sus; libertades y sus derechos elementales, no están apenas preparados para afrontar victoriosamente una lucha contra una clase social dotada de la riqueza y de la experiencia características de la burguesía moderna. Es una postura reaccionaria porque sirve objetivamente la causa capitalista, la causa de los patronos, que tendrán todo el interés del mundo en bajar los salarios, mantener un paro masivo, suprimir los sindicatos y el derecho de huelga, si los trabajadores se dejan reducir pasivamente al estado de esclavos sin defensa.

Los marxistas revolucionarios consideran la emancipación de los trabajadores y el derrocamiento del capitalismo como el final de una época de fuerza organizativa del proletariado, de cohesión y solidaridad de clase centuplicada, de creciente confianza en sus propias fuerzas. Todas estas transformaciones subjetivas no son tan sólo el resultado de la propaganda o de la educación literaria. En último término no son sino el resultado del éxito conseguido en las luchas diarias, que son luchas para la obtención de reformas.

El reformismo no es el producto automático de tales luchas o de tales éxitos. Lo sería realmente si la vanguardia obrera se abstuviera de educar a la clase en la necesidad de derrocar al régimen; si se abstiene de combatir la influencia de la ideología pequeño burguesa y burguesa en el seno de la clase obrera; si se abstiene de iniciar en la práctica luchas de masas extraparlamentarias, anticapitalistas, que intenten superar el estadio de las reformas.

Por la misma razón, es absolutamente indispensable que los revolucionarios trabajen en los sindicatos de masas y luchen por el fortalecimiento y no por el debilitamiento de las organizaciones sindicales.

Evidentemente, los sindicatos son poco aptos para preparar u organizar luchas revolucionarias: ésta no es su función. Pero resultan indispensables para defender los intereses de los trabajadores, día a día, en contra de los del Capital. La lucha de clase cotidiana no desaparecerá ni tan siquiera en la hora del declive del capitalismo. Sin sindicatos potentes, que agrupen una fracción elevada de la clase obrera, la patronal tiene toda la probabilidad de salir vencedora de estas escaramuzas cotidianas. El escepticismo y la desconfianza hacia sus propias fuerzas que serían el resultado di estas desgraciadas experiencias perjudicaría muchísimo el desarrollo de una elevada conciencia de clase entre amplias masas obreras.

Por otra parte, la acción sindical no se limita tan sólo, en la época del capitalismo contemporáneo, a la lucha por los salarios y por la reducción de la duración de la jornada de trabajo. Los trabajadores están cada vez más enfrentados con problemas económicos de conjunto que influyen en su nivel de vida: inflación, cierre de empresas, paro, aceleración de los ritmos de trabajo, tentativas del Estado para limitar el ejercicio del derecho de huelga y la libre negación de los salarios, etc. El sindicato se encuentra obligado a tomar posición, antes o después, sobre estas cuestiones. Ha de

ser una escuela de la clase obrera para analizar los problemas de conjunto del capitalismo y del socialismo. Ha de ser el ruedo donde se enfrenten las tendencias favorables a la colaboración de clase permanente,, es el caso de la integración de los sindicatos en el Estado burgués, y las tendencias partidarias de la lucha de clases, que rehúsan subordinar los intereses de los trabajadores a un pretendido “interés general”, que no es otro sino el interés del Capital apenas camuflado. Como defienden, en estas condiciones, los intereses inmediatos de la gran masa contra la tentativa de apartar los sindicatos de su función fundamental, los revolucionarios integrados en la tendencia favorable a la lucha de clases tienen probabilidad de obtener un eco creciente en el seno de los sindicatos, a condición de actuar con paciencia y perseverancia y no abandonar esté terreno de trabajo de masas a los burócratas, reformistas y derechistas de cualquier clase.

Los revolucionarios intentan ser los mejores sindicalistas, es decir, intentan que sean adoptadas por los sindicatos y los sindicados las proposiciones concernientes a los objetivos de luchas y a las formas de organización de las luchas, que están más conformes con los intereses de clase inmediatos de los trabajadores. No olvidan nunca la defensa de estos intereses inmediatos desarrollando sin cesar su propaganda general en favor de la revolución socialista, sin la que, en definitiva, ninguna conquista obrera puede ser consolidada, ningún problema vital para los obreros puede quedar definitivamente resuelto.

Por el contrario, la burocracia sindical, cada vez más integrada en el Estado burgués sustituye paulatinamente su tarea original de defensa irreconciliable de los intereses de sus afiliados por una política de conciliación de clase y de ”paz social”, debilita objetivamente el sindicato arrastrando por el suelo las preocupaciones y las convicciones de sus afiliados. La lucha por la democracia sindical y la lucha por un sindicalismo de lucha de clases se completan de este modo lógicamente en el combate de cada día.

Bibliografía del capítulo 9

Lenin: *¿Qué hacer?* Y *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*.
Rosa Luxemburg: Huelga de masas y Reforma o Revolución.
L. Trotsky: Los sindícalos en la época de declive del capitalismo.
G. Lukács: Lenin.

X. DEMOCRACIA BURGUESA Y DEMOCRACIA PROLETARIA

1. Libertad económica y libertad política

Para muchas personas que no reflexionan sobre esta cuestión, libertad política y libertad económica son nociones equivalentes. Es lo que afirma especialmente el dogma liberal, que pretende hoy pronunciarse de la misma forma “por la libertad” en todos los terrenos.

Sin embargo, la libertad política puede ser fácilmente definida diciendo que la libertad de los unos no debe implicar la servidumbre de los otros, no sucede lo mismo con la libertad económica. Un instante de reflexión demuestra que la mayoría de los aspectos de esta “libertad económica” implican precisamente la desigualdad, la automática exclusión de una gran parte de la sociedad de la posibilidad de gozar de esa misma libertad.

La libertad de comprar y vender esclavos implica el que la sociedad esté dividida en dos grupos: los esclavos y los amos de los esclavos. La libertad de apropiarse los grandes medios de producción como propiedad privada implica la existencia de una clase social obligada a vender su fuerza de trabajo. ¿Qué haría el propietario de una gran fábrica, si nadie estuviera obligado a trabajar por cuenta de otro?

Lógicos con ellos mismos, los burgueses de la era ascendente del capitalismo defendieron la libertad de enviar a trabajar a la mina a niños de diez años; la libertad de obligar a los trabajadores a producir de doce a catorce horas diarias. Pero sólo una libertad era obstinadamente rechazada: la libertad de asociación de los trabajadores, prohibida en Francia por la famosa “*Ley Le Chapellier”* adoptada en plena revolución francesa, con el pretexto de prohibir todas las coaliciones de origen gremialista.

Estas contradicciones aparentes en la ideología burguesa se disuelven desde que se reorganizan todas estas actitudes alrededor de un único tema central: la defensa de la propiedad y de los intereses de la clase capitalista. Esta es la base de toda la ideología burguesa y no la defensa intransigente del “principio” de libertad.

Eso aparece con gran claridad en la historia del derecho al voto. El moderno parlamentarismo nació como expresión del derecho de la burguesía a controlar los gastos públicos financiados con los impuestos que ella pagaba. La burguesía proclamaría durante la revolución inglesa de 1649: *no taxation without representation* (no a los impuestos sin

representación parlamentaría). Lógicamente denegó el derecho al voto de las clases populares que no pagaban impuestos: ¿no se sentirían impulsados su representantes “demagogos” a votar constantemente nuevos gastos, ya que eran otros los que los tenían que pagar?

De nuevo, lo que se encuentra en la base de la ideología burguesa no es el principio de igualdad de derecho de todos los ciudadanos (el derecho de voto censuario echa por tierra este principio) ni el principio de la libertad política garantizada a todos, sino al contrario la defensa de las cajas fuertes.

2. El Estado burgués al servicio de los intereses de clase del capital

En el siglo XIX tampoco era demasiado difícil explicar a los trabajadores que el Estado burgués no era totalmente neutro en la lucha de clases, que no era un “arbitro” entre el capital y el trabajo, encargado de defender “el interés general”, sino que representa un perfecto instrumento de defensa de los intereses del Capital contra los del Trabajo.

Únicamente la burguesía tenía derecho al voto. Sólo la burguesía podía negarse libremente a emplear determinados trabajadores. Cuando los obreros se declararon en huelga negándose a vender colectivamente su fuerza de trabajo en las condiciones dictadas por el capital se envió a los gendarmes o al ejército y se les disparó. La justicia era una evidente justicia de clase. Parlamentarios, jueces, oficiales de alta graduación, altos funcionarios coloniales, ministros, obispos; todos surgían de la misma clase social. Todos estaban unidos entre sí por los mismos lazos de dinero, de interés, de familia. La clase obrera estaba excluida de este mundo elegante.

Esta situación se modifica en el momento en que el movimiento obrero coge impulso, adquiere una notable potencia organizativa, arranca el sufragio universal mediante acciones directas (huelgas políticas en Bélgica, Austria, Suecia, Países Bajos, Italia, etc.). La clase obrera se encuentra ampliamente representada en el parlamento (de repente se ve obligada a pagar una parte importante de los impuestos; pero ésa es otra historia). Los partidos obreros reformistas participan en gobiernos de coalición con la burguesía. En ocasiones, empiezan incluso a formar gobiernos compuestos exclusivamente por los representantes de los partidos socialdemócratas (Gran Bretaña, Escandinavia).

A partir de entonces, la ilusión de un Estado "democrático" que estuviera por encima de las clases, "arbitro" real y "conciliador" de las oposiciones de clase puede ser aceptada más fácilmente por la clase obrera. Una de las funciones del revisionismo reformista es precisamente propagar ampliamente esa ilusión. Antes esta tarea era el patrimonio exclusivo de la socialdemocracia. En la actualidad. los Partidos Comunistas que han iniciado un sendero neorreformista difunden este mismo tipo de ilusiones.

La naturaleza real del Estado burgués, incluso del más "democrático", se revela con facilidad si se examina a la vez su funcionamiento práctico y las condiciones materiales de este funcionamiento.

Es típico que a medida que el sufragio universal se conquista por las masas trabajadoras y que los representantes obreros van haciendo notar su presencia en los parlamentos, *el centro de gravedad del Estado que residía anteriormente en la democracia parlamentaria se desplaza inexorablemente desde el parlamento burgués hacia el aparato permanente del Estado burgués:* "Los ministros vienen y van, pero la policía permanece".

Ahora bien, este aparato de Estado, por la forma como es reclinado en las alturas, por la manera como se organiza su jerarquía, por las reglas de selección y de carrera que lo presiden, encierra una simbiosis perfecta con la media y gran burguesía. Lazos ideológicos, sociales y económicos indisolubles unen este aparato con la clase burguesa. Todos los altos funcionarios reciben sueldos tales que les permiten una acumulación privada de capital, a veces modesta, pero en cualquier caso real, lo que interesa a estas personas, incluso a nivel individual en la defensa de la propiedad privada y en la buena marcha de la economía capitalista.

Además, el Estado basado en este parlamentarismo burgués está vendido en cuerpo y alma al Capital por *las cadenas de oro de la dependencia financiera y de la deuda publica*. Ningún gobierno burgués puede gobernar sin apelar constantemente al crédito, controlado por los Bancos, el capital financiero, la gran burguesía. Cualquier política anticapitalista que un gobierno reformista quisiera tan sólo esbozar se encontraría inmediatamente con el sabotaje financiero y económico de los capitalistas. La "huelga de inversiones", la evasión de capitales, la inflación, el mercado negro, la caída de la producción, el desempleo, etc., forman parte de su rápida respuesta.

Lo confirma toda la historia del siglo XX; es imposible utilizar el parlamento burgués y el gobierno basados en la propiedad capitalista y en el Estado burgués de manera consecuente contra la burguesía. Toda política que quiera seguir una vía anticapitalista se enfrenta rápidamente con el dilema: o bien capitular ante el chantaje para seguir potenciando el capital o bien romper el aparato de Estado burgués y remplazar las relaciones de propiedad capitalista por la apropiación colectiva de los medios de producción.

3. Los límites de las libertades democráticas burguesas

No es por casualidad que el movimiento obrero se encuentre en la vanguardia de la lucha por las libertades democráticas a lo largo de los siglos XIX y XX. Defendiendo estas libertades, el movimiento obrero defiende al mismo tiempo las condiciones más convenientes para su ascensión. La clase obrera es la clase más numerosa en las sociedades contemporáneas. La conquista de las libertades democráticas le permite organizarse, adquirir la seguridad de la mayoría, tener cada vez más fuerza en la balanza de las relaciones de fuerza.

Además, las libertades democráticas conquistadas en el régimen capitalista representan la mejor escuela de la democracia sustancial en la que los trabajadores participarán mañana después de haber acabado con el reino del Capital.

Trotsky habló al respecto de las “células de democracia proletaria en el seno de la democracia burguesa” que representan las organizaciones de masas obreras, la posibilidad para los trabajadores de tener congresos y celebrar manifestaciones obreras y huelgas, de tener su prensa, sus escuelas, sus teatros y sus cine-clubs, etc.

Pero precisamente porque las libertades democráticas revisten una importancia capital a los ojos de los trabajadores, importa tanto captar los límites de la democracia burguesa, incluso de la más avanzada, desde el punto de vista de estas libertades.

En primer lugar, la democracia parlamentaria burguesa es una *democracia indirecta*, en el seno de la cual sólo algunos miles o decenas de miles de mandatarios (diputados, senadores, alcaldes, burgomaestres, concejales, etc.) participan en la administración del Estado. La inmensa mayoría de los

ciudadanos está excluida de una participación semejante. Su único poder es el de depositar una papeleta de voto en una urna, cada cuatro o cinco años.

Además, la igualdad política en una democracia parlamentaria burguesa es una igualdad puramente formal, y no una igualdad real. Formalmente, el rico y el pobre detentan el mismo "derecho" de fundar un periódico cuyo funcionamiento cuesta cientos de millones de pesetas. Formalmente, el rico y el pobre tienen el mismo "derecho" a comprar un tiempo de emisión en televisión y la misma "posibilidad" de influir en el elector. Pero como el ejercicio práctico de esos derechos presupone la utilización de potentes medios materiales, sólo el rico puede disfrutar plenamente de los mismos. El capitalista logrará influenciar a un grupo numeroso de electores que dependen materialmente de él, podrá comprar periódicos, estaciones de radio o tiempo de televisión. "Tendrá" parlamentarios y gobiernos gracias al peso de su capital.

Finalmente, si se hace abstracción de todos estos límites propios de la democracia parlamentaria burguesa, y si se supone que es perfecta, es evidente que sólo es una democracia *política*. Pero ¿de qué sirve una igualdad política entre el rico y el pobre –¡que está muy lejos de ser real!– si al mismo tiempo ésta coincide, y no tan sólo durante unos años, sino desde hace más de medio siglo, con una desigualdad económica y social enorme, que va en aumento? Incluso si los pobres y los ricos tuvieran exactamente los mismos derechos políticos, los segundos siguen conservando un enorme poder económico y social del que los primeros carecen, y que subordina inevitablemente los primeros a los segundos en la vida cotidiana.

4. Represión y dictaduras burguesas

La naturaleza de clase del Estado fundado en la democracia parlamentaria burguesa aparece del modo más claro cuando examinamos su papel represivo. Se conocen innumerables conflictos sociales en los que la policía, los gendarmes y los militares han intervenido para "romper" piquetes de huelga, dispersar manifestaciones obreras, hacer evacuar fábricas ocupadas por los trabajadores y disparar sobre los huelguistas. No se conocen apenas casos en los que la policía, la gendarmería, la CRS o el ejército de la burguesía hayan intervenido para arrestar patronos cuando despiden a trabajadores, hayan ayudado a los trabajadores a ocupar

fábricas cerradas por el Capital, o hayan disparado sobre burgueses que organizan el encarecimiento de la vida, la evasión de capitales o el fraude fiscal.

Los apologistas de la democracia burguesa replicarán que los obreros violan “la ley” en todos los casos antes citados, y que amenazan el “orden público” que las fuerzas represivas han de mantener. Hemos de responder que esto prueba que la “ley” no es demasiado neutra sino que es *una ley burguesa que protege la propiedad capitalista*; que las fuerzas represivas están al servicio de esta propiedad; que se comportan de forma muy diferente según sean obreros o capitalistas los que violen la “ley”; y que nada puede probar mejor el carácter fundamental burgués del Estado.

En tiempos normales, los aparatos de represión sólo desempeñan un papel marginal en la conservación del régimen capitalista, ya que éste es respetado de hecho en la vida cotidiana por la gran mayoría de las clases trabajadoras. Sucede algo muy distinto en los períodos de crisis aguda (ya sea económica, social, política, militar o financiera), en los que el régimen capitalista pierde su equilibrio, durante los cuales las masas trabajadoras manifiestan su voluntad de derrocar el régimen o durante los cuales éste no consigue ya funcionar normalmente.

Entonces la represión surge en el primer plano de la escena política. Entonces es cuando la naturaleza profunda del Estado burgués se muestra en toda su desnudez: *un grupo de hombres armados al servicio del Capital*. Con ello confirma la regla más general de la historia de las sociedades de clases. Cuanto más estable es esta sociedad, mejor puede permitirse el lujo de conceder diversas libertades formales a los oprimidos. Cuanto más inestable y sacudida por profundas crisis, más debe ejercer el poder político por la vía de la violencia sin palabras.

Así, pues, la historia de los siglos XIX y XX está formada por distintas experiencias de supresión de todas las libertades democráticas de los trabajadores por dictaduras burguesas: dictaduras militares, bonapartistas o fascistas. La dictadura fascista es la forma más brutal y bárbara de la dictadura al servicio del Capital. Se caracteriza especialmente por el hecho de que no suprime tan sólo las libertades para las organizaciones revolucionarias o radicales de la clase obrera, sino que trata de suprimir por todos los medios cualquier tipo de organización colectiva de los trabajadores como los sindicatos, y las formas más elementales de huelga. Se caracteriza del mismo modo por el hecho de *intentar la atomización de*

la clase obrera, para que sea sólo un poco eficaz, no puede apoyarse únicamente en el aparato represivo tradicional (ejercito, gendarmería, policía, jueces) y usa de *bandas armadas privadas* que a su vez proceden de un movimiento de masas, el de la pequeña burguesía pauperizada, desesperada por la crisis y la inflación, y que el movimiento obrero no consigue arrastrar a su campo en favor de una audaz política de ofensiva anticapitalista.

La clase obrera y su vanguardia revolucionaria no puede ser neutral ante la ascensión del fascismo. Deben defender con uñas y dientes sus libertades democráticas. Para ello deben oponer un frente único de todas las organizaciones obreras, comprendidas las más reformistas y más moderadas ante la ascensión del fascismo con el fin de aplastar en su germen la bestia nociva. Deben crear sus propias unidades de auto-defensa contra los grupos armados del capital, y no fiarse de la protección del Estado burgués. Deben crear milicias obreras apoyadas por las masas trabajadoras, unificando todas las organizaciones obreras e impidiendo cualquier tentativa fascista de aterrorizar a algún sector de las masas, de romper una sola huelga, de hacer “saltar” un solo mitin de una organización obrera: éste es el camino para barrer la barbarie fascista que de otro modo terminará en los campos de concentración, en las matanzas y en las torturas, en Buchenwald y Auschwitz. Todos los éxitos en este sentido permiten además que las masas trabajadoras pasen a la contraofensiva y abatan, además de a la amenaza fascista, al régimen capitalista que la ha hecho nacer y que la ha alimentado.

5. La democracia proletaria

El Estado obrero, la dictadura del proletariado, la democracia proletaria, que los marxistas quieren para sustituir al Estado burgués, que no es, en definitiva, sino la dictadura de la burguesía, incluso en su forma más democrática, se caracteriza *por una ampliación y no por una restricción de las libertades democráticas reales* para la masa de los ciudadanos que trabaja. Sobre todo después de la experiencia desastrosa del estalinismo, que ha minado la credibilidad de las raíces democráticas de los Partidos Comunistas oficiales, es indispensable recordar con fuerza este principio básico.

El Estado obrero será más democrático que el Estado basado en la democracia parlamentaria en la medida en que *amplíe fuertemente el área de la democracia directa*. Será un Estado que empezará a desaparecer desde su origen, entregando sectores enteros de la actividad social a la autogestión, a la autodeterminación de los ciudadanos afectados (correos, telecomunicaciones, sanidad, enseñanza, cultura, etc.). Unirá la masa de trabajadores organizándolos en *consejos obreros* con el ejercicio directo del poder, aboliendo las fronteras ficticias entre el poder ejecutivo y el poder legislativo. Eliminará el "carrerismo" de la vida pública limitando los salarios de los funcionarios, comprendiendo a los de mayor rango, al de un obrero medio calificado. Impedirá la formación de una nueva casta de administradores vitalicios introduciendo el principio de rotación *obligatoria* en cualquier delegación de poder.

El Estado obrero será más democrático que el Estado burgués en la medida en que *cree las bases materiales para el ejercicio de las libertades democráticas de todos*. Las imprentas, las emisoras de radio y televisión, las salas de reunión, serán propiedad colectiva, y estarán a disposición efectiva de todos los grupos de trabajadores que las reclamen. El derecho de crear diferentes organizaciones políticas, comprendidas las de oposición; de crear una prensa de oposición, dejando a las minorías políticas expresarse en la prensa, en la radio y en la televisión será celosamente defendido por los consejos obreros. El armamento general de las masas obreras, la supresión del ejército permanente. y de los aparatos de represión, la elección de los jueces, la publicidad completa de todos Jos procesos, serán la garantía más fuerte para que ninguna minoría pueda arrogarse el derecho de excluir a ningún grupo de ciudadanos trabajadores del ejercicio de las libertades democráticas.

Bibliografía del capítulo X

K. Marx: *La guerra civil en Francia*.
Lenin: Estado y Revolución. Y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*
L. Trotsky: *Escritos sobre Alemania*. V° Congreso de la IV Internacional: *Tesis sobre el declive y la caída del stalinismo* (que incluye una descripción detallada de las instituciones de la democracia proletaria bajo la dictadura del proletariado).

XI. LA PRIMERA GUERRA IMPERIALISTA Y LA REVOLUCIÓN RUSA

El estallido de la primera guerra mundial representa el signo más evidente de que el capitalismo había entrado en su época de declive. Todo lo que hubiera podido llevar de progreso a la humanidad se encuentra, a partir de este momento, amenazado. Inmensas fuentes materiales de recursos se destruyen periódicamente; la guerra mundial; crisis económica de 1929-32; segunda guerra mundial; guerras de reconquista colonial numerosas "recesiones". La supervivencia del capitalismo se salda con verdaderas hecatombes de vidas humanas. Dictaduras sangrientas, militares o fascistas barren lo adquirido por las grandes revoluciones democrático-burguesas. La humanidad se ve enfrentada ante el siguiente dilema: socialismo o barbarie.

1. El movimiento obrero mundial ante la guerra imperialista

Durante el decenio que precedió a 1914, la Internacional Socialista y el resto del movimiento obrero internacional se esforzaron en educar y movilizar a las masas trabajadoras contra el aumento de amenazas de guerra. La multiplicación de conflictos "locales", el agravamiento de las contradicciones interimperialistas, anunciaron claramente la inminencia de la conflagración. La Internacional recordó a los trabajadores de todos los países que sus intereses eran comunes, y que no tenían por qué asumir las sórdidas querellas entre los poseedores: querellas por la repartición de los beneficios arrancados a los proletarios y a los pueblos colonizados del mundo.

Pero cuando la guerra estalló en 1914, la mayoría de las directivas socialdemócratas capitularon ante la ola chovinista desencadenada por la burguesía. Cada una de ellas se identificaba con su campo imperialista, contra el de los adversarios de su burguesía. Las excusas no faltaron. Para los dirigentes socialdemócratas alemanes y austríacos se trataba de defender a los pueblos contra la barbarie del "absolutismo zarista". Para los dirigentes socialdemócratas belgas, franceses, británicos lo más importante era la lucha contra el "militarismo prusiano".

En los dos campos, la alienación chovinista en base a la defensa nacional de la "patria" imperialista implica el que se corte la propaganda anti-militarista, socialista revolucionaria, es decir, toda la defensa de los intereses de clase, incluso los más inmediatos a los trabajadores. Se proclama "la unión sagrada" de los proletarios y de los capitalistas ante "el enemigo extranjero". Pero como esta "unión sagrada", al igual que la guerra, no modificarían en nada la naturaleza capitalista, es decir, explotadora, de la economía y de la sociedad, el socialpatriotismo implicaba la aceptación de hecho de un agravamiento en las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, de un enriquecimiento escandaloso de los trusts y otros beneficiarios de la guerra capitalista.

2. La guerra imperialista salida a la crisis revolucionaria

A partir de este momento las contradicciones del socialpatriotismo debían estallar rápidamente. Los líderes reformistas más astutos explicaron que las masas eran favorables a la guerra y que un partido obrero de masas no podía oponerse a los sentimientos predominantes del pueblo. Pero pronto los sentimientos predominantes en el seno de las masas viraron hacia el descontento, la oposición a la guerra y la revuelta. En este momento los líderes socialpatriotas alemanes Scheideman y Noske, los líderes social-patriotas franceses Renaudel y Jules Guesde no hicieron nada "para adaptarse a los sentimientos predominantes en el seno de la clase obrera". Al contrario, se esforzaron en evitar por todos los medios que estallaran huelgas y manifestaciones de masas, entrando en los gobiernos de coalición con la burguesía, ayudándola a reprimir la propaganda anti-militarista, huelguista y revolucionaria, saboteando el desarrollo de las luchas obreras. Cuando finalmente estallaron las revoluciones, los líderes socialdemócratas, que habían aprobado la masacre de millones de soldados por la causa de las cajas fuertes, redescubrieron de repente su alma pacifista y suplicaron a los trabajadores que no recurrieran a la violencia, que no provocaran un derramamiento de sangre.

Al principio de la guerra, cuando las masas estaban desorientadas por la propaganda burguesa y la traición de sus propios dirigentes, sólo un puñado de socialistas revolucionarios permanecieron fieles. a) internacionalismo revolucionario, rehusando hacer frente común con su propia burguesía: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg en Alemania,

Monatte y Rosmer en Francia, Lenin, una parte de los bolcheviques, Trotsky, Martov en Rusia; el SDP en los Países Bajos; MacLean en Gran Bretaña, Debs en los Estados Unidos; En Italia, en Servia y en Bulgaria la mayoría del partido socialdemócrata mantiene posiciones internacionalistas.

La Internacional Socialista se había hundido. Los internacionalistas se agruparon en un principio en las conferencias de Zimmerwald (1915) y de Kienthal (1916). Sin embargo, se diferenciaron en dos corrientes; una corriente centrista, que deseaba reconstituir una Internacional reunificada con los socialpatriotas; una corriente revolucionaria, que se orientaría hacia la constitución de una Tercera Internacional.

Lenin, que fue el alma de la izquierda zimmerwaldiana, basaba sus análisis en la certeza de que la guerra iba a agravar todas las contradicciones del sistema imperialista y desembocar en una crisis revolucionaria de envergadura. En esta perspectiva, los internacionalistas podían prever un espectacular cambio de las relaciones de fuerza entre la extrema izquierda y la derecha del movimiento obrero.

Estas previsiones se confirmarían a partir de 1917. La revolución rusa estalló en marzo de 1917. En noviembre de 1918, la revolución estalló en Alemania y en el imperio austro-húngaro. En 1919-20, una ascensión revolucionaria de gran envergadura convulsionó Italia, sobre todo en las regiones industriales del norte. La separación entre socialpatriotas e internacionalistas se amplió en una separación entre socialdemócratas, que siempre se negaron a romper con el Estado burgués y el capitalismo, y comunistas, que se orientaban hacia la victoria de la revolución proletaria, con Repúblicas de consejos obreros. Los primeros adoptaron una posición claramente contrarrevolucionaria desde el momento en que las masas amenazaron el orden burgués.

3. La revolución de febrero de 1917 en Rusia

En febrero de 1917 (marzo según el calendario occidental) la autocracia zarista se hundió bajo los efectos combinados de los motines obreros provocados por el hambre, y de la descomposición del ejército, es decir, de la oposición creciente a la guerra en el seno del campesinado. El fracaso de la revolución rusa de 1905 se había debido a la ausencia de conjunción entre el movimiento obrero y el movimiento campesino. Su conjunción en 1917 sería fatal para el zarismo.

La clase obrera había desempeñado el papel más importante en los acontecimientos revolucionarios de febrero de 1917. Pero a falta de una dirección revolucionaria se vio frustrada su victoria. El poder ejecutivo que se le había quitado al zarismo fue puesto en manos de un gobierno provisional que aliaba a los partidos burgueses, como los *cadetes* (demócratas constitucionales), con los grupos moderados del movimiento obrero (mencheviques y socialistas revolucionarios).

El movimiento de masas era, sin embargo, tan potente que pudo darse una estructura organizativa propia: la de los consejos (soviets) de delegados de obreros, soldados y campesinos, apoyados por guardias rojos armados. De este modo, Rusia conoció a partir de febrero de 1917 un régimen de *dualidad de poder de hecho*. El gobierno provisional, que daba cobertura a un aparato de Estado burgués en lenta disgregación, se vio enfrentado a una red de soviets que iban construyendo progresivamente un poder de Estado obrero.

Los acontecimientos aportarían así una confirmación aplastante a una previsión de *León Trotsky*, que había formulado desde el final de la revolución rusa de 1905, según la cual Rusia iba a cubrirse de soviets en su próxima revolución. Los marxistas rusos e internacionales estaban obligados a reexaminar su análisis de la naturaleza social de esta revolución rusa en curso.

Tradicionalmente estos marxistas habían considerado que la revolución rusa sería una revolución burguesa. Al ser Rusia un país atrasado las tareas fundamentales a resolver por esta revolución parecían semejantes a las de las grandes revoluciones burguesas democráticas de los siglos XVIII y XIX: derrocar el absolutismo; conquistar las libertades y una constitución; liberar los campesinos de las supervivencias semifeudales; liberar las nacionalidades oprimidas; crear un mercado nacional unificado para asegurar el rápido desarrollo del capitalismo industrial, indispensable para preparar la victoria de una revolución socialista ulterior. De ello resultaba una estrategia de alianzas entre la burguesía liberal y el movimiento obrero, debiendo contentarse este último con luchar por objetivos de clase inmediatos (jornada de ocho horas, libertad de organización y de huelga, etc.), al mismo tiempo que ponían la espada en los riñones de la burguesía para que completara lo más radicalmente posible la obra de "su" revolución.

Lenin rechazó esta estrategia en 1905. Recordó el análisis de Marx con relación a la actitud de la burguesía en la revolución de 1848: cuando el proletariado aparece en la escena política, la burguesía se desliza hacia el campo de la contrarrevolución, por temor a una revolución obrera. No modificó el análisis de las tareas históricas de la revolución rusa, tales como las habían formulado los marxistas rusos. Pero dedujo del carácter netamente contrarrevolucionario del comportamiento de la burguesía la imposibilidad de realizar estas tareas mediante una alianza entre la burguesía y el proletariado. Sustituyó esta idea por la de una alianza entre el proletariado y el campesinado.

4. La teoría de la revolución permanente

Lenin concibió esta "dictadura democrática de los obreros y campesinos" sobre la base de una economía todavía capitalista y en el marco de un Estado todavía burgués.

Trotsky señaló la debilidad de esta concepción: la incapacidad crónica (admitida por Lenin después de 1917) del campesinado para constituirse *en fuerza política autónoma*. A través de toda la historia moderna, el campesinado acepta siempre, en último análisis, la dirección burguesa o la dirección proletaria. Si la burguesía debe fatalmente deslizarse hacia el campo contrarrevolucionario, la suerte de la revolución depende de la capacidad del proletariado para hacerse con la hegemonía política en el seno del movimiento campesino, estableciendo la alianza entre obreros y campesinos bajo su dirección. En otras palabras: la revolución rusa sólo podía triunfar y realizar sus tareas revolucionarias si el proletariado conquistaba el poder político y establecía un Estado obrero, apoyándose en su alianza con el campesinado trabajador.

La teoría de la revolución permanente proclama por tanto que en la época imperialista, debido a los innumerables vínculos que atan a la burguesía llamada "nacional" o "liberal" en los países subdesarrollados al imperialismo extranjero por una parte, y a las antiguas clases poseedoras por la otra, las tareas históricas de la revolución democrático-burguesa (revolución agraria, independencia nacional, libertades democráticas, unificación de los países para facilitar el surgimiento de la industria) sólo pueden realizarse mediante la instauración de la dictadura del proletariado, apoyada en el campesinado trabajador.

Esa previsión de Trotsky del año 1906 se vio enteramente confirmada por el curso de la revolución rusa de 1917. También se ha visto posteriormente confirmada por todas las revoluciones que a partir de entonces se han desencadenado en los países subdesarrollados.

5. La revolución de octubre de 1917

Al volver a Rusia después de su emigración, Lenin captó de entrada las inmensas posibilidades revolucionarias. Mediante sus *"Tesis de abril",* reorienta el partido bolchevique en el sentido de la revolución permanente. Hay que luchar para la conquista del poder por los soviets, para la instauración de la dictadura del proletariado. Esta postura, primero rechazada por los viejos dirigentes bolcheviques (entre ellos Stalin, Kamenev y Molotov) que se mantenían en las fórmulas de 1905 y deseaban reunificarse con los mencheviques y conceder un apoyo crítico al gobierno provisional, es aceptada rápidamente por todo el partido, debido en especial a la presión de los obreros bolcheviques de vanguardia que la habían adoptado instintivamente incluso antes de que Lenin la formulara conscientemente. Los partidarios de Trotsky se fusionan con los bolcheviques, los cuales se lanzan a la conquista de la mayoría de los trabajadores.

Después de distintas peripecias (levantamientos prematuros en julio, *putsch* contrarrevolucionario del general Kornilov que fracasa en agosto) esta mayoría se suma a los bolcheviques en los soviets de las grandes ciudades en septiembre de 1917. Desde entonces, la lucha por la conquista del poder se sitúa a la orden del día. Finalmente se realiza en octubre (noviembre según el calendario occidental), bajo la dirección del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado que preside Trotsky y emana del soviet de esta ciudad.

Este soviet consigue asegurar de entrada la lealtad de casi todos los regimientos situados en la antigua capital zarista; éstos se niegan a obedecer al estado mayor del ejército burgués. Así, la insurrección que coincide con el segundo congreso panruso de los soviets se realiza casi sin derramamiento de sangre. El antiguo aparato de Estado y el gobierno provisional se hunden. El segundo congreso de los soviets vota por mayoría aplastante el traspaso del poder a los soviets de obreros y campesinos. Por primera vez en la historia se crea en todo el territorio de un gran país un Estado según el modelo de la Comuna de París.

6. La destrucción del capitalismo en Rusia

En su teoría de la revolución permanente, Trotsky había predicho que después de conquistado el poder, el proletariado no podía contentarse con realizar las tareas históricas de la revolución democrático-burguesa, sino que se vería impulsado a tomar las fábricas, eliminar la explotación capitalista y empezar la construcción de una sociedad socialista. Esto fue exactamente lo que sucedió en Rusia después de 1917.

El programa del gobierno que llevó al poder el segundo congreso de los soviets se había contentado, en lo inmediato, con establecer el control obrero en la producción, siendo consideradas como las tareas inmediatas de la revolución de octubre el restablecimiento de la paz, el reparto de tierras, la solución a la cuestión nacional y la creación de un verdadero poder soviético en todo el territorio ruso.

Pero la burguesía se puso inevitablemente a sabotear la aplicación de la política del nuevo poder. Los trabajadores, sintiéndose los más fuertes, no toleraron ni la explotación ni el sabotaje de los capitalistas. Así pues, muy rápidamente se pasó de la instauración del control obrero a la nacionalización de la banca, de las grandes fábricas y de los organismos de transporte. Muy pronto todos los medios de producción, salvo los de los campesinos y de los artesanos, estuvieron en manos del pueblo.

Pero era inevitable que la organización de una economía basada en la propiedad colectiva de los medios de producción sufriera múltiples dificultades en un país atrasado, en el que el capitalismo estaba aún muy lejos de haber cumplido la tarea de crear las bases materiales del socialismo. Los bolcheviques fueron perfectamente conscientes de esta dificultad, pero estaban convencidos de que no se quedarían aislados demasiado tiempo. Creían que la revolución proletaria estallaría muy pronto en muchos países industrialmente avanzados, y confiaban especialmente en Alemania. La fusión de la revolución rusa, la revolución alemana y la revolución italiana podía crear una indestructible base material como punto de partida para la creación de una sociedad sin clases.

La historia demostró que estas esperanzas no carecían de fundamento. En efecto, la revolución estalló en Alemania, y estuvo muy cerca de hacerlo en Italia en los años 1919-20. La revolución rusa jugó a fondo su papel de detonador y de modelo, estimulando la revolución socialista a nivel mundial.

Aquellos de entre los socialdemócratas rusos y europeos que se burlaban *a posteriori* de que los "sueños" de Lenin y Trotsky sobre la revolución mundial carecieran de fundamentos, de que la revolución rusa estaba condenada al aislamiento, que iba a demostrarse utópico querer construir una economía socialista en un país atrasado, olvidaron que el fracaso de la ascensión revolucionaria de 1919-20 en Europa central no fue debido a la ausencia de luchas o al escaso vigor revolucionario de las masas, sino sobre todo al papel deliberadamente contrarrevolucionario que había desempeñado la socialdemocracia internacional.

En este sentido Lenin, Trotsky y sus camaradas, guiando al proletariado del primer país a la conquista del poder político, hicieron la única cosa que podían hacer los marxistas revolucionarios para modificar la correlación de fuerzas en favor de su clase: explotar a fondo las posibilidades más favorables que existen en un determinado país para derrocar el poder del capital. Esto no bastó por sí sólo para *decidir* el éxito de la lucha internacional entre capital y trabajo. Pero en cualquier caso constituye el único medio posible para influir el nacimiento de esta lucha en un sentido favorable al proletariado.

Bibliografía del capítulo 11

Lenin: *Las dos tácticas de la socialdemocracia. La catástrofe inminente y los medios* para conjurarla. Y ¿Conservarán los bolcheviques el poder?
Rosa Luxemburg: *Folleto Junius.* y *La Revolución Rusa*.
León Trotsky: *Tres Concepciones de la Revolución Rusa. Discursos de Copenhague (1932) (dos resúmenes de la teoría de la revolución permanente) - Historia de la revolución rusa – La revolución permanente*.

XII. EL STALINISMO

1. El fracaso del ascenso revolucionario (1918-1920) en Europa

La revolución internacional que esperaban el proletariado ruso y los dirigentes bolcheviques se produjo en 1918. Se crearon consejos de obreros y soldados en Alemania y Austria. En Hungría, se proclamó la República de los Consejos en marzo de 1919; en abril de 1919, se proclamó también en Baviera. Los obreros del norte de Italia, en creciente ebullición a partir de 1919, ocuparon todas las fábricas en abril de 1920. Otros países como Finlandia, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Bulgaria, etc., fueron presa de poderosas corrientes revolucionarias. Los Países Bajos se vieron amenazados por una huelga general. En Gran Bretaña, los obreros crearon la "triple alianza" de los tres mayores sindicatos del país, con lo que se hizo temblar al régimen.

Pero esta ola revolucionaria acabó fracasando. Las principales razones de este fracaso fueron las siguientes:

– La Rusia de los soviets estaba escindida por una guerra civil. Los antiguos latifundistas y los oficiales zaristas, apoyados por los capitalistas rusos y extranjeros, intentaron derrotar por las armas la primera República de obreros y campesinos. Por ello, el poder de los soviets sólo podía aportar una reducida ayuda militar y material a las revoluciones europeas, que además se vieron combatidas por todos los ejércitos imperialistas.

– La socialdemocracia internacional no dudó en pasarse al campo de la contrarrevolución, esforzándose con todas las promesas y engaños imaginables (en Alemania prometió en febrero de 1919 la inmediata socialización de la gran industria que evidentemente no tuvo lugar) para apartar a los trabajadores de la lucha por el poder. Tampoco dudó en organizar la violencia contrarrevolucionaria, organizando en este caso los cuerpos francos que acudieron en ayuda de Noske para sofocar la revolución alemana. Estos cuerpos francos fueron el germen de las futuras bandas nazis.

– Los jóvenes partidos comunistas, que habían fundado la III° Internacional, carecían de experiencia y de madurez, y cometieron múltiples errores "izquierdistas" y derechistas.

– La burguesía, aterrorizada por el espectro revolucionario, hizo de entrada importantes concesiones económicas a los trabajadores, en especial la jornada de ocho horas y el sufragio universal en numerosos países, lo cual frenó la ascensión revolucionaria en muchos de ellos.

Los primeros fracasos de la revolución terminaron en las sangrientas derrotas de Hungría, donde la República de los Soviets fue aplastada en sangre, y en Italia, donde el fascismo llegó al poder en 1922. A pesar de todo, en Alemania el partido comunista se fue reforzando progresivamente, fue adquiriendo una base de masas cada vez más amplia y se lanzó en 1922-23 a la conquista de los grandes sindicatos y de los consejos de empresa.

En 1923 se produjo en este país una crisis revolucionaria excepcional: la ocupación del Ruhr por el ejército francés; una inflación galopante; huelga general que consigue derrocar al gobierno Cuno; constitución de gobiernos de coalición socialistas de izquierda-comunistas en Sajonia y en Thuringia. Pero el partido comunista, mal aconsejado por la Internacional Comunista, fracasó en la sistemática organización de la insurrección armada en el momento más propicio. El gran capital restableció la situación, estabilizó el marco, puso en el poder a una coalición burguesa. La crisis revolucionaria de la posguerra había terminado.

2. El ascenso de la burocracia soviética

La Rusia de los Soviets había terminado la guerra civil en 1920-21 con la victoria. Pero había salido exangüe de esta guerra. La producción agrícola e industrial había descendido de forma catastrófica. El hambre asolaba grandes regiones del país. Para remediar esta situación, mientras se esperaba un relanzamiento de la revolución internacional, Lenin y Trotsky decidieron una retirada económica. La propiedad nacionalizada se conservó en toda la gran industria, banca y sistema de transportes. Pero se reestableció la libertad de comercio para los excedentes agrícolas, una vez pagado el impuesto en especie. Se reestablecieron el artesanado, el comercio y la pequeña industria privada.

Para los bolcheviques, sólo se trataba de una maniobra temporal, y sólo preveían en ella los riesgos concernientes al ámbito económico: la pequeña burguesía, al enriquecerse, podría volver a reproducir la acumulación capitalista privada.

Pero las consecuencias sociales y políticas del aislamiento de la revolución proletaria en un país atrasado eran tan temibles como estos peligros económicos. Podían resumirse del siguiente modo: *el proletariado ruso perdió cada vez más el ejercicio directo del poder político y económico*. Una nueva capa privilegiada empezó a subirse a sus espaldas. Esta burocracia llegó a detentar un verdadero monopolio del ejercicio del poder en todos los campos de la sociedad.

Este proceso no fue debido a un premeditado complot. Fue debido más bien a la interacción de un gran número de factores. El proletariado se vio numéricamente debilitado por la caída de la producción industrial y el éxodo hacia el campo. Bajo el peso del hambre y las privaciones se despolitizó parcialmente. Sus elementos más conscientes fueron absorbidos por el aparato soviético. Muchos de sus mejores hijos habían muerto en la guerra civil. Todo este agitado período no fue propicio para la formación de cuadros técnica y culturalmente cualificados en el seno de la clase obrera. La *intelligentsia* pequeño-burguesa conservó por ello el monopolio de conocimientos. Un período de grandes penurias es propicio para la adquisición y defensa de privilegios materiales.

No hay que creer que este proceso pasara desapercibido para los marxistas revolucionarios rusos. A partir de 1920, la Oposición obrera, en el seno del PC soviético hizo sonar el timbre de alarma, proponiendo soluciones que eran poco adecuadas. A partir de 1921, Lenin se obsesiona con el peligro burocrático, llama al Estado ruso un *Estado obrero burocráticamente deformado*, y constata, casi en la impotencia, la impronta de la naciente burocracia en el mismo aparato de partido. A partir de 1923 se constituye la Oposición de la Izquierda trotskista, que hará de la lucha contra la burocracia uno de los puntos esenciales de su programa.

Sería igualmente falso creer que el ascenso de la burocracia soviética fue un fenómeno inevitable. A pesar de que sus raíces se hunden profundamente en la realidad social y económica de la Rusia de principios de los años veinte, no era por ello menos posible contraatacarlas con posibilidades reales de éxito. El programa de la Oposición de Izquierda trotskista intentaba crear las condiciones propicias para enderezar la situación:

a) Acelerando la industrialización en Rusia y aumentando con ello el peso específico del proletariado en la sociedad;

b) Aumentando los salarios y combatiendo el paro para incrementar la confianza de las masas obreras en ellas mismas;

c) Ampliando inmediatamente la democracia soviética y la democracia en el seno del partido, para despertar la actividad política y la consciencia de clase del proletariado.

d) Acentuando la diferenciación en el seno del campesinado, ayudando a los campesinos pobres con créditos y maquinaria agrícola para la creación de cooperativas de producción y gravando a los campesinos ricos con impuestos progresivos;

e) Manteniendo una orientación hacia la revolución mundial, y rectificando los errores tácticos y estratégicos de la Komintern.

Si el conjunto de los dirigentes y de los cuadros bolcheviques hubieran comprendido la necesidad y posibilidad de realizar este programa, habría sido posible a partir de mitades de los veinte un relanzamiento de los soviets y del ejercicio del poder por el proletariado. Pero la mayoría de los cuadros del partido se veían asimismo arrastrados por el proceso de burocratización. La mayoría de los dirigentes comprendió demasiado tarde el mortal peligro que suponía el ascenso de la burocracia. La falta del "factor subjetivo" (del partido revolucionario) se unió a las condiciones objetivas más propicias para explicar la victoria de la burocracia staliniana en la URSS.

3. Naturaleza de la burocracia; naturaleza social de la URSS

La burocracia no es una nueva clase dominante. No juega ningún papel indispensable en el proceso de producción. Es una capa privilegiada que ha usurpado el ejercicio de las funciones de gestión en el Estado y la economía soviéticos y que se concede, sobre la base de este monopolio de poder, copiosas ventajas en el ámbito del consumo (elevadas remuneraciones, ventajas en especie, almacenes especiales, etc.). No es propietaria de los medios de producción. No tiene ninguna garantía de conservar estas ventajas ni las transmite a sus hijos; todo va unido al ejercicio de unas determinadas funciones.

Se trata de una capa social privilegiada del proletariado, que basa su poder en las conquistas de la revolución socialista de octubre: nacionalización de los medios de producción, planificación económica, monopolio estatal del comercio exterior. Es conservadora en el mismo sentido que lo es cualquier burocracia obrera; sitúa la conservación de lo adquirido por encima de cualquier empresa de extensión de las conquistas revolucionarias.

Teme a la revolución internacional, que amenaza con reanimar la actividad política del proletariado soviético y minar con ello su poder. Desea conservar el *statu quo* internacional. Pero en cuanto capa social, está en contra del restablecimiento del capitalismo en la URSS, ya que con ello se destruirían los propios fundamentos de sus privilegios (lo que no impide que la burocracia sea el caldo de cultivo de subgrupos y subtendencias que pueden intentar transformarse en nuevos capitalistas).

La URSS no es una sociedad socialista, es decir, una sociedad sin clases. Sigue siendo, como al día siguiente de la revolución de octubre de 1917, una sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo. Es posible que se restaure el capitalismo, pero al precio de una *contrarrevolución social*. También es posible que se restaure el poder directo de los trabajadores, pero al precio de una *revolución política* que rompa el monopolio de ejercicio del poder en manos de la burocracia.

La economía soviética no merece ser calificada como “capitalista” porque sea un sistema de “dominación del productor por los burócratas”, ni porque haya empleado mucho tiempo en el desarrollo prioritario de las máquinas, en detrimento del consumo de las masas. El capitalismo es un sistema *especifico* de dominación de clase, caracterizado por la propiedad privada de los medios de producción, la competencia, la producción mercantil generalizada, el carácter de mercancía de la fuerza de trabajo, las inevitables crisis periódicas de sobreproducción generalizada. Ninguno de estos rasgos pueden encontrarse en la economía soviética.

Pero sí la economía soviética no es capitalista, no es tampoco socialista, al menos en el sentido tradicional del término tal y como se deduce de los escritos de Marx, de Engels e incluso del mismo Lenin. Una economía socialista se define por el régimen de *productores asociados* que regulan por sí mismos su propia vida productiva y social, estableciendo la jerarquía de las necesidades a satisfacer, en función de las reservas de las que disponen y del tiempo de trabajo que están dispuestos a consagrar al

esfuerzo productivo. Se está lejos de una situación semejante en la Unión Soviética. Una economía socialista se define por una desaparición de toda producción mercantil. Marx y Engels lo precisan bien, al contrario de la doctrina oficial en la U.R.S.S., que esa desaparición no es de ningún modo propia de la "segunda fase" de la sociedad sin clases, llamada comúnmente "fase comunista", sino que es ya característica de la primera fase, llamada comúnmente "socialista".

Desarrollando la teoría antimarxista sobre *la pretendida posibilidad de realizar la construcción del socialismo en un solo país*, Stalin expresó de forma pragmática el conservadurismo pequeño burgués de la burocracia soviética: mezcla de antiguos funcionarios del Estado burgués, recién llegados al aparato de Estado soviético, comunistas cínicos y desmoralizados, jóvenes técnicos deseosos de "hacer carrera" sin tener en cuenta los intereses de clase del proletariado.

Oponiendo a esta teoría el recuerdo de las nociones básicas del marxismo ("la sociedad sin clases sólo puede ser realizada a escala internacional, incluyendo por lo menos algunos de los principales países industrializados del mundo" - "la revolución empieza por triunfar en un país, se extiende internacionalmente y plantea finalmente un combate decisivo a escala mundial") Trotsky y la Oposición de Izquierda no defendieron la posición "expectante" o "derrotista" con respecto a la revolución rusa. Intentaron impulsar enseguida, antes que Stalin y de forma más racional, la industrialización del país. Fueron y son partidarios de la defensa de la URSS contra el imperialismo, de la defensa de lo que subsiste de las conquistas de octubre contra cualquier tentativa de restaurar el capitalismo en la URSS. Pero comprendieron que el destino de la URSS se vería decidido en definitiva por el nacimiento de la lucha de clases a escala internacional. Hoy como ayer, esta conclusión sigue siendo válida.

4. ¿Qué es el stalinismo?

Cuando Krustchev pronunció su famosa requisitoria contra los crímenes de Stalin, en el XX° Congreso del PCUS, explicó estos crímenes por "el culto a la personalidad" que habría reinado durante la dictadura de Stalin. Esta explicación subjetiva, es decir psicológica, de un régimen político que ha cambiado la vida de decenas de millones de seres humanos, es incompatible con el marxismo.

El fenómeno del stalinismo no puede reducirse a las particularidades psicológicas o políticas de un hombre. Se trata de un fenómeno social, cuyas raíces sociales deben ser puestas al descubierto.

En la URSS, el stalinismo es la expresión de la *degeneración burocrática* del primer Estado obrero, en el que una capa social privilegiada ha usurpado el ejercicio del poder económico y político. Las formas brutales (terror policíaco; purgas masivas en los años 30 y 40; asesinato de casi todos los viejos cuadros del PCUS; procesos de Moscú, etc.) y las más "sutiles" de este poder burocrático pueden variar. Pero tanto después de Stalin como durante Stalin, los fundamentos de la degeneración burocrática subsisten.

Los soviets, libremente elegidos por todos los trabajadores, no ejercen el poder. Las empresas ya no son gestionadas por los trabajadores. Ni la clase obrera ni los miembros del partido comunista disponen de las necesarias libertades democráticas para poder determinar libremente las grandes elecciones de la política económica y cultural, tanto del interior como del exterior.

En el mundo capitalista el stalínismo significa la subordinación de los partidos que siguen la política del Kremlin de los intereses de la revolución socialista en su propio país a los intereses de la diplomacia del Kremlin. Este utiliza los partidos comunistas stalinizados y el movimiento de masas que controlan, como moneda de cambio en sus esfuerzos por establecer y mantener el *statu quo* internacional con el imperialismo.

En el plano ideológico, el stalinismo representa una deformación apologética y pragmática de la teoría marxista. En lugar de servir de instrumento de análisis de la evolución de las contradicciones del capitalismo, de las relaciones de fuerza entre las clases, de la realidad objetiva de la sociedad de transición del capitalismo al socialismo con el fin de apoyar la lucha de emancipación del proletariado, la teoría marxista ha descendido al nivel de instrumento de justificación de cada uno de los "giros tácticos" del Kremlin y de los partidos stalinianos.

El stalinismo intenta justificar estas maniobras en nombre de las necesidades de defensa de la URSS "principal bastión de la revolución mundial" antes de la segunda guerra mundial, "dentro del campo mundial del socialismo" después de la segunda guerra mundial. Los trabajadores deben efectivamente defender a la URSS contra los intentos del imperialismo de reimplantar en ella el reino del capital.

Pero las maniobras tácticas stalinianas que han contribuido a la derrota de tantas revoluciones en el mundo, que han facilitado la llegada de Hitler al poder en Alemania en 1933, que han condenado la revolución española de 1936 a la derrota, que han obligado a las masas comunistas francesas e italianas a reconstruir el Estado burgués y la economía capitalista en estos países en 1944-46, que han conducido al sangriento aplastamiento del movimiento revolucionario del Irak, Indonesia, Brasil y tantos otros países desde aquel momento, no corresponden demasiado a los intereses de la Unión Soviética como Estado. Corresponden más bien a los míseros intereses de la burocracia soviética para la defensa de sus privilegios, que son contrarios en todos estos casos a los verdaderos intereses de la URSS.

5. La crisis del stalinismo

El declive de la revolución internacional después de 1923 y el estado atrasado de la economía soviética: éstos son los dos principales pilares en los que se apoya el poder de la burocracia en la URSS. Desde finales de los años 40, estos dos pilares han ido siendo minados progresivamente.

Veinte años después de las derrotas de la revolución se ha producido un nuevo ascenso de la revolución mundial, circunscrita en primer lugar a países también subdesarrollados (Yugoslavia, China, Vietnam, Cuba), pero que desde mayo del 68 se ha extendido a todo el Occidente. Después de años de esfuerzos para “la acumulación socialista”, la URSS ha dejado de ser un país subdesarrollado. Hoy es la segunda potencia industrial del mundo, y su nivel técnico y cultural alcanza el de los países capitalistas avanzados. Hoy, el proletariado soviético es, con el de los Estados Unidos, el más poderoso numéricamente.

En estas condiciones, las bases que justificaban la pasividad de las masas en los países dominados por la burocracia soviética empieza a desaparecer. Juntamente con el despertar de actividades de oposición se producen disensiones en el propio seno de la burocracia que, desde la ruptura Stalin-Tito en 1948, sigue un proceso de creciente diferenciación. La interacción entre los dos factores favorece los bruscos estallidos de la acción política de masas, que se lanzan hacia la vía de la revolución política, como en octubre-noviembre de 1956 en Hungría, o durante la ”primavera de Praga” de 1968 en la República Socialista checoslovaca.

Hasta el momento, estos movimientos de masas han sido reprimidos con la intervención militar de la burocracia soviética. Pero a medida que los propios procesos van madurando en la URSS, ninguna fuerza exterior podrá frenar las oleadas de la revolución política en Europa oriental y en la URSS. Todo peligro de restauración del capitalismo será definitivamente roto. El poder político será ejercido por los trabajadores y los campesinos que trabajan sus tierras. La lucha por la revolución socialista en el resto del mundo se verá grandemente facilitada.

6. Las reformas económicas

Después de la muerte de Stalin, y sobre todo en el comienzo de los años 60 y 70. un vasto movimiento de reforma de los métodos de planificación y de gestión se bosquejó en la U.R.S.S. y en varias de las llamadas "democracias populares". Las reformas se hicieron más presentes en el terreno de la agricultura, en el que la producción de alimentos por habitante, a la muerte de Stalin, era en ocasiones inferior a la de 1928, e incluso para los productos animales, a la época zarista. Medidas sucesivas tendieron a interesar a los campesinos, a la racionalización del empleo de las máquinas agrícolas (que fueron vendidas a los *koljoses*), establecimiento de gigantescas granjas del Estado en tierras vírgenes del Kazakhstan, el crecimiento masivo de las inversiones en la agricultura.

Las reformas en la industria fueron más lentas y más vacilantes. La necesidad objetiva de estas reformas nace de una crisis de crecimiento de la economía soviética, de una baja en las tasas de crecimiento anual de la producción industrial. Corresponde al agotamiento de las fuerzas que habían permitido el funcionamiento, mejor o peor, de la industrialización extensiva, es decir, sin esfuerzo por economizar al máximo los gastos de mano de obra, de materias primas y de tierras. El agotamiento de las reservas llevaba consigo la obligación de un cálculo más preciso, de una elección más racional entre diversos proyectos de inversiones. El impulso de la misma economía, la multiplicación de empresas y de sus recursos, hacía peligrar que el despilfarro continuara hasta el infinito, si métodos de gestión y de planificación más racionales no eran introducidos.

La presión de las masas trabajadoras, cansadas de decenios de sacrificios y de tensiones, y deseosas de mejorar y diversificar su consumo, al igual que la necesidad de aproximar las decisiones –a nivel de industria ligera– a esos deseos de los consumidores, obraron también en ese sentido.

Otro elemento más estimularía la búsqueda de reformas: el retraso tecnológico creciente en relación con la tercera revolución tecnológica de la economía capitalista, retraso que emanaba de un sistema de estímulos materiales que desanimaba la experimentación y la innovación tecnológicas en favor de la burocracia. La forma de estos estímulos fue desde entonces modificada.

Uniendo las primas de los directores al "beneficio" (diferencia entre el precio de coste y el precio de venta) considerado y "sintetizando" así el resultado global de la empresa en vez de referirlo a la producción bruta expresada en términos físicos, se cree desanimar el despilfarro en materias primas y en fuerza de trabajo y animar al empleo más racional del equipo. Los resultados fueron modestos pero positivos en la industria ligera. Pero no modificó para nada la naturaleza híbrida del sistema, ya que el precio de venta continúa siendo fijado por las autoridades del Plan central.

El alcance de todas estas reformas es limitado, en la medida en que no resuelve el problema fundamental. Ningún "mecanismo económico", exterior al control democrático y público por las masas de los productores y de los consumidores puede alcanzar un máximo de rendimiento con un mínimo de esfuerzo. Cada reforma tiende a sustituir con una nueva forma de abuso burocrático y de despilfarro la forma anterior. No hay posible racionalización global de la planificación bajo el reino de la burocratización y de su interés material, considerado como motor principal para la realización del plan. Las reformas no han restaurado el capitalismo, ni reintroducido el beneficio de las empresas como guía para las decisiones de inversiones. Pero esas reformas han acrecentado las contradicciones internas del sistema. Han acentuado por una parte la presión de una parte de la burocracia en favor de una autonomía mayor de los directores de fábricas, suprimiendo conquistas de la clase obrera como el derecho garantizado al trabajo, y por otra parte la resistencia de los trabajadores contra la tendencia de desmantelamiento de estas conquistas y de la economía planificada.

7. El maoísmo

La victoria de la 3.ª revolución china en 1949 ha sido el logro más importante para la revolución mundial desde la victoria de la revolución socialista de octubre. Destrozó el cerco capitalista a la U.R.S.S., estimulando potentemente el proceso de revolución permanente en Asia, en África y en América Latina, y modificando sensiblemente las relaciones de fuerzas a escala mundial a expensas del imperialismo. Fue posible porque en la práctica la dirección maoista del PC chino rompió con la línea estaliniana del ”bloque de las cuatro clases” y de la revolución por etapas, dirigió un vasto levantamiento agrario y se orientó hacia la destrucción del ejército y del Estado burgués, a pesar de sus proclamaciones favorables a una coalición con Chiang Kai-Chek.

Sin embargo, esta revolución victoriosa estuvo desde su comienzo burocráticamente deformada. La acción autónoma del proletariado estuvo estrictamente limitada, cuando no impedida, por la dirección maoista. El nuevo Estado obrero no se basó apenas en los soviets de obreros y campesinos, democráticamente elegidos. Formas de gestión y de privilegios burocráticos, imitación de los que estaban en vigor en la Rusia estaliniana, se vieron muy extendidos. Esto provocó un descontento creciente de las masas, sobre todo en los obreros y en los jóvenes, que Mao trató de canalizar desencadenando la “gran revolución cultural proletaria” en 1964-65.

Esta combina formas auténticas de movilización y de toma de conciencia antiburocrática de las masas en las ciudades con una tentativa por parte de Mao de depurar el PC chino y de deshacerse de sus adversarios en el seno de la burocracia. Cuando la movilización de masas y la evolución ideológica cada vez más crítica por parte de los “guardias rojos” amenazaba con escapar del control de la facción maoísta, esta detuvo la “revolución cultural”. Restableció en gran medida la unidad de la burocracia, volviendo a llevar a los puestos de dirección a la mayoría de los burócratas apartados cuando esta “revolución” estaba en su apogeo.

El conflicto chino-soviético, provocado por la tentativa de la burocracia soviética de imponer un control monolítico sobre la dirección del PC chino y de suprimir la ayuda económica y militar a la RP China en represalia del rechazo de Mao a inclinarse ante estos ukases, se transformó de un conflicto interburocrático en un conflicto a nivel de Estados y en una batalla organizativa e ideológica en el seno del movimiento stalinista internacional.

El estrecho nacionalismo de la burocracia, tanto de la soviética como de la china, asestó un duro golpe a los intereses del movimiento obrero y antiimperialista mundial, y permitió al imperialismo maniobrar para explotar el conflicto chino-soviético.

En el plano ideológico, el maoísmo representa una corriente propia del movimiento obrero, de la que varios aspectos son una variante de la deformación stalinista del "marxismo-leninismo". Mientras que el stalinismo fue a la vez expresión y producto de una contrarrevolución política en el seno de una revolución proletaria victoriosa, el maoísmo es a la vez expresión de la victoria de una revolución socialista y de la naturaleza burocrática deformada desde su partida de esta revolución. Combina, pues, trazos de una aproximación más suave y más ecléctica de las relaciones aparato/masas, con trazos característicos de ahogo de toda autonomía de acción, y de organización de masas, sobre todo de las masas obreras. Se caracteriza especialmente por la incomprensión de la naturaleza social de la burocracia obrera y de los orígenes de la posible degeneración burocrática en las revoluciones socialistas y en los Estados obreros, puesto que él mismo representa una expresión ideológica de una fracción de la burocracia. Identificando irresponsablemente y de manera no científica "burocracia" y "burguesía de Estado" en URSS, justifica por anticipado todos los giros de la política exterior china y de los grupos maoístas, llegando hasta a poner al mismo nivel el imperialismo americano y la Unión Soviética, los partidos comunistas y los partidos burgueses, y llegando incluso a designar a la URSS y a los Partidos Comunistas como "el principal enemigo de los pueblos", ofreciendo una alianza a las potencias imperialistas y a los partidos burgueses en contra de la URSS y los Partidos Comunistas. Estas "tácticas" se fundan en la tesis según la cual la mayoría de los países capitalistas no estarían emplazados ante una revolución socialista sino tan sólo a la lucha para la independencia nacional en contra de las superpotencias.

El carácter arbitrario de todas estas teorías, que no son, en definitiva, nada más que justificaciones *a posteriori* de las maniobras diplomáticas de Pekín, encuentra sus raíces en una deformación idealista y voluntarista del marxismo. Bajo pretexto de combatir "el economicismo", que sería la revisión más peligrosa del marxismo, los "maoístas ortodoxos" dejan de considerar las clases sociales como realidades objetivas, determinadas por las relaciones de producción que relaciona con la producción de su vida material. Las clases sociales se identifican a opciones ideológicas. El

proletariado ya no es el conjunto de los asalariados; está compuesto por los que "siguen la línea Mao-tse Tung". De esta manera, corrientes de ideología burguesa o pequeño-burguesa *en el seno de la clase obrera* son identificadas con "la burguesía" o "sus representantes", la lucha ideológica en el seno del movimiento obrero se identifica con la "lucha de clases entre el proletariado y la burguesía". En esto se funda el rechazo a la democracia obrera, la justificación del empleo de la violencia y de la represión en el seno del movimiento obrero, el rechazo de toda la tradición marxista-leninista de lucha por el frente único de las organizaciones obreras contra el enemigo de clase común. La dictadura del proletariado se identifica con el "pensamiento Mao-tse Tung" y ejercida por el "partido maotsetung". De este modo el círculo queda cerrado. Después de entrar en guerra contra el poder de la burocracia en la U.R.S.S. se acabó por preconizar un régimen de mando burocrático demasiado parecido al que existe en la U.R.S.S., aunque sea adornado con algunos oropeles de "democracia directa" y de "participación" de las masas en la toma de decisiones. Mao no acepta en mayor medida que Stalin, Krustchev o Brejnev, la teoría leninista de la dictadura del proletariado, como algo basado en el ejercicio del poder por consejos de obreros y campesinos, libre y democráticamente elegidos.

Bibliografía del capítulo 12:

E. Mandel: *Sobre la burocracia*.
L. Trotsky: *Lecciones de octubre – El nuevo curso – La revolución traicionada*
Moshe Lewin: *El último combate de Lenin*.
Tesis de los IV y V Congreso de la IV° Internacional: *Ascenso y declive del stalinismo – Declive y caída del stalinismo*. Samizdat I (Editions du Seuil).
Polonia-Hungría 1956 (Editions E.D.I., París)

XIII. DE LAS LUCHAS COTIDIANAS DE LAS MASAS A LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA MUNDIAL

Desde la primera guerra mundial, existen las condiciones materiales necesarias para la consecución de una sociedad socialista: La gran empresa se ha convertido en la base de la producción. La división mundial del trabajo ha alcanzado un elevado nivel. La interdependencia entre todos los hombres –"la objetiva socialización del trabajo"– se ha realizado en gran parte. Por todo ello, sustituir el régimen de propiedad privada, de competencia y de economía de mercado por un régimen basado en la asociación de todos los productores y en la planificación de la producción con vistas a realizar objetivos deliberadamente escogidos, se ha hecho objetivamente posible.

1. Las condiciones de victoria de la revolución socialista

Pero al revés de todas las revoluciones sociales del pasado, la revolución socialista exige un *esfuerzo consciente y deliberado* por parte de la. clase revolucionaria: el proletariado. Mientras que las revoluciones del pasado substituyeron un régimen de explotación económica de los productores por otro, y pudieron por tanto contentarse con eliminar los obstáculos sobre la vía de funcionamiento de tal o cual mecanismo económico, la revolución socialista intenta reorganizar la economía y la sociedad según un proyecto preconcebido: la organización consciente de la economía en vistas a satisfacer todas las necesidades racionales de los hombres y asegurar el pleno desarrollo de su personalidad.

Este proyecto no puede realizarse de manera automática. Necesita, por parte de la clase revolucionaria, una neta conciencia de sus objetivos y de los medios para llegar a ellos. Esto es tanto más verdad en su lucha por la revolución socialista, en la cual la clase de los trabajadores debe enfrentarse a un enemigo de clase superior en cuanto a organización, ya que dispone cada vez más de una red mundial de fuerzas militares, financieras, políticas, comerciales e ideológicas para perpetuar su dominación.

La victoria de la revolución socialista mundial requiere por tanto dos tipos de condiciones para asegurar su triunfo:

– las condiciones llamadas *objetivas*, es decir, independientes del nivel de consciencia de los proletarios y de los revolucionarios. Entre éstas hay que situar la madurez de las *condiciones materiales y sociales* (base económica y fuerza numérica del proletariado) a escala mundial que ya estaban dadas desde antes de 1914. También hay que situar en este apartado las *condiciones políticas*: incapacidad de gobierno de la clase burguesa, crecientes divisiones internas en el seno de esta clase; negativa de las clases productivas a aceptar el reinado de los burgueses y su creciente rebelión contra dicho reino. Estas condiciones objetivas políticas necesarias para la victoria de una revolución socialista se adquieren *periódicamente* en distintos países cuando estallan crisis prerrevolucionarias y revolucionarias profundas;

– las condiciones llamadas subjetivas, es decir, el nivel de consciencia de clase del proletariado y el grado de madurez, de influencia y de fuerza de su dirección revolucionaria, de su partido revolucionario.

Podemos concluir que después de la primera guerra mundial, fueron objetivamente posibles, en varias ocasiones, revoluciones socialistas victoriosas en numerosos países. Para citar sólo los países industrialmente avanzados: en Alemania, en 1918-20 y en 1923 y también sin lugar a dudas en 1930-32; en Italia, en 1919-20, en 1946-48 y en 1969-70; en Francia, en 1936, en 1944-47 y en mayo de 1968; en Gran Bretaña, en 1919-20, en 1926 y en 1945; en España, en 1936-37, etc.

Por el contrario, las condiciones subjetivas no estaban maduras para la victoria de la revolución. Hasta ahora, la ausencia de victorias revolucionarias en Occidente se debe pues, esencialmente, a la “crisis del factor subjetivo de la historia”, de la crisis de conciencia de clase y de la dirección revolucionaria del proletariado.

2. La construcción de la IV° Internacional

Partiendo de este análisis, que se basa en el fracaso histórico del reformismo y del stalinismo para conducir el proletariado hacia la victoria, Trotsky y un puñado de comunistas de la Oposición se entregaron desde 1933 a la tarea de construir una nueva dirección revolucionaria para el proletariado mundial. En 1938 crearon finalmente la IV° Internacional.

Evidentemente todavía no es, por sí misma, la Internacional revolucionaria de masas que será la única capaz de funcionar como un auténtico estado mayor general de la revolución mundial. Pero transmite, perfecciona y mejora el programa de una Internacional revolucionaria de clases en 50 países. Forma a sus cuadros sobre la base de este programa a través de múltiples actividades. Estimula con ello de forma deliberada la unificación de las experiencias y de la conciencia de los revolucionarios a escala mundial, enseñándoles a actuar en el seno de una misma organización, en lugar de esperar –por otra parte en vano– que se produzca espontáneamente dicha unificación a partir del impulso de las fuerzas revolucionarias en los distintos países y partes del mundo, desarrollándose separadamente unas de otras.

La IV° Internacional no se contenta aguardar pasivamente “la gran noche”, esmerándose mientras tanto en perfeccionar su programa. No se acantona en la abstracta propaganda de este programa. Tampoco despilfarra sus fuerzas en un activismo y una agitación estériles, confinados en el apoyo a las luchas inmediatas de las masas explotadas.

La construcción de nuevos partidos revolucionarios y de una nueva internacional revolucionaria comporta a la vez la intransigente defensa del programa marxista-revolucionario, que reúne las lecciones de todas las experiencias pasadas de la lucha de clases; la propaganda y la agitación en favor de un programa de acción, parte del programa general marxista-revolucionario que Trotsky llamó *programa de reivindicaciones transitorias* inspirándose en los términos utilizados por los dirigentes de la Internacional Comunista en el curso de sus primeros años de existencia y una intervención constante en las luchas de masas, a fin de llevarlas a adoptar en los hechos este programa de acción, y dotar estas luchas de formas organizativas que conduzcan directamente a la creación de los consejos obreros.

La necesidad de una Internacional revolucionaria, que es más que una simple adicción de partidos revolucionarios nacionales, se funda en bases materiales sólidas. La época imperialista es la época de la economía, de la política y de las guerras *mundiales*. El imperialismo es un sistema *internacional* articulado. Desde hace tiempo las fuerzas productivas se han internacionalizado. El capital cada vez más se organiza internacionalmente en sus grandes *trusts multinacionales*. El Estado nacional se ha convertido desde hace tiempo en una traba para los progresos ulteriores de la producción y de la civilización.

Los grandes problemas de la Humanidad (impedir la guerra nuclear mundial; eliminar el hambre del hemisferio meridional; planificar el crecimiento económico; repartir equitativamente recursos y rentas entre todos los pueblos; proteger el medio ambiente; poner la ciencia al servicio del hombre) sólo pueden ser resueltos a escala mundial.

Querer, en estas condiciones, avanzar hacia el socialismo en orden disperso, querer batir un adversario mundialmente organizado desdeñando toda coordinación internacional del proyecto revolucionario, querer incluso hacer fracasar a los trusts multinacionales con luchas obreras limitadas a un solo país, es caer manifiestamente en la utopía.

Por otra parte, las luchas revolucionarias tienen una tendencia objetiva y espontánea a extenderse internacionalmente, no sólo en respuesta a intervenciones contrarrevolucionarias del enemigo de clase, sino también y sobre todo gracias al estímulo que ejercen sobre los trabajadores de numerosos países. Retardar sin cesar la creación de una verdadera *organización* internacional de los revolucionarios, es retrasarse no solamente en relación con las necesidades objetivas de nuestra época, sino incluso con relación a las tendencias espontáneas de los sectores más avanzados de las masas.

3. Reivindicaciones inmediatas y reivindicaciones transitorias

En nuestra época la explotación capitalista, la opresión imperialista, empujan de nuevo a las masas hacia el camino de los grandes combates. Pero por sí solas, las masas sólo se ven llevadas a formular objetivos inmediatos para estas luchas: defensa o aumento de los salarios reales; defensa o conquista de algunas libertades democráticas fundamentales; derrocamiento de los gobiernos particularmente opresivos, etc.

La burguesía se permite hacer concesiones a las masas en lucha para evitar que sus combates no se desarrollen hasta el punto de amenazar el conjunto de la explotación capitalista. Se lo permite tanto más en la medida en que dispone de innumerables instrumentos para neutralizar estas concesiones, para retomar con una mano lo que ha dado con la otra. Si acepta conceder aumentos de salarios, el alza de los precios puede mantener sus ganancias. Si se reduce la jornada de trabajo, puede acelerar el ritmo de trabajo.

Si los trabajadores le arrancan medidas de seguridad social, los impuestos que gravan sus rentas pueden ser debidamente incrementados, de manera que lleguen a pagar por sí solos lo que parece que el Estado les concede, etc.

Para romper este círculo vicioso, es necesario que las masas tomen como objetivos de sus luchas cotidianas reivindicaciones transitorias cuya realización sea incompatible con el funcionamiento normal de la economía capitalista y del Estado burgués. Estas reivindicaciones deben ser formuladas de manera tal que puedan ser comprendidas por las masas, pues de lo contrario se quedarán en el papel. Al mismo tiempo, deben tener la virtud de provocar, por su propio contenido y por la amplitud de las luchas desencadenadas, una contestación de todo el régimen capitalista y el nacimiento de órganos de tipo soviético, órganos de dualidad de poder. Lejos de ser solamente válidos en períodos de crisis revolucionaria aguda, las reivindicaciones transitorias –como por ejemplo la reivindicación de control obrero– tienden precisamente a *hacer surgir* la crisis revolucionaria, induciendo a los trabajadores a contestar el régimen capitalista, tanto en los hechos como en su conciencia.

4. Los tres sectores de la revolución mundial hoy

Debido al retraso de la revolución socialista en los países industrialmente avanzados, el proletariado mundial se enfrenta a diferentes tareas en diferentes partes del mundo.

En los países coloniales y semicoloniales, los trabajadores y campesinos pobres no pueden esperar que los obreros de los países industrializados vayan en su ayuda. Dado el enorme peso de la opresión y de la miseria que el imperialismo ha impuesto a las masas obreras y campesinas de estos países, es inevitable que estallen amplias luchas de masas y amplios movimientos revolucionarios. Los trabajadores deben apoyar todo movimiento de masas antiimperialista que esté dirigido contra la dominación extranjera o contra la explotación de los trusts extranjeros, tanto si favorece la revolución campesina como la eliminación de las sangrientas dictaduras indígenas. Una vez conquistada la dirección política de estos movimientos de masas gracias a su resolución y a su energía por hacer suyas las reivindicaciones progresistas de todas las clases y capas explotadas de la nación, el proletariado lucha por la conquista del poder y derroca al mismo tiempo la propiedad y el poder de la burguesía industrial.

En los Estados obreros burocratizados, las masas se levantan por la conquista de sus libertades democráticas, contra el monopolio de ejercicio del poder en manos de la burocracia, contra el renacimiento de la opresión nacional, contra la mala gestión, contra el despilfarro, contra los privilegios materiales que caracterizan a la gestión burocrática de la economía. Reivindican el Estado obrero gestionado por los propios trabajadores organizados en sus consejos (soviets), la gestión de la economía democráticamente centralizada y planificada por un sistema de consejos de trabajadores.

En los países imperialistas, los movimientos de masas contra la explotación capitalista, contra la restricción o supresión de las libertades democráticas se están transformando, gracias al programa de transición y a la construcción de una nueva dirección revolucionaria, en luchas para el derrocamiento del Estado burgués y. la expropiación del capital y en revolución socialista victoriosa.

Las diferentes tareas a las cuales se enfrentan el proletariado y los revolucionarios en las distintas partes del mundo –tareas de la revolución permanente en los países subdesarrollados, tareas de la revolución política antiburocrática en los Estados obreros burocratizados; tareas de la revolución proletaria en los países imperialistas– reflejan *el desarrollo desigual y combinado de la revolución mundial.* La revolución mundial no estallará simultáneamente en todos los países. Todos los países no se encuentran en idénticas condiciones sociales, económicas y políticas.

La máxima tarea de los marxistas revolucionarios; consiste en la unificación progresiva de estos tres movimientos revolucionarios en un *único y solo proceso de revolución socialista mundial*. Esta unificación es objetivamente posible por el hecho de que una sola clase social, el proletariado, es la única que puede asumir perfectamente las distintas tareas históricas de la revolución en cada uno de los tres sectores que acabamos de mencionar. Esta unificación será real gracias a la *educación y la política internacionalistas* de la vanguardia revolucionaria, que a partir de las luchas corrientes adquirirá más experiencia de solidaridad internacional de los trabajadores y de los oprimidos de todos los países y combatirá de forma sistemática la xenofobia, el racismo y los prejuicios nacionalistas de toda clase, a fin de hacer penetrar esta consciencia internacionalista en el seno de las amplias masas.

5. Democracia obrera, autoorganización de las masas y revolución socialista

Uno de los principales aspectos de la acción directa de masas, de sus amplios movimientos de manifestación o de huelga, es la elevación de su nivel de consciencia mediante el incremento de su confianza en ellas mismas.

En la vida cotidiana, los trabajadores, los campesinos pobres, los pequeños artesanos, las mujeres, los jóvenes, las minorías nacionales y raciales están acostumbrados a ser aplastados, explotados, oprimidos por una multitud de poseedores y de poderosos. Tienen la impresión de que la revuelta es imposible e ineficaz, que la fuerza de sus adversarios es demasiado grande y que todo acaba siempre “como antes”. Pero en el calor de las grandes movilizaciones y de los grandes combates de masas, este miedo, este descorazonamiento, este sentimiento de inferioridad y de impotencia desaparecen bruscamente. En esos momentos las masas adquieren consciencia de su inmenso poder potencial, cuando actúan unidas, de forma colectiva y solidaria, cuando se organizan y organizan su combate de forma eficaz.

Por este motivo los marxistas revolucionarios conceden una importancia extrema a todo lo que incrementa este sentimiento de seguridad de las masas, a todo que les libera de los obedientes y serviles comportamientos que les han sido inculcados durante miles de años de dominación de las clases poseedoras. “Nosotros no somos nada; seámoslo todo”; estas palabras de la primera estrofa de nuestro himno “La Internacional”, resumen admirablemente la revolución psicológica indispensable para la victoria de una revolución socialista victoriosas

En la vía de la autoorganización de las masas, *las asambleas democráticas de los huelguistas en las que se eligen los comités de huelga*, y cualquier mecanismo análogo en el seno de otras formas de acciones de masas, juegan un papel de vital importancia. En estas asambleas, las masas hacen su aprendizaje de autogobierno. Aprendiendo a dirigir sus propias luchas, aprenden a dirigir al mismo tiempo el Estado y la economía. Las formas de organización a las cuales se acostumbran son ya las formas embrionarias de los futuros consejos obreros, de los futuros soviets, formas de organización de base del Estado obrero que debe construirse.

La unidad de acción indispensable para reagrupar las fuerzas dispersas de los trabajadores, el potente aliento unitario que, en las grandes movilizaciones y; acciones de masas reúne millones de individuos que no tenían la costumbre de actuar conjuntamente, *es irrealizable sin la práctica de la más amplia democracia obrera*. Por definición, un comité de huelga democráticamente elegido debe ser la emanación de *todos* los huelguistas de la empresa, de la rama de la industria, de la ciudad, de la región o del país en huelga. Excluir a los representantes de tal o cual sector de los trabajadores afectados, con el pretexto de que sus opiniones políticas o filosóficas no son las más adecuadas para los momentáneos dirigentes de la huelga, es romper la unidad de la huelga y por tanto, romper la misma huelga.

El mismo principio se aplica a cualquier forma de acción amplia de masas y a las formas de organización representativa de las que se dota. La indispensable unidad para la victoria presupone la democracia obrera, es decir, el principio de no-exclusión de no importa qué corriente de los que combaten. Todos deben tener el derecho a la palabra y a la representación. Todos deben tener el derecho a defender sus particulares propuestas para hacer triunfar la lucha.

Si se respeta esta democracia, las minorías respetarán a su vez las decisiones mayoritarias, ya que conservarán la posibilidad de poderlas modificar a la luz de la experiencia. Mediante esta afirmación de la democracia obrera, las formas de organización democrática de las luchas de los trabajadores anuncian igualmente una característica del Estado obrero del mañana: la extensión y no la restricción de las libertades democráticas.

Bibliografía del capítulo 13

León Trotsky: *La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional* (Programa de Transición). Congreso de Reunificación (VII Congreso Mundial) de la IV° Internacional: *La actual dialéctica de la revolución mundial*.

Ernest Mandel: *Control obrero, consejos obreros, autogestión*. (Una antología)

Liga Comunista: *Proyecto de programa*. Documentos de los Congresos IX y X de la IV Internacional

XIV. LA CONQUISTA DE LAS MASAS POR LOS REVOLUCIONARIOS

1. La diferenciación política en el seno del proletariado

Hemos visto (véase capítulo IX, punto 5) como la necesidad de un partido revolucionario de vanguardia surge de la discontinuidad de la acción directa de grandes masas, así como del carácter científico de la estrategia necesaria para derrocar el poder de la burguesía. Hemos de añadir un elemento suplementario a este análisis: la diferencia política en el seno del proletariado.

En todos los países del mundo, el movimiento obrero aparece como una suma de *corrientes ideológicas diferentes.* Codo con codo existen: la corriente socialdemócrata, reformista clásica; la corriente de los Partidos Comunistas oficiales pro Moscú, de origen stalinista y de orientación cada vez más neorreformista, la corriente anarquista o sindicalista revolucionaria; la corriente maoista; la corriente marxista revolucionaria (IV° Internacional). En numerosos países hay otras formaciones intermedias (centristas) entre estas corrientes ideológicas principales.

Esta diferenciación ideológica del movimiento obrero tiene numerosas raíces objetivas en la realidad y la historia del proletariado.

La clase obrera *no es absolutamente homogénea* desde el punto de vista de sus condiciones sociales de existencia. Según que los trabajadores trabajen en grandes o pequeñas empresas, estén urbanizados desde varias generaciones o sólo desde hace poco, estén altamente cualificados o no dispongan de una cualificación media, estarán por lo general inclinados a comprender más o menos rápidamente la validez de ciertas ideas básicas del socialismo científico.

Los que tengan oficios altamente cualificados comprenderán, más rápidamente que los que estén en paro la mitad de su vida, la necesidad de una organización sindical. Pero su organización sindical peligra también de sucumbir más rápidamente a las tentaciones de un gremialismo estrecho, subordinando los intereses generales de la clase obrera a los intereses particulares de una aristocracia obrera que defiende especialmente las ventajas adquiridas tratando de impedir el acceso a la profesión. Para los obreros de las grandes ciudades y de la gran industria es más fácil tomar conciencia de la fuerza potencial enorme de la gran masa

proletaria, y creer en la posibilidad de una lucha victoriosa del proletariado para arrancar el poder y las fábricas a la burguesía, que para los obreros que trabajan en pequeñas industrias viviendo en pequeñas ciudades.

A la no homogeneidad de la clase obrera se añade la *diversidad de la experiencia de lucha y la diversidad de las capacidades individuales de los trabajadores*. Supongamos que un grupo obrero ha tenido la experiencia de una decena de huelgas, la mayoría de ellas victoriosas, y de numerosas manifestaciones obreras. Esta experiencia determinará en parte la conciencia de una manera diferente a la de otro grupo de proletarios que no ha conocido nada más que una sola huelga y que además haya fracasado, en el curso de una década, no habiendo participado nunca como un bloque en la lucha política.

Supongamos un obrero o empleado que naturalmente tiende a estudiar, lee folletos y libros además de su periódico. Otro obrero no lee casi nunca. Uno es por temperamento combativo e incluso “conductor de hombres”. El otro es más pasivo y prefiere callar en las reuniones. El primero se lía fácilmente con los compañeros, el segundo es más casero y vuelve en seguida a su hogar. Todo esto influirá, en parte, en el comportamiento y la elección política de los trabajadores individuales, el nivel de conciencia de clase en el que se encuentren en un momento determinado.

Por último, hay que tener en cuenta *la historia especifica y las tradiciones nacionales* del movimiento obrero de cada país. La clase obrera británica, la primera en acceder a la organización política como clase independiente con el carlismo, no ha conocido nunca un partido de masas fundado en un programa o en una educación marxista ni siguiera elementales. Su partido de masas está basado y nacido del sindicalismo de masas: el partido laborista.

La clase obrera francesa, muy marcada por tradiciones particulares de la primera mitad del siglo XIX (blanquismo, proudhonianismo, babeuvismo) se ha visto frenada en su acceso al marxismo por la debilidad relativa de la gran industria, y por su dispersión relativa en ciudades de provincia relativamente pequeñas. Ha hecho falta esperar a la aparición de grandes fábricas en los alrededores parisinos, lioneses, marselleses y del Norte, a partir de los años 20 y 30 de nuestro siglo, acentuada en los años 50 y 60, para que la huelga de masas pudiese determinar el curso general de la lucha de clases (junio 36, huelgas de 1947-48, mayo 68) y para que el PCF se convirtiera en el partido hegemónico de la clase obrera, dándoles

un barniz y una tradición referida explícitamente al marxismo. La clase obrera, y el movimiento obrero español, han estado marcados por la tradición del sindicalismo revolucionario, muy influenciado por el sub-desarrollo pronunciado de la gran industria en la península Ibérica, etc.

La diversidad de corrientes ideológicas del movimiento obrero resulta lógica consecuencia de su propia historia, es decir, de los debates y de las oposiciones que se han producido en el curso de la misma lucha de clases. Ha habido sucesivamente una ruptura entre marxistas y anarquistas en el seno de la I° Internacional, por la cuestión de la necesidad de la conquista del poder político; ruptura entre revolucionarios y reformistas en el seno de la II° Internacional, en torno a la cuestión de la participación en gobiernos burgueses, de el apoyo a la defensa nacional de los países imperialistas y de el apoyo o el ahogo de la lucha revolucionaria de masas que amenazaba la supervivencia de la economía capitalista, y del Estado burgués, basado en la democracia parlamentaria; ruptura entre stalinistas y trotskistas (marxistas revolucionarios) en el seno de la III° Internacional y del movimiento comunista internacional, entre partidarios y adversarios de la teoría de la revolución permanente y de la teoría de la “revolución por etapas”, entre partidarios y adversarios de la utopía de la obtención de la construcción del socialismo en un solo país.

Pero esta misma diversidad de corrientes ideológicas tiene también raíces objetivas y materiales más profundas, como las que vamos a poner al descubierto.

2. El frente único obrero contra el enemigo de clase

La diversidad de las corrientes ideológicas en el seno del movimiento Obrero ha conducido a una fragmentación de las organizaciones políticas de la clase obrera. Mientras que la unidad sindical existe en numerosos países (Gran Bretaña, Países Escandinavos, Alemania Federal, Austria), la división en organizaciones políticas diferentes es universal. En tanto que materialistas, debemos comprender que esa división tiene causas objetivas, y que no puede ser obra del azar, de los “crímenes” de los “secesionistas” o del “papel nefasto” de este o aquel individuo.

En sí, esta división política no es un mal. La clase obrera ha podido conseguir algunas de las victorias más brillante en condiciones de coexistencia de numerosos partidos y de numerosas tendencias, y que se han reivindicado por el movimiento obrero. El II° Congreso Panruso de los Soviets, que decidió trasladar todo el poder a los soviets, estaba marcado por un fraccionamiento en partidos y tendencias políticas diferentes de la clase obrera, superior al que conocemos actualmente en Occidente. La división de la clase obrera alemana en tres grandes partidos (y numerosos grupúsculos y corrientes minoritarias) no impidió la victoria de la huelga general de marzo de 1920, que suprimió en su embrión el *putsch* reaccionario de von Kapp. La diversidad de organizaciones políticas y sindicales del proletariado español en julio de 1936 no impidió que se sofocara el levantamiento militar-fascista en casi todos los bastiones industriales del país.

Pero la precondición para que la diversidad política del movimiento obrero no conduzca al debilitamiento de la fuerza de respuesta de la clase obrera en su conjunto, es que esa diversidad no impida la unidad de acción de los trabajadores contra el enemigo de clase: la patronal, la gran burguesía, el gobierno burgués, el Estado burgués. Otra precondición es que la diversidad no impida la lucha política e ideológica para la hegemonía del marxismo revolucionario en el seno de la clase obrera, para la construcción de un partido revolucionario de masas, es decir, que la democracia obrera se realice en el seno del movimiento obrero organizado.

Sobre todo es necesario *que frente a la ofensiva de la burguesía* la respuesta de la clase obrera sea unitaria. Esta ofensiva puede ser económica: despidos, cierres de empresas, reducción de los salarios reales, etcétera. Puede ser política: ataques contra el derecho de huelga y las libertades sindicales; ataques contra las libertades democráticas de las masas y del movimiento obrero; tentativas de instaurar regímenes autoritarios o claramente fascistas, suprimiendo la libertad de acción y de organización del movimiento obrero en su conjunto. En todos estos casos, sólo una respuesta masiva y unitaria puede hacer fracasar la ofensiva burguesa. La unidad de acción efectiva de la clase obrera pasa por el frente único efectivo de todas las organizaciones obreras, en tanto que su presencia en sectores importantes del proletariado sea real.

Una de las más grandes tragedias del siglo XX ha sido la derrota del proletariado alemán con la conquista del poder por Hitler el 30 de enero del 33, como resultado de la reticencia y de la incapacidad de la dirección del KPD (PC alemán) y del SPD para concluir a tiempo un acuerdo de frente único contra la ascensión nazi. Las consecuencias de esta tragedia han sido tan pesadas, tan graves, que todos los trabajadores deben impregnarse de la lección principal de esta experiencia: *contra la ascensión del fascismo, es indispensable el frente único de todas las organizaciones obreras* a fin de detener la llegada al poder de asesinos y verdugos por una acción unitaria y resuelta de las masas trabajadoras.

Las objeciones y obstáculos en el camino de la realización del frente único son esencialmente de naturaleza ideológica y política. Por instinto, los trabajadores son, en su gran mayoría, favorables a cualquier iniciativa unitaria. Entre estos obstáculos de naturaleza política e ideológica señalaremos:

– Las prácticas represivas de los dirigentes socialdemócratas, que ejercen responsabilidades en el seno del Estado burgués, así como las ejercidas por los dirigentes stalinistas cuando se encuentran en las mismas condiciones. Las capas radicalizadas de la clase obrera se sienten, a justo título, indignadas por tales prácticas, que van desde romper una huelga, a la organización sistemática del “soploneo” en el seno de las organizaciones obreras, y hasta la organización del asesinato de dirigentes revolucionarios e incluso de simples obreros (¡Noske!).

– Las prácticas burocráticas y manipuladoras de dirigentes sindicales reformistas y stalinianos, de dirigentes del PC catapultados a posiciones dirigentes del movimiento obrero, etc. Estas practicas, que prolongan las prodigas represiones de la burocracia donde ejerce el poder, provocan igualmente una repugnancia justificada en numerosas capas de trabajadores.

– El papel sistemáticamente contrarrevolucionario de las direcciones tradicionales del movimiento obrero, que aún sabiendo el impulso de la conciencia de clase, ayudan objetivamente (y a menudo deliberadamente) a la realización de proyectos contrarrevolucionarios y antiobreros del Gran Capital, expandiendo la ideología burguesa y pequeño burguesa en el seno de la clase obrera, etc.

Sin embargo, es necesario *combatir el sectarismo y el ultraizquierdismo* en lo que se refiere a las organizaciones de masas tradicionales del movimiento obrero, sectarismo y ultraizquierdismo que no son tan sólo obstáculos en el camino de la realización de un frente único obrero contra el enemigo de clase, sino también obstáculos en el camino de la lucha eficaz contra el empeño de las direcciones reformistas y stalinistas.

En la base de los errores sectarios y ultraizquierdistas se encuentra la incomprensión de la *naturaleza doble y contradictoria* de las organizaciones de masas tradicionales y burocratizadas del movimiento obrero. Si es cierto que la política de las direcciones de estas organizaciones es ampliamente favorable a la burguesía, que estas direcciones practican la colaboración de clase, debilitando la lucha de clases del proletariado, siendo responsables de innumerables fracasos sufridos por la clase obrera, también es cierto que la existencia de estas organizaciones permite a los trabajadores acceder a un mínimo de conciencia y de fuerza de clase, sin la que la progresión de esta conciencia es mucho más difícil. La existencia de estas organizaciones permite también una modificación de las relaciones de fuerza *cotidianas* entre el Capital y el Trabajo, sin la que la confianza de la clase obrera se encuentra fuertemente perturbada. Sólo su sustitución por formas *superiores* de organización de clase (soviets) implicará que su debilitamiento no se salde con un retroceso o una paralización de la clase obrera. Al contrario, su debilitamiento, sin hablar de su destrucción, por la reacción capitalista, representa un debilitamiento y un retroceso graves para el conjunto del proletariado. He aquí la base principal sobre la que los marxistas revolucionarios asientan su política de frente único obrero contra la reacción capitalista.

3. La dinámica ofensiva del frente “clase contra clase”

Frente a toda ofensiva capitalista contra la clase obrera, en particular contra cualquier amenaza fascista o de establecimiento de una dictadura de derechas, los marxistas proponen la constitución de un frente único de todas las organizaciones obreras, de la base al vértice. Se esfuerzan para implicar en este frente único todas las organizaciones que reivindican para sí el movimiento obrero, comprendiendo las más moderadas, las direcciones más oportunistas y más revisionistas.

Se dirigirán sistemáticamente a los dirigentes del PS, del PC, de los sindicatos reformistas y cristianos, para que se establezca un frente único entre direcciones nacionales, regionales, locales, entre secciones, en las empresas y los barrios, a fin de hacer frente a la ofensiva enemiga con todos los medios apropiados.

El rechazo a extender el frente único a la cumbre de la socialdemocracia o de los Partidos Comunistas (política llamada del "tercer período" del Komintern, retomada hoy por organizaciones mao-stalinianas) se basa en una incomprensión ultimista e infantil de la función objetiva y de las precondiciones subjetivas de la unidad del frente proletario. Presupone que la masa de los trabajadores socialistas (o seguidores del PC) estaría preparada para emprender una acción única con los trabajadores revolucionarios, sin el acuerdo previo de sus dirigentes "social-fascistas" o "revisionistas". Supone resuelta una tarea que queda por resolver: el *apartar a través de su propia experiencia* esta masa de estas direcciones oportunistas. Pero justamente la llamada a los dirigentes del PS y del PC para que se unan en un frente único contra la ofensiva de la reacción, permite a los trabajadores que siguen estas direcciones hacerse con una experiencia precisa e indispensable en cuanto a la credibilidad, eficacia y buena fe de sus dirigentes.

Por otra parte, suponer que no es indispensable empeñar las direcciones del PS o del PC en el frente único obrero, es reducir a éste a una minoría de la clase obrera; es sembrar graves ilusiones en lo que respecta a hacer retroceder la patronal, el Estado burgués, a la amenaza fascista con los golpes de acciones minoritarias.

¿Quiere esto decir que la táctica de frente único obrero está estrictamente limitada a fines defensivos? En absoluto. La organización de toda la clase obrera en un dispositivo de combate incluso en el inicio de fines defensivos, modifica las relaciones de fuerza entre las clases, refuerza considerablemente la combatividad, la fuerza de choque, la capacidad de acción política y la confianza en sí misma de la clase trabajadora. Esta táctica crea en consecuencia un inmenso *potencial de lucha suplementaria,* que puede transformar rápidamente una lucha defensiva en lucha ofensiva. En ocasión del *putsch* de von Kapp en marzo de 1920 en Alemania, la respuesta victoriosa y unitaria de las organizaciones obreras alemanas creó, tan sólo en unos días, una situación en la que los militantes de numerosas organizaciones –comprendiendo incluso organizaciones reformistas– aceptaron constituir milicias obreras armadas

en varias ciudades de la cuenca del Ruhr. La necesidad de un gobierno obrero fue propuesta por los dirigentes sindicales más moderados. La respuesta victoriosa y unitaria de las masas españolas contra el *putsch* fascista de julio del 36 condujo en la mayoría de las ciudades al armamento general del proletariado y a la toma de las fábricas.

Para explotar al máximo este potencial ofensivo del frente único obrero los marxistas revolucionarios comprendieron la necesidad de *estructurar* el frente único tanto en la base corno en la cúspide, sin hacer de esta estructuración un ultimátum dirigido a los partidos, sindicatos o masas del proletariado. Semejante estructuración implica *comités de base* en las empresas, los barrios, las localidades, comités que deberán ser tan rápidamente como sea posible *comités democráticamente* elegidos, y empeñados en sistemáticas movilizaciones y acciones de masas. La dinámica ofensiva de una estructura semejante, que daría paso en realidad a una situación revolucionaria, es evidente.

4. Frente único obrero y frente popular

Del mismo modo que los marxistas revolucionarios son los más firmes partidarios de una política de frente único obrero, rechazan la política de frente "Popular", relanzada después del VII° Congreso del Komintern, la vieja política reformista socialdemócrata de alianza entre la burguesía "liberal" (o "nacional", o "antifascista") y el movimiento obrero ("cartel de izquierdas").

La distinción fundamental entre el frente único obrero y el "cartel de izquierdas", o Frente Popular, reside en que por su lógica de "clase contra clase", el frente único obrero desencadena una dinámica de acentuación y de exacerbación de la lucha del proletariado contra la burguesía, mientras que por su lógica de colaboración de clase, la política de Frente Popular desencadena al contrario una dinámica de freno de las luchas obreras, llegando hasta la represión de las capas obreras más radicalizadas. Mientras que el frente único obrero contra la ofensiva capitalista no comporta ninguna precondición de defensa del orden burgués y de la propiedad capitalista (cualquiera que sea la relación de los dirigentes reformistas con una defensa semejante), el frente popular está fundado en el respeto al orden burgués y a la propiedad, sin el que la presencia de la "burguesía progresista" .en el seno del frente sería imposible, lo que, se dice, "reforzaría la reacción".

Toda la lógica del frente popular tiende, pues, a desviar, contener, o romper la lucha de masas, lo que no es el caso de los acuerdos del frente obrero. Evidentemente, la distinción entre frente único obrero y frente popular, aun siendo una diferencia considerable, por razón de la naturaleza de clase objetiva de los dos tipos de acuerdos, no es una diferencia absoluta. Puede haber aplicaciones oportunistas de la táctica de frente único obrero en las que, bajo el pretexto de no “asustar a los dirigentes reformistas”, los líderes de organizaciones que se llaman revolucionarias comienzan a frenar a su vez todas las luchas de masas. A la inversa, en ciertas situaciones, las masas pueden partir de las ilusiones unitarias sembradas por acuerdos de frente popular, para acentuar sus luchas e incluso crear estructuras de autorganización, iniciativas que los marxistas revolucionarios deberán evidentemente favorecer y reforzar por todos los medios.

Pero cualesquiera que sean estas situaciones intermedias, la cuestión de principio sigue siendo vital. Desde el punto de vista de la lucha de clases, hace falta favorecer una política de frente único obrero; hace falta combatir cualquier acuerdo político con partidos burgueses incluso ”de izquierda”, que ponga en cuestión la independencia política de clase del proletariado.

5. Independencia política de clase y organización unitaria de clase

Así, la problemática del frente único obrero como la del frente popular nos enfrenta, a fin de cuentas, a una única cuestión: cómo puede la clase obrera realizar una organización unitaria de su fuerza, con total independencia en relación a la burguesía, a pesar de su fraccionamiento en corrientes ideológicas y partidos, grupos y sectores políticos diferentes, y a pesar de la influencia de su nivel medio de conciencia de clase.

Los que predican la desaparición previa de este fraccionamiento, como precondición a la realización de la organización unitaria de clases persiguen una quimera. Ese fraccionamiento existe desde hace un siglo. No hay ningún indicio de que desaparecerá dentro de poco. Considerar esta desaparición como algo previo, es proclamar de hecho que la unidad del frente proletario (y, por tanto, su victoria) es imposible hasta un porvenir que se pierde en las brumas.

Los que ven la realización de la unidad de acción de clase como simple función de acuerdos en la cumbre, independientemente del contenido de clase y de la dinámica objetiva desencandenadas por estos acuerdos –por ejemplo, identificando positivamente frente único obrero y frente popular– olvidan que la unidad real del frente proletario no es posible nada más que sobre una base de clase. Es, en efecto, impensable que todos los sectores y todas las capas de la clase obrera acepten la autolimitación y la automutilación contenidas en los acuerdos de colaboración de clase.

Hay, pues, un lazo íntimo entre unidad de acción de la clase obrera en su conjunto, y objetivos de lucha comúnmente aceptados, incluso formas de lucha adoptadas por la clase. Los marxistas revolucionarios son firmes partidarios de cualquier iniciativa realmente unitaria, porque están convencidos de que tales iniciativas siempre refuerzan la combatividad y la conciencia de los trabajadores en el sentido de una lucha de clases intransigente contra el Capital.

La independencia de clase del proletariado, sin la que su unidad es irrealizable, se sitúa en relación con la patronal, a nivel de la empresa y de la rama de industria. Se sitúa también en relación con los partidos burgueses. Pero se sitúa también en relación al Estado burgués, e incluso al Estado democrático-burgués más libre. La confianza en sí misma que adquiere la clase obrera, cuando pasa por una experiencia realmente unitaria de toda la clase, le incita a querer resolver por sí misma todos los problemas, incluidos los problemas abandonados al Parlamento. Es una razón más para hacer de los revolucionarios los abogados más resueltos y más conscientes de la unidad de acción de toda la clase obrera.

6. Independencia de clase y alianzas entre las clases

La distinción de principio, que hacíamos entre frente único obrero y frente popular ha sido a menudo criticada como “dogmática”. “Negaría la necesidad de alianzas”. Sin “alianzas de clase”, la victoria de la revolución socialista sería imposible. Además, ¿no fundó Lenin toda la estrategia bolchevique en la necesidad de una alianza entre el proletariado y el campesinado?

Señalemos, para empezar, que cualquier paralelismo entre los países imperialistas de hoy en día y la Rusia de los zares es abusivo. En Rusia el proletariado no representaba nada más que el 20 % de la población activa.

En los países imperialistas, con la excepción de Portugal (donde representa el 38 % de la población), el proletariado, es decir, la masa de los que están obligados a vender su fuerza de trabajo, representa la aplastante mayoría de la nación, en la mayor parte de estos países entre un 70 y un 90 % de la población activa. La unidad del frente proletario (comprendiendo, evidentemente, los empleados) es infinitamente más vital para la revolución que la alianza con el campesinado.

Añadiremos que los marxistas revolucionarios no son de ningún modo adversarios de una alianza entre el proletariado y la pequeña burguesía trabajadora (no explotadora) de las ciudades y del campo, incluso en los países en que es minoritaria. En numerosos países imperialistas, como Portugal, España, Italia, Francia, el establecimiento de una alianza obrero-campesina es aún de gran importancia política y sobre todo económica, para la victoria y la consolidación de la revolución socialista. Lo que contestamos, es que la alianza entre partidos obreros y partidos burgueses sea necesaria para fundar una alianza paralela de clases trabajadoras. Al contrario, liberar el campesinado y la pequeña burguesía urbana del empeño de la burguesía, presupone también emanciparles del apoyo que conceden a los partidos políticos burgueses. La alianza puede y debe estar basada en intereses comunes. El proletariado y sus partidos deben ofrecer a estas clases objetivos sociales, económicos y culturales y políticas que les interesen y que la burguesía es incapaz de realizar. Si la experiencia confirma la voluntad de] proletariado de conquistar el poder y de realizar su programa, puede obtener el apoyo de una buena parte de la pequeña burguesía de cara a realizar estos objetivos.

7. Los movimientos de emancipación de la mujer y de las minorías nacionales oprimidas en el desarrollo de las luchas anticapitalistas

Tradicionalmente, el movimiento obrero organizado había concebido el problema de las “alianzas”, sea como electoral y político (alianza entre diferentes partidos), sea como la alianza de la clase obrera con el campesinado trabajador y con otros extractos explotados de la pequeña burguesía. Pero ya durante las grandes revoluciones proletarias del pasado, sobre todo la revolución rusa y la revolución española, la combinación de la revolución social y del movimiento de emancipación de las nacionalidades oprimidas había jugado un papel importante.

Luego de que el capitalismo contemporáneo se hunde en una crisis social cada vez más generalizada (especialmente desde la segunda mitad de los años 60), las luchas socio-políticas en los países imperialistas se caracterizan por una combinación entre luchas proletarias “puras” y explosiones de descontento y rebelión social de amplios sectores de la población de composición no únicamente proletaria: el movimiento de rebelión de la juventud, el movimiento de liberación de la mujer, el movimiento de sublevación de las nacionalidades oprimidas.

Cuando decimos “de composición no solamente proletarias” queremos decir exactamente eso. Es absurdo considerar a los jóvenes, las mujeres o las minorías raciales y étnicas como “no proletarios” y hasta “pequeño-burgueses” en su conjunto, en función de criterios ideológicos o psicológicos. Una parte creciente de la población femenina de los países imperialistas (en algunos más del 50 %) está compuesta por asalariadas y no por amas de casa. Una parte considerable de los jóvenes está compuesta por jóvenes trabajadores y aprendices. Los negros borriqueños y los chicanos en USA, los irlandeses e inmigrados de Asia y de las Indias Occidentales, en Gran Bretaña, los vascos y catalanes en España –para no citar más que estos tres ejemplos– no están solo ellos mismos ampliamente proletarizados, sino que constituyen además una parte considerable del proletariado de estos estados en su conjunto.

En efecto, las condiciones de existencia y reivindicación propias de todos estos estratos en rebelión específica –mujeres jóvenes, minorías raciales y nacionales– merecen una atención especial de parte del movimiento obrero y de su vanguardia revolucionaria por tres razones evidentes.

Primeramente estos estratos incluyen en general a la parte más explotada, más miserable del proletariado global, la que, por esta sola razón, reclama ya una atención particular de todo trabajador consciente. Luego. estos estratos son generalmente víctimas de una doble: opresión, como proletarios a la vez que como mujeres, jóvenes, minorías, inmigrantes, etc. Por lo tanto, el proletariado no puede liberarse definitivamente, ni sobre todo abolir el salariado y construir una sociedad sin clases sin eliminar radicalmente todas las formas de discriminación, de opresión, de desigualdad social. Finalmente, el movimiento de rebelión y de liberación de estos estratos permite aliar a la lucha por la revolución socialista a sectores no proletarios que forman parte de los estratos oprimidos mencionados anteriormente.

Esta alianza no es evidentemente automática. Depende del peso del entrabe de clase, que la polarización extrema de las fuerzas sociales en el curso del proceso revolucionario provoca inevitablemente en el seno del movimiento de emancipación de la mujer, los jóvenes, de las nacionalidades y razas oprimidas. Pero ella depende también de la capacidad del movimiento obrero, y sobre todo de la de su vanguardia revolucionaria para tomar astutamente las riendas de la causa justa por la que combaten estos oprimidos.

Los marxistas revolucionarios reconocen como justificados los movimientos de emancipación de las mujeres, los jóvenes, las nacionalidades y razas oprimidas, no solamente antes, sino inclusive después de la caída del capitalismo, la cual no borrará de un día para otro los vestigios de los milenarios prejuicios, sexistas, racistas, chauvinistas, xenófobos, en el seno de las masas trabajadoras. Ellos se esforzarán para ser, en el seno de esos movimientos de masa autónomos, los mejores combatientes por todas las reivindicaciones justas y progresistas, para impulsar las movilizaciones y las luchas más amplias y unitarias.

Al mismo tiempo, combatirán sistemáticamente a favor de las soluciones políticas y sociales en conjunto –la toma del poder por la clase obrera, la supresión del régimen capitalista–, sin las cuales una solución general y duradera para la discriminación sexista, racista y chauvinista es imposible. Se convertirán en forma no menos sistemática en los abogados de la solidaridad de todos los explotados y de todos los proletarios en la lucha por sus intereses de clase, independientemente de toda diferencia de sexo, raza o nacionalidad. Mientras más resuelto y convincente sea su combate contra todas las formas de opresión particulares que sufren esos estratos sobreexplotados, más eficaz resultará esta lucha por la solidaridad general de clase.

Bibliografía del capítulo 14

Resolución del III° Congreso de la I.C. sobre la táctica.
Lenin: *Izquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo.*
L. Trotsky: *¿A dónde va Francia? – Escritos sobre Alemania – El movimiento comunista en Francia.*
E. Mandel: *Del fascismo.*
Daniel Guerin: *Fascismo y Gran Capital.*
Henri Weber: *Marxismo y conciencia de clase.*
E. Mandel: *Lenin y la conciencia de clase proletaria.*

XV. EL ADVENIMIENTO DE LA SOCIEDAD SIN CLASES

1. El objetivo socialista a alcanzar

El objetivo socialista que queremos alcanzar es la substitución de la sociedad burguesa basada en la lucha de todos contra todos por una sociedad comunitaria sin clases, en la cual la solidaridad social reemplace el deseo de enriquecimiento individual como móvil esencial de actividad, y en la cual la riqueza de la sociedad asegure el armonioso desarrollo de todos los individuos.

Lejos de querer "hacer iguales a todos los hombres", como pretenden los ignorantes adversarios del socialismo, los marxistas desean que sea posible, por primera vez en la historia humana, el desarrollo de toda la infinita gama de diferentes posibilidades de pensamiento y acción presentes en cada individuo. Pero comprenden que *la igualdad económica y social*, la emancipación del hombre de la necesidad de combatir por su pan de cada día, representa una condición previa para la conquista de esta verdadera realización de la personalidad humana en todos los individuos.

Una sociedad socialista exige, por tanto, una economía desarrollada hasta el punto de que *la producción en función de las necesidades suceda a la producción por el beneficio*. La humanidad socialista dejará de producir mercancías destinadas a ser intercambiadas por dinero en el mercado. Producirá valores de uso que se distribuirán a todos los miembros de la sociedad, con el fin de satisfacer a todas sus necesidades.

Una sociedad de este tipo liberará al hombre de las cadenas de la división social y económica del trabajo. Los marxistas rechazan la tesis según la cual algunos hombres "han nacido para mandar" y otros "han nacido para obedecer". Ningún hombre, por naturaleza, está predispuesto a ser minero toda su vida, ni fresador, ni conductor de tranvía. En cada hombre dormita el deseo de ejercer un determinado número de diferentes actividades: basta con observar a los trabajadores durante sus ocios para darse cuenta de ello. En la sociedad socialista, el alto nivel de cualificación técnica e intelectual de todo ciudadano le permitirá realizar durante su vida muchas tareas diferentes y útiles a la comunidad. La elección de la "profesión" dejará de ser impuesta a los hombres por fuerzas o condiciones materiales, independientes de su voluntad. Dependerá de su propia necesidad, de su propio desarrollo individual. El trabajo dejará de ser una actividad impuesta de la que se huye, para convertirse simplemente en la

realización de la propia personalidad. El hombre será finalmente libre en el sentido real de la palabra. Una sociedad como ésa se esforzará por eliminar todas las fuentes de conflicto entre los hombres. Destinará a la lucha contra las enfermedades, a la formación del carácter del niño, a la educación y a las bellas artes los inmensos recursos que hoy se despilfarran en objetivos de destrucción y de represión. Eliminando todos los antagonismos económicos y sociales entre los hombres, eliminará también todas las causas de guerra o de conflictos violentos. Únicamente el establecimiento en todo mundo de una sociedad socialista puede garantizar a la humanidad esta paz universal que se ha convertido en condición para la simple supervivencia de la especie en esta época de armas atómicas y termonucleares.

2. Las condiciones económicas y sociales para alcanzar este objetivo

Si no nos contentamos con soñar un radiante porvenir, si queremos combatir para conquistar este futuro, debemos comprender que la construcción de una sociedad socialista que transformará completamente las costumbres y los hábitos de los hombres que fueron establecidos desde hace miles de años en las sociedades divididas en clases está subordinada a transformaciones materiales no menos conmocionantes que deben ser realizadas previamente.

El advenimiento del socialismo exige en primer lugar la supresión de la propiedad privada de los medios de producción. En la época de la gran industria y de la moderna técnica (que no se podría suprimir sin abandonar la humanidad a la pobreza generalizada), esta propiedad privada de los medios de producción implica inevitablemente la división de la sociedad en una minoría de capitalistas que explotan y una mayoría de asalariados que es explotada.

El advenimiento de la sociedad socialista exige la supresión del régimen salarial, de la venta de la fuerza de trabajo contra un salario fijo en dinero que convierte al productor en un .importante eslabón de la vida económica. El régimen salarial debe ser substituido por la retribución del trabajo mediante el libre acceso a todos los bienes necesarios para la satisfacción de las necesidades de los productores. Sólo en sociedad que asegure al hombre esta *abundancia bienes* puede nacer una nueva consciencia social, nueva actitud de los hombres entre sí.

Semejante abundancia de bienes no es utópica en absoluto, a condición de que se introduzca gradualmente, y de que se parta de una racionalización progresiva de las necesidades de los hombres, emancipados de las coacciones de la competencia, de la búsqueda del enriquecimiento privado y de la manipulación por una publicidad interesada en crear en el individuo un estado de insatisfacción permanente. Así, el progreso en el nivel de vida ha creado ya una situación de saturación en el consumo de pan, patatas, legumbres, ciertas frutas, y aún de productos lácteos, grasas y productos porcinos en la parle menos pobre de la población de los países imperialistas. Una tendencia semejante se observa en lo relativo a ropa corriente, calzado, muebles básicos, etc. Todos estos productos podrían ser progresivamente distribuidos gratuitamente, sin hacer intervenir al dinero, y sin que ello llevara consigo importantes aumentos en los gastos colectivos. La misma posibilidad existe para los servicios sociales como la enseñanza, la sanidad, los transportes comunitarios, etcétera.

Pero la abolición del régimen salarial no sólo exige la transformación de las condiciones de retribución, de distribución de los bienes de consumo. Exige igualmente la modificación de la *estructura jerárquica de la empresa,* la substitución del régimen de mando único del director (asistido por sus jefes de taller, contramaestres, etc.) por el de democracia de los productores. El objetivo del socialismo es el autogobierno de los hombres a todos los niveles de la vida social, estando en primer lugar la vida económica. Esto significa reemplazar a todos los delegados designados por jefes elegidos, a todos los delegados permanentes por jefes que ejerzan su función por turno. Siguiendo esta vía se llegarán a crear las condiciones de una verdadera igualdad.

La riqueza social que permite instaurar un régimen de la abundancia, sólo puede ser conseguida mediante la *planificación* de la economía, que permite evitar el despilfarro que representa la no utilización de los medios de producción y el paro, así como su utilización para fines contrarios a los intereses de la humanidad. La emancipación del trabajo está subordinada al prodigioso desarrollo de la técnica moderna (aplicación productiva de la energía atómica; electrónica y teledirección que permiten la completa automatización de la producción) que va liberando al hombre de las tareas pesadas, degradantes y embrutecedoras. De este modo responde la historia de entrada a la vieja objeción vulgar contra el socialismo: “¿Y quién se ocupará de sacar las inmundicias en una sociedad socialista?”.

El máximo desarrollo de la producción en las condiciones más rentables para la humanidad exige que se conserve y extienda la división mundial del trabajo, profundamente modificada, sin embargo, para suprimir la articulación de piases “avanzados” y países “dependientes”, la supresión de lsa fronteras y la planificación mundial.

La supresión de las fronteras y la unificación real del género humano es, al mismo tiempo, un imperativo psicológico del socialismo, el único modo de suprimir la desigualdad económica y social entre las naciones. La supresión de las fronteras no significa de ninguna manera la supresión de la identidad cultural propia de cada nación; permitirá al contrario la afirmación de esa personalidad de una manera más brillante que en la actualidad, en el terreno que le es propio.

La gestión de las empresas por los trabajadores, la de la economía por un congreso de consejos de trabajadores, la de todas las esferas de la vida social por las colectividades afectadas también exige condiciones materiales de realización si no quiere ser ficticia. *La reducción radical de la jornada de trabajo* –de hecho la introducción de la media jornada de trabajo– es indispensable para que los productores tengan tiempo para regentar las empresas y las comunas, para que no se forme una nueva capa de administradores profesionales.

La generalización de la enseñanza superior –y una nueva distribución entre el “tiempo de estudio” y el “tiempo de trabajo” en toda la vida adulta del hombre y de la mujer– es indispensable para que progresivamente vaya desapareciendo la separación del trabajo manual y del trabajo intelectual. La estricta igualdad de remuneración, de representación y de posibilidades de cualificación superior de las mujeres es indispensable para que la desigualdad entre los sexos no se mantenga después de la desaparición de la desigualdad de las clases sociales.

3. Las condiciones políticas, ideológicas, psicológicas y culturales necesarias para alcanzar este objetivo

Las condiciones materiales necesarias para el advenimiento de una sociedad sin clases son condiciones indispensables, pero no suficientes. El socialismo y el comunismo no serán el producto automático del desarrollo de las fuerzas productivas, de la desaparición de la penuria, de la elevación del nivel de cualificación técnica e intelectual de la humanidad.

Hace falta modificar del mismo modo los hábitos, las costumbres, las estructuras mentales, que son el resultado de milenios de explotación, de opresión y de condiciones sociales que favorecían el deseo del enriquecimiento privado.

Ante todo, es necesario arrebatar todo poder político á las clases dominantes e impedirles reconquistar este poder. El armamento general de los trabajadores sustituyendo a los ejércitos permanentes, después de la progresiva destrucción de todas las armas y la imposibilidad en la que se encontraran los posibles partidarios de un restablecimiento del reino de la minoría para producir estas armas, deben permitir alcanzar este objetivo.

La democracia de los consejos de trabajadores; el ejercicio de todo el poder político por estos consejos; el control público sobre la producción y la distribución de la riqueza; la más amplia publicidad de los debates que conducen a las grandes decisiones políticas y económicas; el acceso de todos los trabajadores a los medios de información y de formación de la opinión pública: todo esto debe asegurar la permanencia de condiciones en las cuales nunca más sea posible el retorno a un régimen de opresión y de explotación.

A continuación deben crearse las condiciones propicias para que los productores se habitúen a tener asegurada su existencia y dejen de medir sus esfuerzos en función de retribuciones específicas que esperan recibir. Esta revolución psicológica no podrá tener lugar nada más que cuando la experiencia haya enseñado a los hombres que la sociedad socialista garantice efectivamente, y de manera permanente, la satisfacción de todas sus necesidades básicas, sin medir en contrapartida la aportación de cada uno a la riqueza social.

La gratuidad de la alimentación y el vestido básico; de los servicios públicos; sanidad; de la enseñanza; servicios culturales, etc., permitirá alcanzar este objetivo en cuanto haya funcionado durante dos o tres generaciones. Entonces el trabajo dejará de ser considerado como un medio de ”ganarse la vida” o de asegurarse el consumo cotidiano, y se convertirá en una necesidad de actividad creadora, por medio de la cual cada uno contribuye a) bienestar y al desarrollo de todos.

La transformación radical de estas estructuras de opresión que son la familia patriarcal, la escuela autoritaria encerrada en una torre de marfil, el consumo pasivo de ideas y de “bienes culturales”, irá emparejada con todas estas transformaciones sociales y políticas.

La dictadura del proletariado no reprimirá ninguna idea, ninguna corriente científica, literaria, cultural o artística. No tendrá miedo a las ideas, puesto que estará convencida de la superioridad de las ideas comunistas. No se mantendrá, por tanto, neutral ante la lucha ideológica que continuará; creará todas las condiciones propicias para que el proletariado emancipado asimile los mejores productos de la vieja cultura, construyendo progresivamente los elementos de la cultura comunista unificada de la humanidad futura.

La revolución cultural que marcará con su sello la construcción del comunismo será antes que nada una revolución de las condiciones en las que los hombres creen su propia cultura, la transformación de la masa de los ciudadanos de consumidores pasivos a productores culturales activos y creadores.

El mayor obstáculo que hay que franquear para crear un mundo comunista es la enorme diferencia que separa la producción y el nivel de vida por habitante de los países industrialmente avanzados y el de los países subdesarrollados.

El marxismo rechaza resueltamente la utopía reaccionaria de un comunismo de la ascesis y de la penuria. La expansión de la vida económica y social de los pueblos del hemisferio meridional reclama no solamente una planificación socialista de la economía mundial, sino también una redistribución radical de los recursos materiales en beneficio de estos pueblos.

Sólo una transformación de los modos de pensamiento egoístas, miopes y pequeñoburgueses que perviven hoy en una parte importante de la clase obrera del hemisferio norte, permitirá alcanzar este objetivo. La educación internacionalista deberá ir a la par con la costumbre de la abundancia, que demostrará que dicha redistribución podrá realizarse sin provocar un retroceso del nivel de vida de las masas septentrionales.

4. Las etapas de la sociedad sin clases

A partir de las ricas experiencias de las revoluciones proletarias que han venido produciéndose desde hace más de un siglo –es decir, desde la Comuna de París– podemos distinguir tres etapas en la construcción de una sociedad sin clases:

– *la etapa de transición del capitalismo hacia el socialismo*, que es la etapa de la dictadura del proletariado, de la supervivencia del capitalismo en importantes países, de la supervivencia parcial de la producción mercantil y de la economía monetaria, de la supervivencia de varias clases y capas sociales en el seno de los países empeñados en esta etapa y la necesidad de la supervivencia del Estado, para defender los intereses de los trabajadores contra todos los partidarios del retorno al reino del capital;

– *la etapa del socialismo*, una vez concluida su construcción, y que se caracteriza por la desaparición de las clases sociales ("el socialismo es la sociedad sin clases", como dijo Lenin), por la desaparición de la economía mercantil y monetaria, por la desaparición del Estado, por el triunfo internacional de la nueva sociedad. Sin embargo, durante la etapa socialista, le retribución de cada uno (abstracción hecha de la satisfacción gratuita de las necesidades básicas) continuará midiéndose en función de la cantidad de trabajo proporcionado a la sociedad;

– *la etapa del comunismo*, que está caracterizada por la aplicación integral del principio "de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades", por la desaparición de la división social del trabajo, por la desaparición de la separación de trabajo manual e intelectual, por la desaparición de la separación entre ciudad y campo. La humanidad se reorganizará bajo la forma de comunas libres de productores-consumidores, capaces de administrarse por sí mismas sin ningún órgano diferenciado, reintegradas en un medio natural rehabilitado y protegidas contra los riesgos de destrucción del equilibrio ecológico.

Sin embargo, a partir del momento en que nos encontramos en presencia de una sociedad postcapitalista libre del monopolio del poder de una capa burocrática –es decir, en presencia de un poder efectivo de los trabajadores– ninguna revolución, ninguna ruptura brusca, será necesaria para señalar la sucesión de estas etapas. Serán el resultado de una evolución progresiva de las relaciones de producción y de las relaciones sociales. Serán la expresión de una desaparición progresiva de Las categorías mercantiles, del dinero, de las ciases sociales, del Estado, de la división social del trabajo y de las estructuras mentales que son el resultado de todo el pasado de desigualdad y de luchas sociales. Lo esencial es comenzar en seguida estos procesos de desaparición y no remitirlos a generaciones futuras.

Este es nuestro ideal comunista. Constituye la única solución a los urgentes problemas a los que la humanidad se enfrenta. Consagrar la vida a su realización es mostrarse digno de la inteligencia y de la generosidad de los mejores hijos de nuestra especie, de los pensadores más intrépidos, de los combatientes más valientes, por la Emancipación del Trabajo, ayer y hoy.

Bibliografía del capítulo 15

Karl Marx: *Crítica del Programa de Gotha*
Friedrich Engels: *Anti-Dühríng*, 3ª parte: El Socialismo
Lenin: *Estado y Revolución*.
Bujarin y Preobrajenski: *El ABC del Comunismo*
León Trotsky*: Literatura y Revolución. Problemas de la vida cotidiana*
Lafargüe: *El derecho a la pereza*

XVI LA DIALÉCTICA MATERIALISTA

1. El movimiento universal

Si no recapitulamos el contenido de los quince capítulos anteriores y tratáramos de resumirlos en una sola fórmula no podríamos encontrar otra mejor que la siguiente: todo cambia, todo está en perpetuo movimiento.

De la sociedad primitiva sin clases la humanidad pasó a la sociedad dividida en clases; esta da lugar, a su vez, a la sociedad socialista sin clases del mañana. Los modos de producción se suceden. Incluso antes que desaparezcan, están sometidos a constantes cambios. La clase dominante de hoy es muy diferente de la clase de los propietarios de esclavos que dominaba el Imperio romano. El proletariado contemporáneo es a su vez diferente que el siervo medieval. Entre un capitalista pequeño fabricante de principios del XIX, y míster Rockefeller o el jefe del trust Rhóne-Poulenc de hoy, hay todo un mundo de diferencia. Todo cambia, todo está en perpetuo movimiento.

Este movimiento universal podemos encontrarlo a todos los niveles de la realidad, y no solamente en lo relativo a la historia de las sociedades humanas. Los individuos cambian, sometidos a un destino inexorable. Nacen, crecen, maduran. llegan a ser adultos, después comienzan a declinar y finalmente mueren. Este destino aflige tanto las especies vivas como los individuos. La especie humana no ha existido siempre Especies que poblaban otrora nuestro planeta como los reptiles gigantes de la época terciaria, han desaparecido.

Otras especies vegetales y animales desaparecen actualmente ante nuestros ojos, en parte como resultado de las perturbaciones anárquicas que el modo de producción capitalista ha provocado en la ecología terrestre.

Nuestro planeta, a su vez, no tiene vida eterna. La pérdida de energía le condena a su desaparición inexorable el día de mañana. Nuestro planeta no ha existido siempre. Nació en una constelación interplanetaria que no es nada más que una de las innumerables constelaciones análogas del universo.

El movimiento, la evolución universal, gobierna toda existencia. Esta es material. En la base de la materia hay átomos que a su vez están compuestos de partículas aún más pequeñas. Las combinaciones de átomos constituyen las moléculas, que forman entre ellas los diferentes elementos básicos de la corteza terrestre y de la atmósfera. El oxigeno y el hidrógeno, en una combinación determinada, H2O constituyen el agua. Otras moléculas forman las bases sobre las que se establece la formación de los aminoácidos.

La evolución de la materia inorgánica ha dado lugar, de este modo, al nacimiento de la materia orgánica, cuando se han dado unas condiciones determinadas. Los aminoácidos forman proteínas que trabajan en células. Esto desencadena la evolución de las especies vivas, vegetales y animales. En el curso de esta evolución nacen los seres vivos superiores, los mamíferos, de los que forman parte, los simios, de donde nacería la especie humana.

2. La dialéctica, lógica del movimiento

Puesto que el movimiento universal caracteriza toda la existencia se puede decir que hay rasgos comunes entre el movimiento de la materia (de la naturaleza), el movimiento de la sociedad humana, y el movimiento de nuestros conocimientos (de la ciencia, del espíritu humano). En efecto, la dialéctica de Marx y Engels pretende reunir estos trazos comunes del movimiento universal.

La dialéctica, o lógica del movimiento, se manifiesta a tres niveles:

– La dialéctica de la naturaleza, dialéctica completamente objetiva, es decir, independiente de la existencia, de los proyectos, de las intenciones o de las motivaciones del hombre y que no afecta directamente a la historia de los hombres. Esto no excluye que con el desarrollo de las fuerzas productivas, la humanidad pueda utilizar leyes de la naturaleza para remodelar su medio natural;

– la dialéctica de la historia, dialéctica ampliamente objetiva en un principio, pero en la que constituyó un cambio revolucionario la irrupción del proyecto del proletariado de reconstruir la sociedad según un programa preestablecido, aunque la elaboración y la realización de este proyecto están ligados a condiciones materiales, objetivas, preexistentes, independientes de la voluntad de los hombres;

– la dialéctica del conocimiento (del pensamiento humano) que es la dialéctica objeto-sujeto por excelencia, el resultado de una interacción constante entre los objetos a conocer (los objetos de cada una de las ciencias) y la acción de los sujetos que tratan de conocerlos, y que están condicionados por su situación social, los medios de investigación heredados –tanto medios de trabajo como conceptos–. la transformación de estos medios por la acción social cotidiana, etc.

En la medida en que el descubrimiento de la dialéctica objetiva fue en sí mismo una fase de la historia de los conocimientos y del pensamiento humanos (la dialéctica fue elaborada primeramente por filósofos griegos como Heráclito. después retomada por Spinoza y perfeccionada por Hegel) se podría caer en la tentación de referir toda la dialéctica a la dialéctica objeto-sujeto. Esto sería un error

Es claro que todo lo que sabemos, comprendido lo que concierne a la dialéctica de la naturaleza, lo sabemos por intermedio de nuestro cerebro de nuestras ideas, de nuestra praxis social, determinadas por nuestras condiciones de existencia social Pero este hecho evidente no impide en absoluto que podamos saber –y verificar y ver confirmado por múltiples pruebas prácticas– que la vida es más vieja que el pensamiento humano; que el universo es más viejo que la tierra; que todo este movimiento es independiente de la acción y de la existencia del hombre; que el mismo pensamiento humano es producto de este movimiento: el pensamiento es la materia que por si misma adquiere conocimientos. Este es el sentido preciso que tiene la noción: “dialéctica materialista”.

Mejor: en tanto que nuestros conocimientos se perfeccionan y van haciéndose cada vez más científicos; en tanto que el conocimiento se aproxima a la realidad (una identidad *total* del conocimiento y la realidad es imposible, especialmente a partir del hecho de que ésta está en cambio perpetuo), su paso va a seguir cada vez más el movimiento objetivo de la materia.

La dialéctica de nuestro pensamiento científico, la dialéctica materialista puede aprehender lo real, justamente porque su propio movimiento corresponde cada vez más al movimiento de la materia, especialmente gracias a la práctica social que expresa una dominación creciente de las fuerzas de la naturaleza, porque las leyes del conocimiento y de la aprehensión espiritual de lo real corresponden cada vez más a las leyes que gobiernan el movimiento universal de la realidad objetiva.

Es necesario precisar una diferencia importante entre el desarrollo de las ciencias naturales y el desarrollo de las ciencias sociales, de los conocimientos que se refieren a todo lo que tiene la vida social como objeto de investigación, comprendiendo en ello nuestros conocimientos sobre los orígenes y la dialéctica del desarrollo de todas las ciencias, incluidas las ciencias naturales.

El desarrollo de las ciencias naturales está también determinado social e históricamente. Los hombres, incluso los genios más intrépidos, no pueden plantearse y no pueden resolver nada más que un cierto número de problemas científicos en cada época. Son tributarios de las ideas y de la educación recibidas. Las nuevas problemáticas nacen en este contexto, en relación con las transformaciones materiales, especialmente de las del trabajo, de los instrumentos de trabajo, de los instrumentos de investigación científica, etc.

Pero se trata de una determinación *indirecta*, no mediatizada de un modo inmediato por intereses materiales de clase. No se pueden contrastar teorías científicas que reposen sobre pruebas experimentales, refiriéndonos al origen social o posiciones políticas de los sabios que las hayan formulado. No se las puede constatar sino en relación con otras teorías científicas experimentalmente comprobadas y que den mejor cuenta de una realidad más compleja.

De un modo diferente sucede en las ciencias sociales, que se ocuparon pronto de la organización y estructura de la sociedad de clases. El peso de las “ideas recibidas y heredadas” es tanto mayor cuanto que estas ideas no son sino la expresión en el plano ideológico, de *intereses*, ya sean de conservación social, ya sean de revolución social, intereses que se refieren, en definitiva, a posiciones de clase antagónicas.

Sin querer transformar los filósofos, los historiado res, los economistas, los sociólogos, los antropólogos, en “agentes” deliberados de esta o aquella clase social, empeñados en una “conspiración” ya sea para defender el orden establecido o para “organizar la subversión”, es evidente que la determinación social del desarrollo de las ciencias sociales es mucho más directa e inmediata que en las ciencias naturales. Además, el objeto de las ciencias sociales está por la fuerza de las cosas, *inmediatamente* determinado por la estructura y la historia de las sociedades a las que se refieren los hechos, lo que no sucede en el caso de las ciencias naturales.

3. Dialéctica y lógica formal

La dialéctica, o lógica del movimiento, se distingue de la lógica formal o lógica de la estática. La lógica formal está fundada en tres leyes fundamentales:

a) La ley de la identidad: A es igual a A; una cosa permanece igual a sí misma.

b) Ley de la contradicción. A es diferente a no-A; A no puede ser igual a no A

c) La ley de exclusión del tercero: o bien A. o bien no-A; nada puede ser ni A ni no-A

Un momento de reflexión permite concluir que lo que caracteriza a la lógica formal es el intento de detener el movimiento, el cambio, entre paréntesis. Todas las leyes que acabamos de enumerar son verdaderas, *en tanto que se haga, abstracción del movimiento*. A permanece igual a sí mismo, por tanto no cambia. A es diferente de no-A, por lo tanto, no se transforma en su contrario. Existe o bien A o bien no-A, por lo tanto, no hay un movimiento que combine A con no-A, etcétera. Ante hechos como la *transformación* de la crisálida en mariposa y del adolescente en adulto, la ”ley de la identidad” se revela como manifiestamente insuficiente.

El hecho de hacer abstracción del movimiento, de la transformación, de los cambios es útil desde dos puntos de vista. Primero para poder estudiar los fenómenos de manera aislada y continua, lo que permite sin duda alguna profundizar en nuestros conocimientos de estos fenómenos. Después, desde un punto de vista práctico, cuando los cambios que se producen son de naturaleza infinitesimal y pueden ser efectivamente descuidados por los interesados.

Si compro un kilo de azúcar envasado en la tienda de ultramarinos, la igualdad establecida por la balanza, un kilo de azúcar = un kilo, es válida para mí, teniendo en cuenta el fin práctico de la compra. En efecto, para poder azucarar mi café, lo que no entra en el presupuesto de la casa, poco puede importarme que el peso real de tal paquete sea en realidad no un kilo sino sólo 999 gramos. Otra cosa sería si el peso de ese paquete fuera de 900 gramos, no siendo la causa de esa diferencia lo .que ha causado la humedad del aire. Diferencias tan pequeñas pueden ser válidamente descuidadas desde un punto de vista práctico.

Por esto, la lógica formal continúa usándose tanto en teoría como en la práctica. Por esto, la dialéctica materialista no “recusa” la lógica formal, sino que la integra, la considera como un instrumento de análisis y de conocimiento válido: pero válido a condición de que se establezcan sus límites: que se comprenda que es inaplicable a los fenómenos de movimiento, a los procesos de cambio. Desde el momento en que se está en presencia de tales fenómenos, el recurso a las categorías de la dialéctica, de la lógica del movimiento, categorías diferentes a las de la lógica formal, se impone.

4. El movimiento, función de la contradicción

El movimiento es, por su naturaleza, un tránsito, un paso. Desde un punto de vista estático, un objeto no puede estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo (sería necesario que el movimiento fuese infinitamente corto). Desde un punto de vista dinámico, el movimiento de un objeto es precisamente *su paso de un punto a otro*.

La dialéctica, o lógica del movimiento, estudia por ello las leyes del movimiento y las formas que adopta. Lo examinaremos bajo dos aspectos: el movimiento, función de la contradicción; el movimiento, función de la totalidad.

Todo movimiento está siempre causado. La causalidad es una de las categorías fundamentales de la dialéctica, como lo es de cualquier ciencia. Negar la causalidad es, en definitiva, negar la posibilidad del conocimiento.

La causa última de todo movimiento, de todo cambio son las contradicciones internas del objeto cambiante. Todo objeto, todo fenómeno, cambia, bulle, se modifica, se transforma, en último término bajo el efecto de sus contradicciones internas, y de las contradicciones que surgen de sus relaciones con otros fenómenos (contradicciones) del “sistema” de objetos. En este sentido se ha llamado con frecuencia, y a justo título, ciencia de las contradicciones a la dialéctica. Lógica del movimiento y lógica de las contradicciones son dos definiciones prácticamente idénticas de la dialéctica

El análisis de cualquier objeto, de cualquier fenómeno o de cualquier conjunto de fenómenos debe permitir, en consecuencia, determinar cuáles son los elementos constitutivos de contradicción y cuáles suponen el movimiento, la dinámica desencadenada por estas contradicciones.

Así, a lo largo de nuestra exposición, hemos indicado hasta qué punto la lucha de clases resultante de la existencia, en el seno de la sociedad, de clases sociales antagónicas, gobierna el movimiento de la historia de las sociedades que están divididas en clases. De un modo más amplio, englobando a la vez la sociedad primitiva sin clases, la sociedad dividida en clases y la sociedad socialista futura, podemos decir que las contradicciones entre el nivel alcanzado, en ciertas épocas, por el desarrollo de las fuerzas productivas (el grado de dominación del hombre sobre la naturaleza) y las relaciones de producción nacida en último término de niveles de desarrollo *anteriores* a estas mismas fuerzas productivas, gobierna toda la evolución de la humanidad. Simplificando, y esquematizando de manera excesiva, podemos indicar las siguientes leyes del movimiento, o las formas principales que adopta, y que proporcionan categorías fundamentales de la lógica dialéctica, o lógica del movimiento:

a) *La unidad, la interpenetración y la lucha de los contrarios*.– Quien habla de movimiento habla de contradicción. Quien habla de contradicción habla de coexistencia de elementos opuestos unos a otros, a la vez coexistencia y lucha entre estos elementos. Sin homogeneidad integral, ausencia total de elementos que se opongan unos a otros, no hay contradicción, no hay movimiento, no hay vida, no hay existencia. La existencia está constituida por la unidad, la interpenetración y la lucha de elementos contrarios, es decir, por el movimiento. La existencia de los elementos contradictorios incluye su coexistencia en una totalidad estructurada, en un conjunto en el que cada uno de estos elementos tiene su lugar, y la lucha de estos elementos para romper este conjunto. El capitalismo no es posible sin la existencia *simultánea* del capital y del trabajo asalariado, de la burguesía y del proletariado. Una cosa no puede existir sin la otra. Pero esto no significa en absoluto que una cosa no trate de rechazar la otra, y que el proletariado no trate de suprimir el capital y el régimen salarial, intentando superar el capitalismo.

b) *Cambios cuantitativos y cambios cualitativos*.– El movimiento toma la forma de cambios manteniendo las estructuras (o la cualidad) de los fenómenos. Hablaremos en este caso de un cambio cuantitativo a menudo imperceptible. A partir de un “límite” determinado, el cambio cuantitativo se transforma en cambio cualitativo. A partir de este “limite” el cambio, en lugar de ser gradual, se efectúa por “saltos”, una nueva “cualidad” aparece. Una pequeña villa puede transformarse gradualmente en gran ciudad, en un pueblo, y aún en una pequeña ciudad. Pero entre un pueblo y una villa

no hay tan sólo una diferencia de cantidad (cantidad de habitantes, de espacio construido, etc.). Hay también una diferencia de cualidad. La actividad profesional de la mayoría de sus habitantes se ha modificado. En lugar del agricultor son obreros y empleados quienes prevalecen. Ha nacido un nuevo medio social, planteando problemas sociales que no existían en absoluto en el pueblo; por ejemplo, el de los transportes comunitarios. Aparecen nuevas clases sociales, con nuevas contradicciones entre ellas.

c) *Negación y superación*.– Todo movimiento tiene tendencia a producir la negación de algunos de sus fenómenos, a transformar los objetos en su contrario. La vida produce la muerte. El calor no se comprende nada más que en función del frío. La sociedad sin clases produce la sociedad dividida en clases, que a su vez produce una nueva sociedad sin clases. Pero es necesario distinguir la negación "pura" y la "negación de la negación", es decir, la superación de la contradicción a un nivel superior, que implica a la vez una negación, una conservación y una elevación a un nivel superior. La sociedad primitiva sin clases tenía un alto nivel de cohesión interna, precisamente en función de su pobreza, de su subordinación casi total a las fuerzas de la naturaleza. La sociedad dividida en clases es una etapa de la dominación superior del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, pagada al precio de una contradicción, de un desgarramiento más profundo de la organización social.

En la sociedad socialista futura, esta negación será superada. Una forma aún más elevada de dominio del hombre sobre la naturaleza se combinará con una forma igualmente elevada de cohesión social y de cooperación, gracias a la existencia de una sociedad sin clases.

5. Algunos problemas suplementarios de la dialéctica del conocimiento

a) *Contenido y forma*.– Todo movimiento toma, por fuerza, formas sucesivas, que pueden variar según un gran número de circunstancias. No puede deshacerse automáticamente de cualquier forma que haya sido previamente adaptada. Esta resistencia debe romperse. La forma debe corresponder al contenido, y le corresponde hasta un cierto punto. La naturaleza más congelada se opone a cualquier correspondencia absoluta y permanente, al movimiento, que es la oposición completa de todo lo que está congelado, quieto.

b) *Causas y efectos*.– Todo movimiento se presenta como una cadena en la que se entremezclan causas y efectos. A primera vista, una interacción absoluta los mezcla. La causa del régimen salarial es la apropiación privada de los medios de producción que han pasado a ser monopolio de una clase social. Pero este monopolio se mantiene como efecto del régimen salarial. Los salarios no permiten la adquisición de los medios de producción por los obreros. El régimen salarial produce una plusvalía, apropiada por el capitalista, que se transforma precisamente en propiedad burguesa de los medios de producción suplementarios.

Para no perderse en este embrollo, y no caer en un eclecticismo soso y estéril, es necesario aplicar el método genérico, es decir, buscar el origen histórico del movimiento en cuestión. Encontraremos de este modo que el capital y la plusvalía son efectivamente anteriores al régimen salarial; que han nacido fuera de la esfera de la producción; que hay una acumulación primitiva del capital, que rompe el círculo, aparentemente cerrado, de las causas y efectos régimen salarial-capital-régimen salarial.

c) *Lo general y lo particular*.– Cada movimiento, cada fenómeno, tiene características propias que le son particulares, Al tiempo, cada movimiento, cada fenómeno, a pesar de estas particularidades específicas, no puede comprenderse, comprenderse y explicarse, nada más que en el cuadro de conjuntos más largos y más generales. El capitalismo británico del siglo XIX no es idéntico ni al capitalismo británico de la segunda mitad del siglo XX, ni al capitalismo americano de hoy en día. Cada uno de ellos representa una formación social particular, con una inserción particular en una economía mundial que tanto ha cambiado en el espacio de un siglo. No obstante, ni el capitalismo británico de la época victoriana, ni el capitalismo británico decadente de hoy en día, ni el capitalismo americano contemporáneo pueden comprenderse fuera de las leyes generales de desarrollo que marcan el capitalismo en general. La dialéctica del “general” y del “particular” no se conforma con “combinar” el análisis del “general” y del “particular”. También se esfuerza en explicar el particular en función de leyes generales, en modificar las leyes generales en función del juego de un cierto número de factores particulares.

d) *Lo relativo y lo absoluto*.– Comprender el movimiento, el cambio universal es comprender la existencia de una infinidad de situaciones transitorias, ”el movimiento es la unidad de la continuidad y de la discontinuidad” (Hegel). Por eso es que una de las características fundamentales de la dialéctica es la comprensión de la relatividad de las

cosas, es el rechazo a erigir barreras absolutas entre las categorías, es la búsqueda de mediaciones entre los elementos opuestos. La evolución universal implica que hay fenómenos híbridos, situaciones y casos de "transición", entre la vida y la muerte, entre las especies animales y las vegetales, entre los pájaros y los mamíferos, entre los monos y el hombre, que convierten en relativas las distinciones entre todas estas categorías.

Sin embargo, la dialéctica ha sido usada muchas veces de manera subjetivista, como "arte de confundir" o "arte de defender paradojas". La diferencia entre la dialéctica científica, instrumento de conocimiento de lo real, y la dialéctica subjetivista o sofistica, consiste especialmente en que la relatividad de los fenómenos y de las categorías es algo absoluto para los sofistas. Olvidan (o fingen olvidar) que la relatividad de las categorías no es nada más que una relatividad parcial y no una relatividad absoluta, y que por ello *es necesario, a su vez, relativizar la relatividad*.

La diferencia "absoluta" entre la vida y la muerte está afectada por la existencia de situaciones transitorias, que componen la dialéctica científica. Todo es relativo, incluso la diferencia entre la vida y la muerte no es tan sólo algo relativo, sino incluso inexistente, afirma el sofista. No, responde el dialéctico: hay algo de absoluto, y no solamente algo de relativo, en la diferencia entre la vida y la muerte.

Del hecho incontestable de que hay múltiples etapas intermedias, no se puede deducir la conclusión absurda de negar que la muerte constituye la negación de la vida.

6. El movimiento, función de la totalidad. Lo abstracto y lo concreto

Hemos visto que todo fenómeno está siempre en función de las contradicciones internas del fenómeno o del conjunto de fenómenos considerados. Cada fenómeno –ya sea un célula viva, un medio natural en el que cohabitan diversas especies, una sociedad humana, un sistema interplanetario, un átomo– comporta, sin embargo, una infinidad de aspectos, de componentes, de elementos constitutivos. Estos elementos no están aglomerados unos con otros de manera fortuita y modificada constantemente. Constituyen *conjuntos estructurados,* una *totalidad* construida siguiendo leyes determinadas.

Así, en el seno de la sociedad burguesa las relaciones mutuas y antagónicas entre el Capital y el Trabajo no son de ningún modo fortuitas. Están determinadas por la obligación económica en la que se encuentra el asalariado de vender su fuerza de trabajo al capitalista, que detenta los medios de producción y de subsistencia, bajo la forma de mercancías. Relaciones mutuas cualitativamente diferentes a las que se producen en otras sociedades basadas en la explotación, pero que no son sociedades capitalistas.

La dialéctica materialista debe abordar cada fenómeno, cada objeto de análisis y de conocimiento, no sólo para determinar las contradicciones internas que determinan su evolución (sus “leyes de desarrollo”). Debe esforzarse en abordar el fenómeno de manera global, comprenderlo bajo *todos* sus aspectos, considerarlo en su totalidad, evitar toda aproximación unilateral, que aísle de una manera arbitraria algún aspecto particular de la realidad, que suprima no menos arbitrariamente algún aspecto, y que de esta manera se revela como incapaz de comprender las *contradicciones en su conjunto* y, en consecuencia, de comprender el *movimiento en su totalidad*.

Esta capacidad de la dialéctica para integrar en su análisis el método “universalista” (*Allseitigkeit*, decía Lenin en alemán y en ruso) es uno de sus méritos principales.

“Lógica del movimiento”, “lógica de la contradicción” y “lógica de la totalidad” son conceptos prácticamente sinónimos. Es cerrando los ojos ante ciertos elementos contradictorios de lo real, que aparecen como “demasiado complejos”, como pensadores no dialécticos van de lo total a lo parcial, evacuando a la vez la contradicción y la totalidad.

Evidentemente, una cierta simplificación, una cierta “reducción” de la “totalidad” a sus elementos constitutivos *decisivos*, es inevitable como *primera tarea de aproximación* en cualquier análisis científico. Sin este trabajo de abstracción, el análisis del fenómeno en su movimiento y con sus contradicciones es imposible. Cualquier “explicación” que permanezca aferrada a los *fenómenos aparentes* es de antemano descripción y no explicación científica real de la esencia de estos fenómenos. Por ejemplo, los precios son fenómenos aparentes; el valor, el trabajo social es la esencia.

Pero hace falta que no se olvide el que este proceso de abstracción inevitable empobrece lo real. Cuanto más nos aproximamos a lo real, más lo hacemos a una totalidad rica en una infinidad de aspectos, que el análisis científico, el conocimiento, deben explicar en sus relaciones recíprocas, y en sus relaciones contradictorias: “La verdad es siempre concreta” (Lenin) “Lo verdadero es la totalidad” (Hegel). La totalidad es el *conjunto* de la esencia, de sus apariencias y de las mediaciones que explican por qué la esencia se manifiesta en estas apariencias precisas y no en otras.

7. Teoría y práctica

La dialéctica es un instrumento del conocimiento. Históricamente se puede definir la dialéctica materialista como la teoría del conocimiento del proletariado (lo que no disminuye en nada su carácter objetivamente científico y que necesita de una verificación constante, rigurosamente objetiva y sin prevenciones ni prejuicios anteriores, en el terreno científico). Toda teoría del conocimiento está sometida a una prueba implacable: la prueba de la práctica.

En último análisis, el mismo conocimiento no es un fenómeno desligado de la vida y de los intereses de los hombres. Es un arma para la conservación de la especie, un arma para permitir a los hombres el dominio de las fuerzas de la naturaleza, un arma para comprender (después) los orígenes de la “cuestión social” y los medios para resolverla. *El conocimiento ha nacido de la práctica social del hombre; tiene por función perfeccionar esta práctica*. Su eficacia se mide en último término por sus efectos prácticos. La verificación práctica es la mejor arma, definitiva, contra sofistas y escépticos.

Esto no quiere decir que la teoría se anule en un pragmatismo soso y de cortedad de miras. A menudo, la eficacia práctica, el carácter “verdadero” o “falso” de una hipótesis científica, no aparece inmediatamente. Hace falta tiempo, retrocesos, nuevas experiencias, una serie de “pruebas prácticas” sucesivas, antes que el carácter científico de una teoría se imponga efectivamente en la práctica. Prisioneros de las apariencias, de una apreciación parcial y superficial de lo real, de una apreciación temporal del proceso histórico (que está a su vez determinada en última instancia por la ideología de las clases o capas sociales no revolucionarias) numerosos hombres y mujeres pueden dudar, a pesar de las mejores intenciones y

convicciones socialistas, del carácter burgués de la democracia parlamentaria, de la necesidad de la dictadura del proletariado, de la necesidad de la victoria de la revolución internacional a pesar de las mejores intenciones y convicciones socia-dad realmente socialista en la U.R.S.S. o en cualquier otro país.

Pero a fin de cuentas, los hechos acaban por confirmar qué teoría ha sido realmente científica, es decir, capaz de comprender lo real en todas sus contradicciones, en todos sus movimientos de conjunto, y qué hipótesis han sido falseadas, es decir, capaces tan sólo de comprender partes de la realidad, aislándolas de la totalidad estructurada, y por ello incapaces de comprender el movimiento a largo plazo en su dialéctica fundamental. La victoria de la revolución social mundial, el advenimiento de una sociedad sin clases confirmarán en la práctica la validez de la teoría marxista revolucionaria.

Bibliografía del capítulo 16

F. Engels: *Ludwig Feuerbach, y el fin de la filosofía clásica alemana – Anti-Dühring, primera parte*
V. I. Lenin: *Cuadernos sobre la dialéctica*
Henri Lefébvre: *Lógica formal, lógica dialéctica*
G. Plejanov: *Cuestiones fundamentales del marxismo*
G. Novack: *Una introducción a la lógica del marxismo*
N. Bujarin: *El materialismo histórico*
G. Lukács: *Historia y conciencia de clase* (dos primeros capítulos)

XVII EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Pensamos, para acabar, formular de manera lo más sistemática posible las tesis fundamentales del materialismo histórico que ya han sido bosquejadas brevemente en los primeros capítulos de este pequeño libro.

1. Producción y comunicaciones humanas

El hombre ha llegado a ser un animal particular, por sus cualidades, y por sus deficiencias físicas. La posibilidad de permanecer erguido; la mano con el pulgar libre y flexible; los ojos que permiten la visión estereoscópica; la lengua, la garganta y las cuerdas bucales que permiten una articulación de sonidos entrecortados y combinados; el lóbulo frontal del cerebro, las circunvoluciones cerebrales y el desarrollo craneano y la reducción de la frente que permiten esos desarrollos; todas estas cualidades físicas son indispensables para la fabricación de útiles y se perfeccionan a medida que los útiles y el trabajo productivos se perfeccionan.

Pero, por otra parte, la mayoría de los sentidos y de los órganos humanos están menos desarrollados que los de las especies animales súper especializadas. Forzado, sin duda, por un cambio de clima, a descender de los árboles, a vivir en la sabana de una alimentación variada, el hombre primitivo no podía defenderse de los carnívoros ni corriendo como el antílope, ni trepando como el chimpancé, ni volando como el pájaro, ni confiándose en su fuerza física como el gorila o el búfalo, ni gracias a una armadura como la del rinoceronte. Ni tan siquiera podía apoderarse del alimento más atractivo, los innumerables rumiantes que vivía; con él en la sabana. Y, sobre todo, el recién nacido humano era particularmente vulnerable e impotente con los instintos especialmente subdesarrollados. Verdadero embrión extrauterino depende totalmente de la madre (la postura erguida, que ha reducido el vientre de las mujeres, ha contribuido sin duda a este carácter prematuro del parto en los humanos).

En esta combinación de cualidades y de insuficiencias está anclada la posibilidad y la necesidad de la *organización social*. El hombre no puede ni sobrevivir individualmente, ni asegurar su subsistencia fuera de un régimen de cooperación con los demás miembros de su especie. Sus órganos físicos demasiado poco desarrollados no le permiten apropiarse directamente de sus víveres.

Debe producirlos colectivamente con la ayuda de *útiles* que prolonguen y perfeccionen estos órganos. La acción común de un grupo humano es lo que asegura esa producción. Los niños se integran en el grupo gracias a su *socialización progresiva*, aprendiendo las reglas y la técnica de la supervivencia como miembros del grupo.

La organización social de los hombres y la socialización de los niños presupone formas de comunicación superiores cualitativamente a las que se conocen entre otras especies de animales. Estas formas superiores de lenguaje, relacionadas con el desarrollo del cerebro permiten el desarrollo de la capacidad de abstracción, y de aprendizaje, es decir, la conservación y la transmisión de experiencias. Permiten la producción de conceptos, del pensamiento, de la conciencia. En este sentido, las diferentes características del hombre –nuestra "calidad antropológica"– están estrechamente ligadas unas con otras. Porque es un "mono que anda erguido", porque después de su nacimiento es como un "embrión extrauterino", el hombre debe hacerse fabricante de útiles, un animal social que desarrolla el lenguaje. almacenando las impresiones y las imágenes sucesivas, capaz de utilizarlas con fines de abstracción, capaz de reflexión, de imaginación y de invención.

La interacción, la combinación de estas características, es decisiva. Hay monos homínidos que utilizan útiles y que pueden incluso superar en ocasiones el umbral de su fabricación rudimentaria. Hay numerosas especies que conocen formas rudimentarias de cooperación colectiva. Y no menos que conocen formas rudimentarias de comunicación. Pero sólo la especie humana es capaz de fabricar útiles de manera deliberada, para que vayan siendo cada vez más perfeccionados, después de haber sido concebidos como tales de manera consciente sobre la base de la experiencia progresiva, transmitida gracias a comunicaciones cada vez más numerosas y perfeccionadas. El útil permite liberar la boca, lo que, al perfeccionar el lenguaje y la capacidad de abstracción, permite mejorar el útil. La mano libera el cerebro que perfeccionando el empleo de la mano crea las condiciones de su propio perfeccionamiento.

Si bien la transformación de los primates homínidos en hombres está condicionada por la existencia de una infraestructura anatómica y neurológica, ésta no se reduce en absoluto a esta infraestructura. La dialéctica "producción/comunicación" crea la posibilidad de un *desarrollo* ilimitado de la fabricación de útiles y, en consecuencia, de la producción humana, de un desarrollo ilimitado de experiencias y del aprendizaje

humano, y por ello de una *plasticidad* y una adaptabilidad prácticamente ilimitadas en el género humano. *La sociedad y la cultura material del hombre llegan a ser su segunda naturaleza.*

Por ello es absurdo proclamar que tal o cual institución social (la propiedad privada, la ausencia de propiedad privada) es “contraria a la naturaleza humana”. El hombre ha vivido y puede vivir en las condiciones más diversas. Ninguna de estas instituciones se ha revelado como inmutable o precondición absoluta para la supervivencia del hombre. Afirmar que “el instinto agresivo” domina la evolución humana, es confundir la existencia de una *tendencia* (que coexiste además con su negación, el instinto de sociabilidad y de cooperación) y su *realización*. La prehistoria y la historia confirman que hay instituciones y condiciones sociales que permiten contener y rechazar esa tendencia, al tiempo que hay otras que favorecen, de un modo contrario, su manifestación más y más exorbitante.

La dialéctica “producción/comunicación” domina por completo la condición humana. todo cuanto el hombre hace, “pasa por su cabeza”. La producción humana se distingue de la apropiación animal del alimento especialmente por el hecho de que no es una actividad instintiva. Constituye generalmente la realización de un “proyecto” que en un principio vive en su cabeza. Pero este “proyecto” no cae del cielo. No es sino la reproducción o recomposición por el cerebro del hombre de elementos y de problemas, de unas actividades indispensables para su supervivencia, que han sido mil veces experimentados y registrados por este cerebro en base de la práctica vivida. El materialismo histórico es la ciencia de las sociedades humanas, que trata de dar cuenta de esta dialéctica “producción/ comunicación humanas” y de explicarla.

2. Base y superestructura sociales

Para sobrevivir, cualquier sociedad humana debe producir. La producción de subsistencias –en sentido amplio o estricto del término, es decir, la satisfacción de necesidades de consumo– y de los instrumentos y materiales de trabajo necesarios para esta producción, es la condición previa a cualquier organización o actividad social compleja.

El materialismo histórico afirma que la manera como los hombres organicen su producción material constituye la base de toda organización social. Esta base determina a su vez todas las otras actividades sociales, a

saber, la administración de las relaciones entre los grupos humanos (especialmente la aparición y desarrollo del Estado), la producción espiritual, el derecho, la moral, la religión, etc. Estas actividades llamadas superestructura social permanecen siempre de un modo u otro, ligadas a la base.

Esta idea ha chocado a mucha gente, y continúa chocándoles. ¿Por qué los Evangelios, la poesía de Homero, el Corán, los principios de derecho romano, el teatro de Shakespeare, la pintura de Miguel Ángel, la *Declaración de los Derechos del Hombre,* e incluso el Manifiesto Comunista han de depender del modo cómo los contemporáneos trabajaran sus campos y tejieran sus paños? Para comprender la tesis del materialismo histórico hace falta empezar por formularla de una manera exacta.

El materialismo histórico no afirma de ningún modo que la producción material ("el factor económico") determine directamente e inmediatamente el contenido y la forma de todas las actividades llamadas de superestructura. La base social que no es la actividad productiva en tanto que tal, es menos aún "la producción material" tomada aisladamente. Son las relaciones sociales que los hombres establecen en la producción de su vida material. El materialismo histórico, hablando con propiedad, no es un determinismo económico sino más bien un determinismo socio-económico.

Por tanto, las actividades a nivel de superestructura no se derivan directamente de estas relaciones sociales de producción. No están determinadas por ellas nada más que en última instancia. Entre los dos niveles de actividad social se intercalan una serie de mediaciones, que examinaremos brevemente en la subsección 3 de este capítulo.

Finalmente, si la base social determina en último término los fenómenos y actividades a nivel de superestructura, éstos pueden a su vez luchar contra ella. Una ilustración será suficiente. El Estado ha tenido siempre una precisa naturaleza de clase, correspondiendo a una base socioeconómica determinada. Pero él puede A su vez modificar esa base. El Estado de la monarquía absoluta (siglos XVI-XVIII en Europa), salvando durante varios siglos la nobleza feudal de una ruina económica segura con punciones sobre las rentas de otras clases sociales, ha estimulado extremadamente la sustitución del modo de producción feudal por el modo de producción capitalista desarrollando el mercantilismo, el colonialismo, el estímulo a las manufacturas, el sistema monetario nacional, etc.

El hecho de que las actividades a nivel de la superestructura estén determinadas en último término por la base social puede ser explicado con varias razones. Los que controlan la producción material y el sobre-producto social controlan también a aquellos que viven del sobreproducto social. Que ideólogos, artistas y sabios acepten esta dependencia o se rebelen contra ella no deja de fijar el cuadro de su actividad. Las relaciones sociales de producción entrañan consecuencias en lo que se refiere a las formas de actividad en la esfera de la superestructura, lo que también es un condicionamiento. Las relaciones de producción van acompañadas de formas de comunicación predominantes en cada tipo de sociedad, lo que entraña la aparición de estructuras mentales predominantes que condicionan las formas del pensamiento y de creación artística, etc.

3. Producción material y producción espiritual

La dialéctica base/superestructura sociales nos remite a las relaciones entre la producción material y la producción espiritual. Un examen más profundo de estas relaciones permite comprender mejor la complejidad de esta dialéctica. Permite también subrayar la importancia del elemento activo en esta dialéctica, elemento que será tratado al final del Capítulo.

El materialismo histórico afirma que las relaciones de producción constituyen la base de toda sociedad, sobre la que se eleva la superestructura social. En efecto, a estos niveles conciernen *dos formas de actividad social* diferentes. La producción material es el objeto fundamental de las actividades en el nivel de la base social. La producción ideológica (filosófica, religiosa, jurídica, política, etc.) artística y científica es el objeto fundamental de las actividades en el nivel de la superestructura social. Ciertamente, ésta engloba también las actividades del aparato del Estado que están lejos de reducirse tan sólo al dominio ideológico (el problema del Estado ha sido tratado en el capítulo III). Pero a parte de esta excepción, la distinción introducida parece pertinente.

El materialismo histórico se esfuerza por *explicar* la evolución de cada una de las dos esferas, su interdependencia y sus relaciones recíprocas. Esta explicación combina cuatro niveles de determinación:

a) Toda producción espiritual está relacionada de un modo u otro con el proceso de trabajo material. Opera siempre con una infraestructura material propia. Ciertas artes son emanación directa del trabajo material (función mágica de la pintura primitiva; orígenes de la danza en la formalización de gestos productivos; integración de cantos en la producción, etc.). Las revoluciones tecnológicas influyen profundamente en el arte, la ciencia, la producción ideológica. Ciencias como la geometría, la astronomía, la hidrografía, la biología, la química han nacido en correlación íntima con la agricultura de regadío, el desarrollo de la cría de animales y la metalurgia incipiente. La técnica de imprimir en el siglo XVI, la radio-televisión en el siglo XX, han condicionado no sólo la difusión sino incluso la forma de las ideas, así como algunos de sus contenidos. La influencia de las máquinas electrónicas sobre el desarrollo de la ciencia en el curso de los últimos años es evidente.

b) Toda producción espiritual evoluciona de acuerdo con una dialéctica interna que le es propia a su historia. Cualquier filósofo, cualquier jurista, cualquier sacerdote, cualquier sabio comienza por ser estudiante. A través de sus estudios, asimila más o menos conceptos (o sistemas de conceptos) que han sido producidos anteriormente y transmitidos como tales a la generación presente. Los productores espirituales conservan, modifican, adaptan o transforman estos conceptos o hipótesis de trabajo siguiendo procedimientos de producción que toman prestados o que inventan en el marco de la dialéctica propia de su actividad. Cada nueva generación se esfuerza en conservar, profundizar, o en transformar respuestas a interrogantes surgidos de la materia a tratar. Puede descubrir, en ocasiones, nuevas interrogantes (que desde ese momento reclamarán respuestas “revolucionarias”: así surgen las revoluciones científicas, artísticas, filosóficas, etcétera). Puede, la nueva generación de productores espirituales, redescubrir interrogantes descartados por varias generaciones anteriores.

c) Pero estas modificaciones en el tratamiento de los conceptos ideológicos, de las formas artísticas, de las hipótesis de trabajo científico, no se hacen de un modo arbitrario, ni en cualesquiera condiciones socio-históricas. Están condicionadas, suscitadas o, al menos, permitidas por un contexto y por unas necesidades socioeconómicas. El paso del animismo al monoteísmo no se realizó en el seno de pequeñas comunidades primitivas limitadas a la recogida de frutos y a la caza. El concepto revolucionario del derecho privado no surgió con anterioridad a la

institución social de la propiedad privada. La teoría científica del valor-trabajo no ha podido perfeccionarse antes del advenimiento del capitalismo moderno. El desarrollo de la física mecánica está muy estrechamente ligado al de las máquinas.

Las grandes transformaciones en la producción espiritual están además ligadas a *estructuras mentales particulares*, predeterminadas por las estructuras sociales. No es una casualidad que todas las grandes tentativas de revolución política y social de los siglos XIII al XVII se hayan expresado bajo la forma ideológica de luchas religiosas, dada la primacía que la religión había adquirido en la superestructura de la sociedad feudal. Del mismo modo, la ascensión de la burguesía moderna ha creado, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, una estructura mental que transpone la autonomía y la competencia de los propietarios de mercancías en todos los terrenos de la producción espiritual (derecho natural, doctrinas pedagógicas humanistas. filosofía idealista alemana, retratos y naturalezas muertas en la pintura, liberalismo político, economía política clásica liberal, etc.).

d) Finalmente, la evolución de la producción espiritual está determinada en último término por conflictos de interés social. Es un lugar común que los trabajos de los Enciclopedistas, al igual que las polémicas de Voltaire, la filosofía política de Jean Jacques Rousseau o que el análisis de los materialistas del siglo XVIII han sido como balas de cañón utilizadas por la burguesía manufacturera ascendente contra la monarquía absoluta y los restos decrépitos de la sociedad feudal. La función desarrollada por los socialistas llamados utópicos, después por Marx y Engels, para acelerar la toma de conciencia por el proletariado de su naturaleza de clase, de su posición y de sus tareas en relación con la sociedad burguesa, es también evidente. Hoy mismo, la función de la astrología exaltando lo irracional y las doctrinas de “la sangre y el suelo” (*Blut und Boden*), en tanto que armas antiobreras y contrarrevolucionarias, favoreciendo un clima pre-fascista, no puede ponerse en duda.

Estas determinaciones no implican la idea de una “conspiración organizada” entre clases sociales determinadas y productores espirituales en tanto que individuos, ni la idea de una complicidad deliberada por parte de todos estos productores con proyectos políticos determinados. Estas determinaciones reflejan una correlación objetiva que puede ser subjetivamente asumida, que lo es en ocasiones, pero que no tiene que serlo necesariamente.

Los productores espirituales pueden ser instrumentalizados a su vez por fuerzas sociales. Esto no hace nada más que confirmar que es la existencia social lo que determina la conciencia, no tan sólo en el sentido de que ella la condiciona en último análisis, sino también en el sentido de que la existencia asigna a la conciencia una función determinada en la estructura y evolución de una sociedad dada.

4. Fuerzas productivas, relaciones sociales de producción y modos de producción

Cualquier producto fabricado por el hombre es el resultado de la combinación de tres elementos: el *objeto* del trabajo que es, directa o indirectamente una materia prima producida por la naturaleza; el *instrumento* de trabajo, que es un medio de producción más o menos desarrollado y creado por el hombre (desde los primeros garrotes de madera y hachas de piedra tallada hasta las máquinas automáticas más refinadas de hoy en día); el *sujeto* del trabajo, es decir, el trabajador. Como el trabajo es siempre, en última instancia, social y no individual, el sujeto del trabajo está insertado inevitablemente en *las relaciones sociales de producción*.

Aunque el objeto del trabajo y el instrumento de trabajo sean elementos indispensables en toda producción, las relaciones sociales de producción no pueden concebirse de una manera “reificada”, es decir, no deben ser vistas como si se tratara de relaciones entre cosas, o entre hombres y cosas. Las relaciones sociales de producción conciernen a las relaciones entre hombres, y solamente a las *relaciones entre los hombres*. Reúnen el *conjunto* de relaciones que “El conjunto de relaciones”, significa no tan sólo las relaciones en los lugares de trabajo propiamente dichos (“at the point of production”), sino también las relaciones que tienen que ver con la circulación y la repartición de diferentes elementos del producto social que son indispensables para la producción material, especialmente el modo como los objetos e instrumentos de trabajo llegan a los productores inmediatos, la manera como éste obtiene su subsistencia, etc.

A un grado determinado de desarrollo de las fuerzas productivas, a una suma determinada de medios de producción, a una técnica y a una organización determinada del trabajo, corresponden en general relaciones de producción que les son idóneas. En la edad de la piedra tallada, era difícil superar el comunismo primitivo de la horda o de la tribu. La

agricultura de regadío, o la ayuda de útiles de hierro libró un sobre-producto social permanente considerable para la época y que determinó el nacimiento de una sociedad de clases (sociedad esclavista, sociedad de modo de producción asiática, etc.). La agricultura basada en el rastrojo trianual creó los fundamentos materiales de la sociedad feudal. El nacimiento del maquinismo moderno aseguró el desarrollo del capitalismo moderno. Es difícil concebir la automatización generalizada sin que se debilite la producción mercantil y la economía monetaria, es decir, fuera de una sociedad socialista plenamente desarrollada y estabilizada.

Pero si bien es cierto que hay correspondencia *general* entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, hay que afirmar que esta correspondencia no es *ni absoluta ni permanente*. Puede producirse entre desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción una doble desarticulación. Relaciones de producción determinadas pueden convertirse en freno para el desarrollo de las fuerzas productivas: es el signo más claro de que una forma social dada está condenada a desaparecer. Al contrario, nuevas relaciones de producción, que son el resultado de una revolución social victoriosa, pueden resultar adelantadas con relación al grado de desarrollo de las fuerzas productivas de un país determinado. Este fue el caso de la revolución burguesa que resultó victoriosa durante el siglo XVI en los Países Bajos, y de la victoriosa revolución socialista de octubre de 1917 en Rusia.

No es casualidad que estos dos casos de desarticulación coincidan con períodos históricos de transformaciones sociales profundas, con períodos de revoluciones sociales. La desarticulación puede operarse también en el seno de un retroceso secular de las fuerzas productivas, como sucedió en la época de declive del Imperio Romano en Occidente, o en la época de declive del Califato Oriental en el Medio Oriente.

Más bien que concebir su interrelación como una correspondencia mecánica, habría que considerar que es *la dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales*, la que determina en su mayor parte la sucesión de las grandes épocas de la historia humana. Cada modo de producción pasa por fases sucesivas de nacimiento, ascensión, madurez, declive, caída y desaparición. En último término, estas fases dependen de la manera cómo las relaciones de producción, en un principio nuevas, después consolidadas, más tarde en crisis, favorezcan, permitan o entorpezcan el desarrollo de las fuerzas productivas. La articulación entre

esta dialéctica y la lucha de clases es evidente. No es nada más que a través de la acción de una clase social o de varias clases sociales como las relaciones de producción pueden ser, o introducidas o conservadas o derribadas.

Cada formación social, es decir, cada sociedad en un país determinado, en una época determinada, está caracterizada siempre por un conjunto de relaciones de producción. Una formación social sin relaciones de producción sería un país sin trabajo ni producción, es decir, un país sin habitantes ni sociedad. Pero cada conjunto de relaciones sociales de producción no implica necesariamente la existencia de un modo de producción estabilizado, ni la homogeneidad de estas relaciones de producción.

Un modo de producción estabilizado, es un conjunto de relaciones de producción que se reproducen más o menos automáticamente por el mismo funcionamiento de la economía, por el juego normal de la reproducción de las fuerzas productivas, con un papel correlativo más o menos importante de ciertos factores de la superestructura social. Este fue el caso, durante siglos, en numerosos países, del modo de producción asiático, esclavista, feudal, capitalista. Este fue el caso, durante milenios, del modo de producción del comunismo tribal. Un modo de producción es, en este sentido, una estructura que no puede ser modificada fundamentalmente por evolución, adaptación o autorreforma. Su lógica interna no puede superarse nada más que en el caso de que sea trastocado ese modo de producción.

Al contrario, en periodos históricos de transformaciones sociales profundas, se pueden reconocer conjuntos de relaciones de producción que no tienen la naturaleza de un modo de producción estabilizado. Un ejemplo típico es el de la época de predominancia de la pequeña producción mercantil (siglos XV-XVI en los Países Bajos, en Italia del Norte y después en Inglaterra), en la que no prevalecen ni las relaciones entre siervos y señores, ni las de capitalistas y productores asalariados, prevaleciendo las de productores libres que tenían acceso directo a los medios de producción. Lo mismo sucede en lo que respecta a las relaciones de producción características de los Estados obreros burocratizados de hoy en día. Ni en un caso ni en otro se puede descubrir la existencia de un modo de producción estabilizado En todas estas *sociedades con fases de transición*, las relaciones de producción híbridas no son estructuras que se autorreproducen de un modo más o menos

automático. Pueden conducir bien a la restauración de la antigua sociedad, bien al advenimiento de un nuevo modo de producción.

Esta alternativa histórica está obviada por una serie de factores, entre los que sobresale especialmente el desarrollo suficiente o insuficiente de las fuerzas productivas, el resultado de la lucha de clase en un país dado y a escala internacional, el juego de elementos superestructurales y subjetivos (papel del Estado, papel del partido, nivel de combatividad y de conciencia de la clase revolucionaria, etc.).

Por otra parte, incluso cuando existe un modo de producción estabilizado, las relaciones de producción no son necesariamente homogéneas. Incluso no lo son casi nunca. En cada formación social concreta hay siempre una *combinación* entre relaciones de producción características del modo de producción existente, y vestigios no enteramente reabsorbidos de relaciones de producción anteriores y superadas históricamente desde hace tiempo. Por ejemplo, prácticamente todos los países imperialistas conocen aun, en la agricultura, vestigios de la pequeña producción mercantil (pequeños propietarios campesinos que trabajan sin mano de obra asalariada), e incluso vestigios de relaciones de producción feudal (aparcería). En estos casos está justificado hablar de un modo de producción estabilizado cuando la predominancia de relaciones de producción que le son características es tal que las reproduce automáticamente, dominando el conjunto de la vida económica con su lógica interna, con sus leyes de desarrollo.

Un ejemplo característico de relaciones de producción híbridas dominadas por un modo de producción hegemónico es el de las formaciones sociales llamadas del tercer mundo (países subdesarrollados, ver capítulo VII). Codo a codo existen relaciones de producción precapitalistas, semi-capitalistas y capitalistas, *combinadas de manera fija* por la presión de las estructuras imperialistas de la economía internacional. A pesar de la predominancia del Capital, y a pesar de la inserción en el sistema imperialista, las relaciones de producción capitalistas (antes que nada la relación ”trabajo asalariado-capital productivo) no se generalizan en absoluto, si bien existen y se extienden lentamente. Pero este hecho apenas justifica la designación de estas formas sociales como ”países feudales”, ni la hipótesis de la predominancia de las relaciones de producción feudales o semifeudales en su seno, error teórico cometido por numerosos teóricos de inspiración stalinista o maoista.

5. Determinismo histórico y práctica revolucionaria

El materialismo histórico es una doctrina determinista. Su tesis fundamental afirma que es la existencia social lo que determina la conciencia social. La historia de las sociedades humanas se puede explicar y no es fortuita o arbitraria. Su desarrollo no depende de caprichos imprevisibles, ni de mutaciones genéticas, ni de algunos “grandes hombres” o de una multitud atomizada. Se explica en último término por la estructura fundamental de la sociedad de cada época determinada y por las contradicciones esenciales de esta estructura. Desde que la sociedad está dividida en clases, se explica por la lucha de clases.

Pero si bien el materialismo histórico es una doctrina determinista, lo es en el sentido dialéctico y no mecanicista del término. El marxismo excluye el fatalismo. Más exactamente, se opone a cualquier tentativa de transformar el marxismo en un fatalismo o evolucionismo automático, eliminando una dimensión fundamental.

Si bien incluso sus elecciones están predeterminadas por coacciones materiales y sociales, a las que no puede escapar, la Humanidad puede acabar por forjar su propio destino en el marco de estas coacciones. Los hombres hacen su propia historia. Aunque son producto de condiciones materiales determinadas, estas condiciones materiales son a su vez producto de la *práctica social de los hombres.*

Esta superación del viejo idealismo histórico (“las ideas o los grandes hombres, hacen la historia”) y del viejo materialismo mecanicista (“los hombres son producto de las circunstancias”) viene a ser como la partida de nacimiento del marxismo. Está contenida en las famosas “*Tesis sobre Feuerbach”* que concluyen *“La Ideología Alemana”* de Marx y Engels.

Esto significa, entre otras cosas, que la salida de cada gran época de convulsiones sociales de la historia es incierta. Puede desembocar en la victoria de la clase revolucionaria. También puede desembocar en la descomposición recíproca de todas las clases fundamentales de la sociedad considerada, como sucedió con el final del modo de producción esclavista antiguo. La historia no es una suma lineal de progresos. Muchas formaciones sociales del pasado han desaparecido sin dejar apenas rastro, especialmente como consecuencia de la ausencia o debilidad de una clase revolucionaria capaz de facilitar el camino hacia el progreso.

La decadencia evidente del capitalismo contemporáneo no desemboca en la victoria inevitable del socialismo. Desemboca en la alternativa *"socialismo o barbarie".* El socialismo es una necesidad histórica para permitir un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas conforme a las posibilidades de la ciencia y de la técnica contemporáneas. Es sobre todo una necesidad humana, para permitir la satisfacción de las necesidades que el progreso de la ciencia y de la técnica han despertado en los hombres, y para satisfacer estas necesidades en tales condiciones que se asegure la realización de todas las potencialidades humanas en todos los individuos, de todos los pueblos, sin destruir el equilibrio ecológico. Pero lo que es necesario no se realiza necesariamente. Sólo la acción revolucionaria y consciente del proletariado puede asegurar el triunfo del socialismo. De otro modo, el enorme potencial productivo de la ciencia y de la técnica contemporánea asumirá una forma cada vez más destructiva para la civilización, para la cultura, para el hombre, para la naturaleza y aun para la vida de nuestro planeta.

Es la práctica social de los hombres lo que crea las estructuras sociales que a continuación los ingiere. Es con la práctica social revolucionaria como esas mismas estructuras pueden ser transformadas. El marxismo es determinista en la medida en que afirma que estas transformaciones no pueden hacerse de cualquier forma. Sobre la base de las fuerzas productivas contemporáneas, es imposible reintroducir el feudalismo o el comunismo de las pequeñas comunidades autárquicas de productores-consumidores.

Es determinista en el. sentido de que afirma que revoluciones sociales progresistas (*"fortschrittliche")* no son posibles nada más que si en el seno de la vieja sociedad han madurado las precondiciones materiales y las fuerzas sociales que permitan crear una organización social superior.

Pero el marxismo no es fatalista, pues no postula que el advenimiento de esta nueva sociedad sea producto inevitable de la maduración de las precondiciones materiales y sociales necesarias para su aparición. Este advenimiento no puede surgir nada más que como resultado de luchas entre fuerzas sociales vivas. Es el resultado, en último término, *del grado de eficacia de la acción revolucionaria*. Si éste está a su vez parcialmente condicionado por circunstancias y relaciones de las fuerzas sociales, la acción revolucionaria puede transformar, a su vez la evolución de estas circunstancias y relaciones de fuerza, frenarla o acelerarla.

Incluso relaciones de fuerza eminentemente favorables pueden ser desaprovechadas por deficiencias subjetivas de la clase revolucionaria. En este sentido, en nuestra época de revoluciones y de contrarrevoluciones, el "factor subjetivo de la historia" (la conciencia de clase y la dirección revolucionaría del proletariado) juega un papel primordial para determinar el resultado de las grandes batallas de clase, para decidir el porvenir del género humano.

6. Alienación y emancipación

Durante milenios, la Humanidad ha vivido en una dependencia estrecha de las fuerzas incontroladas de la naturaleza. No podía sino buscar el modo de adaptarse a un medio natural que le venía dado a cada pequeño grupo humano. Era prisionera de un horizonte estrecho y reducido, a pesar de lo cual varias sociedades primitivas han podido desarrollar de manera notable ciertas potencialidades humanas (por ejemplo, la pintura paleolítica).

Con el desarrollo de las fuerzas productivas, la Humanidad consigue invertir esta relación de dependencia absoluta. Tiene éxito al someter cada vez más las fuerzas de la naturaleza, en controlarlas, en domesticarlas, en utilizarlas conscientemente con el fin de acrecentar la producción, diversificar sus necesidades, desarrollar sus potencialidades, amplificar sus relaciones sociales que acaban por englobar todo nuestro planeta, y por unificar potencialmente la Humanidad.

Cuanto más se liberan los hombres de las fuerzas de la naturaleza, más se alienan en relación con su propia organización social. A medida que las fuerzas productivas crecen, que la producción material progresa, que las relaciones de producción se convierten en las de una sociedad dividida en clases, la masa de la Humanidad ya no controla el conjunto de su producción ni el conjunto de su actividad productiva. La Humanidad ya no controla su destino social. En la sociedad capitalista, la pérdida de ese control llega a ser total. Liberada del servilismo a la fatalidad de la naturaleza, la Humanidad aparece cada vez más sometida a la fatalidad de su organización social. Una suerte ciega parece condenar a la Humanidad no tan sólo a sufrir los efectos irresistibles de las inundaciones y de los temblores de tierra, de epidemias y de sequías, sino también los de las guerras y crisis económicas, dictaduras sangrientas y destrucciones criminales de las fuerzas productivas, y aun los del aniquilamiento nuclear.

El temor de estos cataclismos inspira aún más angustia que el miedo al rayo, o a la maldición de la muerte.

Sin embargo, el mismo desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas que llega hasta el extremo de la alienación en relación con su propia producción y su propia sociedad, crea, bajo el capitalismo, la posibilidad de una verdadera emancipación del hombre, como ya hemos indicado al final del capítulo II. Esta posibilidad debe ser concebida en un doble sentido. La Humanidad será cada vez más capaz de controlar y de autodeterminar su desarrollo social, así como las transformaciones del medio natural en el que se produce. La Humanidad será cada vez más capaz de explotar todas sus potencialidades de desarrollo individual y social, hasta aquí ahogadas o mutiladas por la insuficiencia de su control sobre las fuerzas de la naturaleza y sobre la organización y el devenir social.

La construcción de una sociedad sin clases, después el advenimiento de una sociedad comunista, implica la emancipación del trabajo, la emancipación del hombre en tanto que productor. Los trabajadores se convertirán en dueños de sus productos y de sus procesos de trabajo. Escogerán sus prioridades en la repartición del producto social. Decidirán colectivamente y democráticamente las cargas de la producción, los sacrificios en el ocio y en el consumo cotidiano, que habrán de gobernar esa repartición.

Ciertamente, estas elecciones continuarán efectuándose en un marco apremiante. Ninguna sociedad humana puede consumir de antemano lo que produce, sin reducir sus reservas y recursos productivos y sin condenarse a reducir más tarde su consumo cotidiano, a partir de que el agotamiento de las reservas y la reducción de los recursos productivos alcance un cierto umbral.

En ese sentido la formula de F. Engels, según la cual la libertad es el reconocimiento de la necesidad, permanece como cierta incluso para la sociedad comunista. “Hacerse cargo de la necesidad” sería más correcto que “reconocimiento”, pues cuanto más se acrecienta el control del hombre sobre sus condiciones naturales y sociales de existencia, más se multiplican las variantes en las respuestas posibles a las condiciones apremiantes, y más se emancipa el hombre de la obligación de adoptar una respuesta única.

Pero hay una segunda dimensión en la desalienación humana que amplia singularmente la esfera de la libertad humana. Cuando se han satisfecho todas las necesidades básicas de los hombres, cuando la reproducción de esta abundancia está asegurada, la solución de los problemas materiales deja de ser prioritaria para la Humanidad. El hombre se emancipa del servilismo del trabajo mecánico no creador. Se libera de la necesidad de medir de un modo mezquino el empleo de su tiempo, de consagrarlo a la producción material. El desarrollo de actividades creativas, el desarrollo de su rica individualidad, el desarrollo de relaciones humanas cada vez más amplias, será más importante que la acumulación creciente sin cesar de bienes materiales cada vez menos útiles.

La práctica social revolucionaria transformará no tan sólo las relaciones de producción. Transformará toda la organización social, todos los hábitos tradicionales, la mentalidad y la psicología de los hombres. El egoísmo material y el espíritu de concurrencia se marchitarán al no ser alimentados por la experiencia cotidiana y por intereses mayores.

La Humanidad transformará su medio geográfico, la configuración del globo, el clima y la repartición de las grandes reservas de agua, todo ello preservando o restableciendo el equilibrio ecológico. Transformará hasta sus propias bases biológicas. No podrá salir airosa de estas apuestas de una manera absolutamente voluntarista, independientemente de las precondiciones y de una infraestructura material suficiente. Pero una vez se haya asegurado esta infraestructura, es la Humanidad activa y cada vez más libre de escoger, quien actuará como palanca principal para la creación del hombre nuevo. El hombre comunista libre y desalienado. En este sentido, es correcto hablar de un humanismo marxista y comunista.

Bibliografía del capítulo 17

K. Marx; *Prefacio de "Contribución a una crítica de la economía política"*.
K. Marx y F. Engels: *La Ideología Alemana*.
F. Engels: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. – *Del socialismo utópico al socialismo científico*. – *El papel del trabajo en la humanización del mono*.
N. Bujarin. *El materialismo histórico*.
F. Mehring*: La leyenda de Lessing*.– *Ensayos sobre el materialismo histórico*.
G. Plejánov: *El arte y la vida social*.
G. Lukács: *Crítica del Manual de Sociología de N. Bujarin* (El hombre y la sociedad, n°. 2, 1966).
Tran-Duc-Thau: *Sobre el nacimiento de la conciencia y del lenguaje*.
E. Mandel: *Formación del pensamiento económico de Karl Marx* (dos últimos capítulos).
A. Gramsci: *El materialismo histórico*. (Extracto de las notas de prisión)